

Bianca

La amante del magnate

Miranda Lee

La amante del magnate

Tara llevaba un año saliendo con el magnate australiano Max Richmond y vivía para aquellos momentos robados en los que disfrutaba de su compañía; ya fuera en una cena o en la cama. Pero últimamente había empezado a plantearse que quizá Max no tuviera la intención de formar una familia... Parecía satisfecho con la idea de que Tara no fuera nada más que su amante.

Tara amaba a Max por cómo era, no por los regalos que le hacia ni por la vida sofisticada que llevaba cuando estaba con él, ni siquiera por el modo en que hacían el amor. Pero ahora que acababa de descubrir que se había quedado embarazada, se preguntaba si debía marcharse. De lo que estaba segura era de que en la vida de Max no había sitio para una amante embarazada. Quería que fuera su amante... ¿pero querría también tener un hijo con ella?

Capítulo 1

Al oír el tono de entrada de mensajes Tara dejó de leer y se puso a buscar el móvil en el bolso. ¡Max! Tenía que ser Max. Era la única persona que le mandaba mensajes de texto últimamente.

Llego a Mascot a las 15:30. QF310 ¿Puedes venir a recogerme?

A Tara se le aceleró el corazón. Eran las doce menos cinco. Si su avión llegaba a las tres y media, Max estaría ya volando.

Contestó rápidamente.

Allí estaré.

Sonrió al pensar en la brevedad y Maldad de ambos mensajes. No había ningún « Me muero de ganas de verte» o «te echo muchísimo de menos». Eran los dos muy serios.

Max era un hombre serio. Habitualmente.

No tanto en la cama. Tara sintió que un escalofrío le recorría la espalda al recordar la imagen de Max convulsionado, haciendo el amor con ella.

No. En momentos como ése, Max no era nada serio.

Tara volvió a mirar el reloj. Era casi el mediodía.

Tenía poco tiempo para arreglarse, tomar un tren a la ciudad, recoger el coche de Max y conducir hasta el aeropuerto. Tenía que darse prisa.

Se incorporó de la cama de un salto, y entonces recordó por qué seguía en la cama a esas horas. Sintió unas fuertes náuseas y tuvo el tiempo justo para llegar al cuarto de baño antes de vomitar.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que haber pillado un virus estomacal justo aquel día? Hacía casi un mes que no veía a Max. Por culpa de la crisis de la industria turística, Max llevaba una eternidad en el extranjero. Hong Kong había sido una de las ciudades más afectadas. Dos noches antes, cuando Tara se había quejado de que se iba a terminar olvidado de su cara, Max le había prometido intentarlo aquel fin de semana. El viernes tenía que volar a Auckland para una reunión de negocios importante y había posibilidad de hacer parada en Sydney antes de regresar a Hong Kong.

Pero Tara no había albergado demasiadas esperanzas. Nunca quería hacerse demasiadas ilusiones, porque se deprimía demasiado cuando éstas no se cumplían. Aunque también era posible que Max la echara por fin tanto de menos a ella como ella a él.

Por eso estar enferma era lo último que hubiera querido. Posiblemente, solo pasarían juntos una noche, y quería disfrutarla al máximo. Pero iba a ser difícil si a ella le entraban ganas de devolver todo el tiempo.

Tiró de la cadena y suspiró.

— ¿Te encuentras bien? —dijo su madre desde el otro lado de la puerta del baño.

—Sí, estoy bien —mintió Tara.

Sabía por experiencia que no podía decirle a su madre la verdad. Se preocuparía y lo exageraría todo, y Tara no quería eso. Estaba segura de haber contraído un virus. La familia de su hermana lo había padecido la semana anterior, y ella había estado en casa de ellos el fin de semana en una barbacoa.

Después de vomitar, Tara se sintió mucho mejor. Pensó que una ducha la haría sentir aún mejor y abrió el grifo.

Una hora más tarde, entró en la cocina con el pelo recién lavado y secado, perfectamente maquillada y un modelo nuevo. Su madre la miró de arriba abajo con el ceño fruncido.

—Ya veo que tu dueño y señor viene a hacerte una de sus cada vez menos frecuentes visitas —dijo Joyce antes de reanudar su tarea.

Para Joyce Bond, el sábado en el día de cocina. Y así había sido desde que Tara podía recordar. Aquellas costumbres tan rígidas chocaban con la naturaleza de Tara, mucho más espontánea de carácter. A menudo deseaba que su madre la sorprendiera haciendo algo diferente algún sábado. O cambiando de actitud respecto a Max.

—No empieces, mamá —dijo Tara poniendo una rebanada de pan en la tostadora.

Su estómago se había asentado lo suficiente para intentar tomar una tostada, aunque no se sentía bien del todo.

Joyce salió de detrás de la encimera de la cocina para mirar de arriba abajo a su hija. A su increíblemente bella hija.

Tara había heredado lo mejor de su padre y de su madre. De él, la estatura, el cabello rubio, la piel tersa, unos dientes bonitos y unos llamativos ojos verdes. De ella tenía la nariz delicada, los labios carnosos y unos pechos grandes y firmes que Tara lucía infinitamente mejor de lo que Joyce jamás hubiera podido lucir al ser mucho más baja.

A Joyce no le había sorprendido que uno de los acaudalados clientes de la exclusiva joyería donde trabajaba Tara se hubiera interesado en ella. Tampoco se había sorprendido, ni siquiera se había preocupado demasiado, cuando Tara le confesó que ya no era virgen. Para Joyce le parecía ya un milagro que una chica con el aspecto de Tara hubiera cumplido los veinticuatro años sin haberse acostado con ningún hombre. Seguro que los muchos novios que su hija había tenido habían intentado llevársela a la cama.

Tara siempre decía que estaba esperando a su príncipe azul. Era

una idealista, una auténtica romántica. Ávida lectora, sentía verdadera adicción por las novelas con personajes enamorados y finales felices.

Al principio, Joyce había concebido esperanzas de que Max Richmond pudiera ser el príncipe azul de su hija. Tenía casi todo lo necesario: era rico, era guapo, era joven. Bueno, relativamente joven, tenía treinta y cinco años cuando conoció a su hija.

Sin embargo en los doce meses anteriores, Joyce había cambiado de opinión respecto a la relación de su hija con el apuesto magnate hotelero. Cada vez estaba más claro que Max Richmond no iba a casarse nunca con su adorable y joven amante.

Porque en eso era en lo que Tara se había convertido. No era una auténtica novia, ni era su pareja como decía la gente joven. Era una amante a la antigua, de la que se espera que esté disponible cuando se la llama y que se quede callada cuando uno se haya ido. De las que se espera que den mucho sin esperar nada a cambio, excepto los carísimos regalos que los hombres ricos hacen habitualmente a sus amantes.

Ropa de marca. Joyas. Perfumes. Flores.

Cuando Max no estaba en la ciudad, enviaba todas las semanas un ramo de rosas rojas, pero, ¿quién las encargaba? ¿él mismo o su secretaria?

Si Tara hubiera sido una de esas chicas que sólo quieren pasárselo bien y que saben lidiar con ese tipo de relaciones, Joyce se habría callado. Pero Tara no era así. Bajo su apariencia sexy y sofisticada, se ocultaba un alma delicada y sensible. Era una buena chica. Cuando Max Richmond la dejara, iba a quedar destrozada.

Estos pensamientos calentaron la cabeza a Joyce.

— ¿Que no empiece a qué? ¿A decirte cómo son las cosas? No pienso quedarme sentada sin decir nada, Tara. Te quiero demasiado. Estás desperdiciando tu vida con ese hombre. Nunca te dará lo que quieres en realidad. Sólo te está utilizando.

Tara recordó en silencio cuántas veces le había dicho su madre que ella no sabía lo que quería. Joyce nunca había aprobado que su hija, en lugar de buscar un trabajo al terminar la universidad, se hubiera marchado a Japón a enseñar inglés, ocasión que ella aprovechó para viajar cuanto pudo por toda Asia. Cuando regresó a Sydney dieciocho meses más tarde, su madre contaba con que Tara buscaría trabajo como profesora, pero en vez de eso, aceptó un trabajo de dependienta en Whitmore Opals mientras decidía lo que quería hacer. Hacía poco, había anunciado que quería volver a la universidad para estudiar psicología, con las consiguientes miradas de desaprobación.

En cierto modo su madre tenía razón. No sabía lo que quería ser

profesionalmente. Pero sí sabía lo que no quería. No quería estar encerrada en casa como su hermana Jen. Ni pasarse todos los sábados haciendo tartas.

— ¿Y qué es lo que tú crees que yo quiero en realidad, mamá? —preguntó ella con curiosidad.

—Lo que todas las mujeres quieren en el fondo. Un hogar y una familia. Y un marido, por supuesto.

Tara no dijo nada. Su madre tenía más de sesenta años, así que era normal que tuviese unas ideas tan anticuadas.

Lo de que mencionara un marido no dejaba de ser irónico. Joyce llevaba viuda más de veinte años. El padre de Tara era electricista y murió en un accidente laboral cuando ella sólo tenía tres años. Su madre las había criado a su hermana y a ella prácticamente sola. Había tenido que trabajar mucho para que no les faltara de nada. Había luchado y ahorrado e incluso pudo comprar una casa. Había que reconocer que no era la casa más elegante del mundo, pero era una casa. Y nunca había vuelto a casarse. Ni siquiera había vuelto a haber un hombre en su vida.

—A lo mejor te sorprende lo que te voy a decir, mamá —dijo Tara sacando el pan de la tostadora—, pero yo no quiero nada de eso. Al menos de momento. Sólo tengo veinticuatro años. Tengo muchos años por delante para pensar en matrimonio o maternidad. Me gusta mi vida como es. Tengo muchas ganas de volver a la universidad el año que viene. Mientras tanto, tengo un trabajo interesante, algunos buenos amigos y un amante fabuloso.

—Al que apenas ves. Y en cuanto a tus supuestamente buenos amigos, dime uno solo con el que hayas salido en los últimos seis meses.

Tara no pudo pensar en nadie.

— ¿Ves a lo que me refiero? Nunca sales con tus amigos, porque estás obligada a tener los fines de semana reservados por si su alteza real decide dejarse caer por aquí. Por amor de Dios, Tara, ¿de verdad crees que ese millonario amante tuyo pasa solo los fines de semana que no está contigo?

Joyce lamenté haber hablado con tanta dureza al ver que su hija se ponía muy pálida.

Tara se agarró a la encimera de la cocina y tragó saliva para ahogar la rabia que crecía en su interior.

—No sabes de lo que estás hablando, mamá. Max nunca haría eso.

— ¿Estás segura? —Dijo Joyce con más suavidad—. Él no te quiere, Tara. No como tú a él.

—Sí que me quiere. Y aunque no me quisiera, yo querría estar con

él. No pienso renunciar a él por nada del mundo.

Y dicho eso, mordió con rabia su tostada.

—Te va a hacer mucho daño.

Tara sintió el corazón en un puño. ¿Sería verdad? Imposible. Max nunca le haría daño. Nunca a propósito. Él no era así. Su madre no podía entenderlo, Max estaba en un momento de su vida en el que no quería un matrimonio. Ni hijos. Simplemente eso. Se lo había dejado claro desde el principio. Estaba demasiado ocupado con su trabajo como para pensar en casarse. Desde que su padre sufriera una embolia, Max cargaba con toda la responsabilidad de la empresa familiar. Hacerse cargo de una enorme cadena de hoteles internacionales suponía mucha dedicación, especialmente en una época de crisis en el sector. Max pasaba la mitad de su vida en los aviones. Por el momento, lo único que podía dedicarle a ella era algún fin de semana ocasional.

El le había dado la oportunidad de cortar la relación antes de que se hiciera más seña. Pero eso había sido después de que la llevara a la cama y abriera para ella todo un mundo con el que ella nunca había soñado, un mundo de increíble placer.

¿Cómo iba a renunciar a la perfección sólo porque no todo era perfecto?

Tara tiró el resto de la tostada a la basura y suspiro.

—Si tanto desapruebas mi relación con Max, a lo mejor ha llegado el momento de que me vaya de esta casa.

Podía permitirse alquilar algo. En la joyería, además del sueldo, obtenía sustanciosas comisiones. Era la dependienta que más ventas hacía, gracias a su don para tratar con la gente y a que hablaba japonés con fluidez. Muchos de los clientes de la tienda eran turistas u hombres de negocios japoneses a los que les gustaba ser atendidos por una bella australiana que hablaba su lengua.

— ¿Y adónde irías? ¿Al ático de tu amante? No le iba a gustar. Él sólo te quiere allí cuando él está allí.

—Eso no lo sabes. Tú ni siquiera lo conoces. Apenas dices dos palabras cuando él llama por teléfono y nunca lo has invitado a venir por aquí.

—No creo que quisiera venir —refunfuñó ella—. Esta casa no es lo suficientemente elegante para un hombre que vive en la planta superior del hotel más lujoso de Sydney y cuya familia posee una mansión junto a la costa en Point Piper. A la cual, por cierto, nunca te ha llevado. Ni siquiera en Navidad ¿Te has dado cuenta de eso, Tara? No eres lo suficientemente buena para conocer a sus padres. Eres como un sucio secreto. Eso es lo que eres ahora, Tara, una mantenida.

Tara no pudo soportarlo más.

—Primero de todo, no hay nada sucio en mi relación con Max. Nos queremos y él me trata como a una princesa. Segundo, no soy un sucio secreto de Max. Salimos juntos en público a menudo, ya lo sabes. Bien que les enseñabas a tus amigas nuestras fotos en los periódicos. Y bien orgullosa que estabas.

—Eso era cuando aún creía que vuestra relación iba a algún lado. Cuando pensaba que él se casaría contigo. Pero, últimamente, me he dado cuenta de que ya no salen fotos vuestras en los periódicos. A lo mejor es que ya no tiene tiempo ni para llevarte a algún sitio. Aunque seguro que para llevarte a la cama si le queda tiempo.

Tara apretó los dientes para no decir algo que terminara lamentando. Quería mucho a su madre. Y podía entender su preocupación. Pero la vida moderna era muy complicada en lo referente a las relaciones. Las cosas no eran tan fáciles de definir como en la época de su madre.

De todas formas, era evidente que había llegado el momento de buscar otro sitio donde vivir Tara no podía soportar tener que estar defendiendo a Max y a sí misma todo el tiempo. Terminaría por estropear la relación con su madre.

Se daba cuenta de que no debía haber vuelto a casa después de su regreso de Tokio. En aquellos dos años se había independizado de la influencia materna y así debería haber continuado. Pero cuando Joyce la recibió en el aeropuerto a su regreso dando por hecho que volvía a casa con ella, Tara no tuvo el valor de decirle que no quería estar con ella. Y la verdad era que había sido muy agradable volver a estar en casa en su dormitorio de siempre… y volver a disfrutar de las comidas de su madre.

Pero habían pasado los meses y se había enamora do locamente de Max.

Las cosas habían cambiado.

Por otra parte, si se iba de casa, su madre se iba a quedar muy sola. Siempre le decía lo contenta que es taba de tenerla en casa. Y el dinero que aportaba Tara hacía la vida de Joyce más fácil. Su pensión de viuda no daba para mucho.

Tara se sintió culpable. Dios mío. ¿Qué podía hacer?

Le hablaría a Max de la situación a ver qué le parecía. Max tenía una gran habilidad para que las cosas parecieran claras y evidentes. Se pasaba la vida solucionando problemas y tomando decisiones. Al fin y al cabo eso era gran parte de su trabajo.

Max era un hombre con capacidad para tomar grandes decisiones. Un poco inflexible a veces. De carácter fuerte. Incluso despiadado.

—Mira, mamá. Hay buenas razones por las que Max no me ha llevado a conocer a sus padres. No tiene nada que ver con que seamos de clase trabajadora. Su padre era de clase trabajadora, pero él...

Tara se calló de repente al darse cuenta de que iba a revelar cosas que le habían sido contadas en la más estricta confidencialidad. A Max no le iba a gustar nada que Tara aireara viejos secretos de familia, aun que sólo fuera a su madre.

—Vamos a dejarlo —dijo con un suspiro—. No me encuentro bien para estar discutiendo contigo sobre Max hoy.

Nada más decirlo, Tara se arrepintió de sus palabras. Su madre pasó rápidamente del enfado a la preocupación. Su madre era muy aprensiva con los temas de salud.

—Ya me había parecido oírte vomitar antes.

—No es nada. Algún virus. Probablemente el mismo que sufrieron Jen y los niños. Ya estoy mejor.

— ¿Estás segura de que es eso?

—Bueno, no creo que me esté muriendo de una enfermedad horrible. En serio, mamá. Deberías dejar de leer esos sitios de Internet sobre temas de salud. Te estás convirtiendo en una hipocondríaca.

—Quería decir... ¿seguro que no estás embarazada?

— ¡Embarazada! —exclamó Tara sorprendida por completo.

¡Dios mío! ¡Cómo son las madres!

—No, mamá. No estoy embarazada.

Había tenido la regla después de que Max se fuera, así que si estaba embarazada habría sido un caso de inmaculada concepción.

Además, Tara era una obsesionada de los métodos anticonceptivos. Lo último que necesitaba en esos momentos era tener un hijo. Max no era el único en pensar así.

Cuando empezaron a tener relaciones, Max utilizaba preservativos. Pero después de que uno se rompiera y pasaran dos semanas de angustia, Tara empezó a tomar la píldora. Tenía la alarma de su móvil programada todos lo días a las seis de la tarde para no olvidarse de tomarla. Incluso tenía una caja de pastillas en el cuarto de baño de Max por si acaso.

La tendencia de su madre a ponerse siempre en lo peor había convertido a Tara en una experta de la acción preventiva

—No hay ningún anticonceptivo seguro —dijo Joyce con firmeza —. Excepto decir que no.

Tara tuvo que contenerse para no decirle a su madre que no era su intención decirle que no a Max.

—Tengo que irme. El próximo tren al centro sale en diez minutos.

— ¿Cuándo volverás? —Gritó su madre cuando ella ya había salido

corriendo de la cocina—. ¿O no lo sabes?

Ésa era la verdad. No lo sabía. Nunca lo sabía últimamente. Max iba y venía como un huracán, sin dar muchas explicaciones. El quería que ella entendiese lo ocupado que estaba. Y ella lo entendía. ¿O no?

—Ya te lo diré, mamá —contestó ella agarrando el bolso y corriendo hacia la puerta—. Adiós.

Capítulo 2

Su reloj de pulsera marcaba las cuatro menos cuarto cuando Tara aparcó el Mercedes plateado de Max. Diez segundos más tarde, corría por la zona de aparcamiento, a pleno sol y a la hora de más calor, maldiciendo por no haberse puesto unas zapatillas de deporte en lugar de las sandalias blancas. Eran muy sexys, con mucho tacón, pero era imposible correr con ellas. Se había empezado a dar cuenta al salir de su casa camino de la estación.

Había perdido el tren y eso lo había complicado todo.

Dudó entre tomar un taxi o esperar al siguiente tren.

Un taxi desde Quakers Hill hasta el centro iba a costarle un ojo de la cara.

Desgraciadamente, Joyce había inculcado austeridad a sus dos hijas. Posiblemente Tara se hubiera podido permitir un taxi, pero no fue capaz. Le parecía un despilfarro, especialmente porque estaba ahorrando para pagarse la universidad.

Por un momento pensó en usar la tarjeta de crédito que Max le había dado. La había usado alguna vez para comprar ropa, pero sólo cuando él estaba con ella, y porque él había insistido en que comprara algo que ella nunca se hubiera puesto en su vida cotidiana.

Cosas como trajes de noche o lencería muy cara. Cosas que se quedaban en el ático de Max, porque eran parte de su vida allí.

Hasta ese momento, nunca había pensado en usar la para gastos normales. Entonces le vinieron a la mente las palabras de su madre: «Eres una mantenida» y se decidió. Si se hubiera seguido encontrando mal, habría cedido a la tentación, pero las náuseas habían desaparecido. Compró algo para comer y se dispuso a esperar el siguiente tren.

Por eso llegaba tarde. Apresuró su paso. Los tacones de las sandalias hacían mucho ruido en el asfalto. Su corazón se fue acelerando por el esfuerzo y por los nervios. Con un poco de suerte el avión de Max no habría llegado todavía. Le horrorizaba que él pudiera pensar que ella no se preocupaba por él lo suficiente como para llegar puntual. Además, los aviones casi nunca llegaban a su hora. Excepto cuando quieres que se retrasen.

Ironías de la vida.

Ya dentro de la terminal de llegadas, Tara buscó en los monitores la información relativa al avión de Max. ¡Había aterrizado hacía diez minutos! La puerta asignada era la B.

Era imposible que le hubiera dado tiempo a llegar al control de aduanas. Tara siguió corriendo, sortean do grupos de gente. Como era

de esperar, la puerta B estaba en la otra punta del edificio.

La mayoría de los hombres con los que se cruzaba se la quedaban mirando, pero Tara estaba acostumbrada. Las rubias siempre recibían mucha atención masculina, especialmente si eran guapas de pelo largo y piernas aún más largas.

Tara tuvo que admitir que sus pantalones nuevos, blancos de talle bajo y ajustados eran bastante provocativos. Había descuidado lo que comía últimamente y había engordado algún kilo desde que los compran en las rebajas de verano dos semanas antes. Menos más que eran elásticos.

No llevaba sujetador, y eso también hubiera sido suficiente para parar el tráfico si se hubiera puesto una camiseta o un top. Gracias a Dios, se había puesto una blusa rosa que ocultaba castamente sus pechos.

Normalmente, Tara llevaba sujetador. Pero a Max le gustaba que no lo llevara. O al menos, eso le había dicho una noche poco después de empezar a quedar. Siempre ansiosa por agradarle, no se ponía sujetador cuando estaba con él.

Con el paso del tiempo, se había dado cuenta del tipo de miradas que despertaba en otros hombres cuando salía con Max. Y no le gustaba. Por eso había llegado a ese término medio. Cuando estuviera con Max y no llevara sujetador, no se pondría nada demasiado ajustado. Elegía trajes de noche con pedrería en el pecho o con corpiño muy armado. Como ropa de día elegante se ponía vestidos con chaquetas a juego. Como ropa informal elegía blusas en lugar de camisetas ceñidas. A Tara le gustaba la idea de que sus pechos desnudos sólo fueran accesibles para su amante.

Sus pezones se endurecían sólo de imaginarse a Max tocándolos.

Tendría que esperar a estar a solas con Max en la suite del hotel. Aunque a Max parecía gustarle que ella luciera sus curvas en público, no era un hombre que hiciera manifestaciones amorosas fuera de la más estricta intimidad. Y eso incluía los besos.

En el primer reencuentro tras iniciar la relación, Tara se había echado en sus brazos en público y le había dado un enorme beso. Cuando por fin le dejó respirar, su expresión era de contrariedad. Le explicó después que él encontraba embarazoso excitarse en un lugar público donde no podía hacer nada al respecto. Más tarde le dijo que le encantaba que ella fuera tan provocativa como quisiera, pero en privado. Sin embargo, después de haberse sentido rechazada aquella vez, Tara no volvió a tomar la iniciativa cuando se trataba de hacer el amor. Dejaba eso para Max.

Y no es que tuviera que hacerse de rogar. A puerta cerrada, la

fachada impasible de Max desaparecía para convertirse en un amante insaciable y apasionado. Tal vez fuera cierto que cada vez iba menos a Sydney, pero cuando iba su tiempo era enteramente para Tara. Pasaban casi todo el tiempo en la cama.

Para su madre eso hubiera sido una prueba más de que ella era sólo un objeto sexual para Max. Una amante. Una mantenida.

Pero su madre no estaba presente cuando él la tomaba en sus brazos. Ni sabía nada de cómo él la miraba, ni de la ternura de sus caricias, o de cómo temblaba incontroladamente cuando hacía el amor con ella.

Max la amaba. Tara estaba segura de eso.

Que no se quisiera casar con ella era debido a que no era el momento más adecuado para él, no a falta de amor. Max nunca había dicho que él descartase por completo el matrimonio.

Además, ella tampoco tenía ninguna prisa por casarse. La única prisa que tenía en ese momento era por llegar a la puerta B, recoger a Max y llevarlo al hotel Regency Royale.

El destino parecía estar de su parte. Nada más llegar sin aliento a la puerta, Max salió por ella caminando a buen paso con su ordenador portátil en una mano y una maleta pequeña negra en la otra.

Tara pensó que no era tan diferente a las docenas de hombres de negocios bien vestidos que había en el aeropuerto. Quizás fuera más alto que la mayoría. Y tenía los hombros más anchos. Y era más guapo.

Sólo de verlo sentía cosas que no podía explicarle a su madre. Se sentía viva como nunca se sentía cuando estaba sin él. Sentía que el cerebro le iba a estallar de la alegría y que la sangre le burbujeaba en las venas.

Tara tenía que reconocer que la mayoría de las chicas de veinticuatro años no hubieran perdido la cabeza por un tipo de hombre tan conservador de apariencia. Casi siempre llevaba traje. El que llevaba aquel día era gris marengo, con chaqueta sin cruzar, combinado con una camisa blanca impoluta y una corbata de rayas azules.

Todo muy discreto.

Pero a Tara le gustaba el aire de estabilidad y seguridad que proyectaba Max. Le gustaba que siempre pareciera un hombre con fundamento. Y le gustaba su físico.

Sin embargo, hasta aquel momento, nunca lo había analizado con detalle. Había sido su apariencia general lo que le había hecho perder el aliento al principio y lo que la tenía cautivada desde entonces.

Pero viéndolo avanzar por la puerta de salida, cuando él todavía

no la había visto, Tara se sorprendió estudiando a Max más objetivamente que nunca.

Era un hombre atractivo. No era ningún niñato, pero tampoco un diamante en bruto.

Era muy masculino. Su rostro era grande pero equilibrado. Tenía el cabello castaño oscuro muy corto siempre peinado con raya a un lado. Sus ojos, azules, inteligentes y profundos, estaban separados por una nariz perfectamente recta y remarcados por unas gruesas cejas castañas. Sus labios, aunque carnosos, no eran en absoluto femeninos y siempre tenían una expresión inflexible.

Max no sonreía mucho. Sus labios permanecían casi siempre cerrados. Sus penetrantes ojos azules tenían una dureza que a Tara le parecía sexy, pero que imaginaba normal que otros pudieran encontrar hostil, especialmente cuando algo lo contrariaba o enojaba. Tara imaginaba que podía ser un jefe temible. Le había oído algunas veces poner firmes a algunos de sus empleados.

Pero con ella nunca estaba contrariado o enojado. Se había molestado un poco aquella vez que lo besó en público. Y se había sentido frustrado cuan do ella no le permitió comprarle un coche. Pero nada más.

Tara sabía que, en cuanto la viera allí esperándolo, sonreiría.

Y de pronto, allí estaba él. Tuvo que contener sus ganas de correr hacia él y echarse en sus brazos. Se quedó quieta, devolviéndole la sonrisa mientras él se acercaba a ella.

—Por unos segundos pensé que no estabas.

—Y casi no llego —confesó ella—. Deberías haberme visto hace un minuto intentando correr por el aparca miento con estos zapatos.

El miró los zapatos y recorrió a continuación todo su cuerpo con la mirada. Para cuando él volvió a mirarla a los ojos, Tara sintió que la boca se le había secado por completo.

— ¿Estás segura de que el problema han sido los zapatos y no esos pantalones? ¿Cómo has sido capaz de ponértelos? Parece que te los han cosido encima.

—Son elásticos.

Sus ojos brillaron de una forma muy sexy que ella adoraba.

—Gracias a Dios. Ya me estaba imaginándome pasando la mitad de la noche intentando quitártelos. No deberías ponerte ropa así para venir a recibirme cuan do hace un mes que no nos vemos. Tiene un tremendo efecto sobre mí.

—Creí que te gustaba que me pusiera ropa sexy—preguntó ella un poco ofendida por que no le hubiera preguntado por qué casi llegaba tarde. Por un momento pensó que a él no le importaba.

—Eso depende de cuánto tiempo hace que no te veo. Menos mal que llevas sujetador.

Pero si no llevo.

El le miró el pecho y luego los labios.

—Ojala no me lo hubieras dicho —susurró.

—Por amor de Dios, Max, no hay forma de agradarte hoy.

—Me agradas en todo —replicó él rápidamente poniendo el ordenador portátil en el suelo para acariciar le la mejilla con dulzura. Si eso hubiera bastado para sorprenderla, lo siguiente la pilló totalmente desprevenida.

La besó. Mientras le acariciaba el cabello y el cuello, la besó con firmeza y pasión.

El beso, que duró al menos un minuto, dejó a Tara ruborizada y con las rodillas temblorosas por el deseo. La gente los miraba.

— ¡Max! —protestó ella cuando él deslizo la mano por la blusa por encima de su pecho.

—Eso es lo que pasa cuando vienes a recibirme con una ropa que parece estar gritando «tómame» —susurró él.

Tara se quedó boquiabierta. Max se echó a reír.

—Pequeña hipócrita. Te vistes así para provocarme y, cuando lo consigues, finges estar sorprendida. Anda, dame las llaves de mi coche y agarra esto —dijo entregándole el portátil—. Necesito al menos una mano libre para mantenerte a raya, chica mala.

Mientras caminaba por la terminal, con Max agarrándole firmemente el trasero, a Tara le ardían las mejillas. La cabeza le daba vueltas con emociones y pensamientos encontrados.

Ninguna de las otras veces que había ido a recibir a Max le había hecho sentirse así. Como si el sexo fuera lo único que tenía en mente. Aquel comportamiento la había puesto muy nerviosa. ¿Y si su madre tenía razón después de todo y Max sólo la utilizaba para el sexo? Y sin embargo, al mismo tiempo, estaba tremendamente excitada.

Ninguno de los dos abrió la boca hasta que, ya en el coche, Max puso sus cosas en el maletero.

—Quince minutos -dijo él cerrándolo de golpe.

— ¿Qué?

Todo su cuerpo, no sólo ya sus mejillas ardía como un fuego.

—Quince minutos es lo que nos falta para estar solos. Creo que van a ser los quince minutos más largos de mi vida

La miró de arriba abajo una vez más y se detuvo en sus labios.

—Si vuelvo a besarte, creo que no podré esperar más. Te poseeré en el asiento de atrás.

Tara no estaba segura de que aquel nuevo Max, tan salvaje, le

gustara más que el Max civilizado al que estaba acostumbrada. Pero sospechaba que, si él la volvía a besar, no le iba a importar que él la poseyera en el asiento de atrás.

De hecho, ya se lo estaba imaginando, y sólo de pensarlo le daba vueltas la cabeza.

Justo en ese momento, dos chicos jóvenes pasaron por su lado comiéndose a Tara con los ojos. Uno de ellos hizo un gesto de besar con los labios. Se dijeron algo entre ellos y se rieron.

Tara sintió vergüenza.

—Entonces no me beses, por favor.

Max, que no se había dado cuenta de lo ocurrido, sacudió la cabeza.

— ¿Sigues jugando conmigo? Eso no parece propio de ti, Tara. ¿Qué ha pasado con la dulce e inocente virgen a la que conocí hace un año?

—Que hace un año que se acuesta contigo —repuso ella, molesta por hacer entender que ella era la única que se estaba comportando de manen diferente aquel día.

— ¿Detecto cierto descontento en esas palabras? ¿Por eso llegabas tarde? ¿Estabas pensando en no venir a buscarme?

— Me alegra que por fin preguntes por qué llegaba tarde. Para tu información, te diré que discutí con mi madre y perdí un tren.

¿Parecía aliviado? No podía estar segura. Max no era un hombre fácil de entender.

— ¿Sobre qué era la discusión?

—Sobre ti.

— ¿Sobre qué de mí? —preguntó sorprendido.

—Mi madre piensa que me estás utilizando.

— ¿Y qué piensas tú?

—Le dije que me querías.

—Y es verdad.

Tara sintió que él corazón se le encogía.

« ¿De verdad, Max? ¿Me quieres de verdad?»

—Si me quisieras de verdad —dijo ella muy nerviosa—, no hablarías de hacer el amor en el asiento de atrás de un coche en un aparcamiento público.

El pareció sorprenderse y entonces frunció el ceño pensativo.

—Ya sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Yo también me equivocaba. Ni eres hipócrita ni querías ser provocativa. Sigues siendo la incurable romántica de siempre. Pero eso está bien. Eso es lo que me gusta de ti. Ven aquí conmigo, princesa. Vamos a casa, donde podamos estar en nuestra maravillosa cama con dosel y hacer el amor

de forma romántica todo el fin de semana.

— ¿Tenemos el fin de semana entero esta vez, Max?—preguntó Tara ansiosa, aliviada al ver que el peligro de ser poseída en público había pasado.

—Desgraciadamente no. Tengo que tomar un avión de vuelta a Hong Kong mañana a la una de la tarde. Lo siento —añadió al ver la decepción en su rostro—. Las cosas van de mal en peor. ¿Quién sabe cómo terminará esto? Pero no es problema tuyo.

—Pero me gusta saber de tus problemas de trabajo—dijo ella con sinceridad, tocándole un brazo.

El se puso rígido un instante y luego tomó su mano entre las suyas y la besó. A Tara se le puso la piel de gallina.

No he venido a casa para hablar de trabajo, Tara—susurró él—. He venido a relajarme por una noche. Con mi guapísima novia.

— ¿Me has llamado «novia»? —sonrió ella.

Max parecía perplejo.

—Bueno, eso es lo que eres, ¿no?

—Sí, sí. Eso es lo que soy. Espero.

Esto último lo dijo entre dientes mientras rodeaba el coche para sentarse en el asiento del acompañante.

Podía sentir cómo sus ojos permanecían clavados en ella mientras se sentaba. Pero no quería mirar lo que había en aquellos ojos. De momento se conformaba con que la hubiera llamado «novia». Se conformaba con que hubiera dicho que la quería. No quería ver el deseo que había en su mirada y malinterpretarlo. ¡Claro que la deseaba! ¡Ella también lo deseaba a él!

«Nunca te dará lo que quieres».

Sí que lo haría, se dijo a sí misma mientras el coche se adentraba en la ciudad. Hasta que él se fuera al día siguiente al aeropuerto, le iba a dar su compañía, su amor y su cuerpo. Y eso era todo lo que ella quería en aquel momento. Sobre todo su cuerpo.

Incluso entonces, Tara sólo podía pensar en las horas que iban a pasar juntos en la cama, en lo que iba a sentir cuando él la acariciara y la besara por todo el cuerpo, en como se iba a derretir al simple contacto de su dedo, al mero contacto de su lengua... Le gustaba especialmente cuando jugaba con ella interminablemente, llevándola una y otra vez al borde del éxtasis y echándose atrás, dejándola en un estado de tensión exquisita hasta que él la penetraba.

Esos eran los mejores momentos, cuando alcanzaban el orgasmo juntos y luego se abrazaban y Tara podía sentir sus corazones latiendo como uno solo.

El coche se metió a toda velocidad por el túnel que los conduciría

a la ciudad. En la oscuridad, Tara sentía aún más la presencia del hombre. Se volvió para mirar su perfil firme y sus manos en el volante.

Sin darse cuenta, juntó los muslos con fuerza. Sólo de pensar que iba a poseerla, sintió que hasta las entrañas se le ponían en tensión.

Max se volvió también para mirarla.

— ¿En qué estás pensando?

Ella se ruborizó y él se echó a reír para romper la tensión.

—Yo también. Ya estamos llegando. No tendremos que esperar mucho.

Capítulo 3

El Hotel Regency, al que Max había cambiado recientemente el nombre por el de Regency Royale, estaba en la parte norte del centro de la ciudad, no lejos de Circular Quay. Considerado uno de los hoteles más lujosos de Sydney, su decoración hacía honor a su fama. Podía entenderse que los huéspedes del hotel creyeran haber retrocedido en el tiempo cuando entraban en el área de recepción, con sus paredes con paneles de madera, los sofás de terciopelo y las gigantescas lámparas de araña.

Las arcadas que conectaban la entrada del hotel con el vestíbulo eran del mismo estilo, y recordaban a la Inglaterra antigua con unos suelos de baldosas de intrincados diseños y el techo con vidrieras de colores. A lo largo de los soportales había boutiques y bares, y todos se amoldaban al estilo y elegancia general.

Max le había contado que esa había sido su motivación para comprar el Regency, su estilo colonial.

La cadena Royale estaba especializada en hoteles de estilo antiguo. Según Max, las cosas modernas se pasaban de moda. Por eso él buscaba lugares con historia para sus hoteles.

Era una idea que tenía mucho sentido. De todos los hoteles de Sydney, el Regency destacaba por su estilo y por su servicio, a la antigua usanza. Pero lo que cautivaba a los clientes era el aspecto del lugar. Tara recordaba bien su primera impresión del lugar cuando acudió allí para su entrevista para la joyería Whitmore Opals dieciocho meses antes. Había pasado largo rato paseando por el vestíbulo llena de admiración.

Aquel día, sin embargo, mientras pasaba junto a Max por su lugar de trabajo, la elegancia del hotel era en lo último en lo que pensaba. Sus pensamientos estaban enteramente ocupados en el hombre que la llevaba agarrada del codo y en el estado de deseo desesperado al que aquel hombre la había reducido.

Nunca en los doce meses que llevaban citándose había sentido algo parecido. Siempre le había gustado hacer el amor con Max, pero nunca antes lo había querido con tanta intensidad.

—Buenas tardes, señor Richmond —saludó un guardia de seguridad acercándose a ellos.

—Buenas tardes, Jack —contestó Max.

Y se detuvo unos minutos a hablar con aquel hombre mientras que Tara rechinaba los dientes de impaciencia.

Sólo duró un minuto pero se le antojó una eternidad.

—Me alegro de volver a verlo, señor Richmond—saludó otro

empleado.

—Igualmente, Warren.

Gracias a Dios, esa vez Max no se detuvo. Tara tuvo que disimular un suspiro de alivio. Más contenta aún se puso cuando vio que Max pasaba de largo el mostrador de recepción y se dirigía directamente a los ascensores. No era que él necesitara avisar de su llegada, pero era de esas personas a las que les gusta seguir de cerca sus negocios y estar informados de cualquier incidencia. Por eso normalmente se detenía unos minutos en la recepción para charlar.

En el pasado, Tara siempre había admirado la forma en que Max conocía los nombres de todos sus empleados, desde los muchachos del servicio de aparca coches hasta los gerentes, y no le importaba que se parase a hablar con ellos.

Pero, aquel día, cualquier retraso la irritaba. No era propio de ella.

El rellano donde estaban los ascensores no estaba vacío. Un hombre de unos cuarenta años y su mujer esperaban también. No parecían turistas, ni parte de la dite de Sydney. Sus rostros y su ropa apuntaban a que eran gente de clase trabajadora que estaba en semejante hotel por alguna ocasión especial.

—No pienso volver a este hotel —gruñó el hombre—. Me iría a cualquier otro sitio ahora mismo si no fuera porque perderíamos el depósito. No puedo creer lo de esa chica. ¡Decir que no tenía reservada una habitación con vistas al puerto! Como si yo fuera a traerte aquí para nuestras bodas de plata y no reservar la mejor habitación que pueda pagar.

—No importa, Tom —le tranquilizó la esposa—. Seguro que todas las habitaciones son preciosas.

—No es eso. Es una cuestión de principios. Y la chica de la recepción ha sido bastante grosera.

—Yo creo que no —dijo la mujer mirado nerviosa a Max y a Tara —. Ha sido sólo un malentendido. No dejemos que eso nos estropee esta noche.

Tara dejó escapar un quejido. Max le había apretado el brazo. Se dio cuenta inmediatamente de que iba a hacer algo al respecto.

—Disculpe, señor -dijo según se abrían las puertas del ascensor—, pero no he podido evitar oír lo que decían. Soy Max Richmond, el dueño de este hotel. Si me lo permite, me gustaría volver con usted a recepción para arreglar este asunto.

—Max —susurró Tara, impaciente.

—Sube tú, cariño —dijo él—. Enseguida voy. Ponte cómoda — añadió dándole un beso en la mejilla.

Tara se quedó mirando cómo acompañaba al perplejo matrimonio

a recepción. Luchó para contener su decepción, aunque comprendía que Max no podía hacer otra cosa. El era así. Ya había tratado de explicarle a su madre que en un hombre bueno.

¿Pero tenía que ser siempre, incluso entonces, don Perfecto? En aquel momento, Tara hubiera preferido que fuera malo. Muy malo.

Tara seguía asombrada por la intensidad de su deseo, por su afán de que Max le hiciera el amor aunque fuera sin la ternura que era habitual en él. Quizás Max tuviera razón después de todo. Quizás ella sí se había vestido así para provocarlo y excitarlo. Sin embargo su ropa no era tan diferente a la que llevaba habitualmente. Parecía que el cambio era algo que le venía de dentro.

Pensándolo bien, aquel día Tara era más consciente de su cuerpo de lo normal. De sus pechos, de sus pezones, de su vientre. Anhelaba que se los acariciaran, lamieran y besaran.

Muy nerviosa. Tara buscó la llave de la habitación en el bolso y entro corriendo en el ascensor. Quería estar sola con su frustración y su desconcierto.

Pero en el ascensor no estaba sola. Allí estaba su imagen en los espejos de las paredes. ¿Era ella aquella criatura que la miraba con las pupilas de sus ojos verdes dilatadas?

Sí. Era ella, Tara, convertida de repente en una fulana obsesionada con el sexo.

Hizo un gesto de negación con la cabeza a su imagen en el espejo y clavó su mirada en el suelo, dispuesta a no levantarla hasta que las puertas del ascensor se abrieran.

Los espejos habían sido idea de Max. El suelo estaba enmoquetado en rojo. Tara sabía sin mirar que el techo brillaba como el oro. No era oro de verdad, pero tenía ese efecto. Las luces indirectas eran la única concesión al siglo XXI, aparte de las cámaras discretamente instaladas en las esquinas.

La seguridad era una prioridad en el Regency Royale, pues entre sus huéspedes se contaban desde estrellas del pop a jefes de gobierno, e incluso miembros de casas reales. En lo alto del edificio había un helipuerto para que clientes tan destacados pudieran llegar y partir con la máxima seguridad y discreción.

Sin embargo, Max autorizaba muy pocos movimientos a la semana, en parte por las restricciones de las autoridades locales, pero sobre todo porque no podía soportar el ruido. Su ático ocupaba la planta que estaba justo bajo el helipuerto.

Pero cuando Tara salió al rellano y luego al pasillo que conducía al apartamento de Max, allí reinaba un silencio sobrecogedor. Usó otra llave para entrar. Allí también estaba todo casi igual de silencioso,

excepto por el suave zumbido del aire acondicionado que mantenía todas las habitaciones a veinticuatro grados durante todo el año.

«La temperatura perfecta para que los amantes hagan el amor», pensó Tara. Para poder estar desnudos y pasearse desnudos.

Tara se sorprendió de sus propios pensamientos. Ella nunca se paseaba desnuda. La idea parecía excitante en teoría, pero la realidad le daba un poco de reparo. Seguro que le daría vergüenza, o se sentiría rara.

¿O no?

Tara sabía que estaba guapa desnuda. Más que la mayoría de las chicas, aunque no podía decirse que fuera gracias a esfuerzo alguno por su parte. La madre naturaleza haba sido generosa con ella. Tara sospechaba que a Max no le importada que fuera menos tímida. El siempre le pedía que se duchara con ella y ella siempre le decía que no.

Quizás aquel fin de semana fuera el momento perfecto para superar ese complejo. Nunca antes se había sentido tan atrevida, tan decidida, como en aquel momento. Se moría de ganas de tocar a Max. La idea de lavar todo su cuerpo en la ducha no dejaba de ser atractiva, aunque un poco inquietante.

Sintió un escalofrío. Ya pensaría en ello más tarde. De momento, lo que tenía que hacer era echar un vistazo al apartamento y encender algunas luces.

A Max le encantaba la luz de las lámparas, y aun que había aún luz afuera, pues faltaban horas para la puesta de sol, siempre hacía falta encender alguna luz en aquel ático. Eso era debido sobre todo a los enormes aleros y a los complicados balcones del exterior. Además, la decoración, en consonancia con el estilo del hotel, no era excesivamente moderna, como suele serlo en muchos áticos, que tienen grandes espacios abiertos y enormes ventanales.

La decoración era también de época, con papel pintado y moqueta. A los balcones se accedía por puertas de estilo francés. Las cortinas eran gruesas y de seda. Los muebles eran auténticas antigüedades de cálidas maderas y cubiertos con paños de terciopelo o bordados; Era como estar en una mansión victoriana. Porque era tan grande como una mansión, con varios comedores y salas de estar, cuatro dormitorios, tres cuartos de baño, un despacho, biblioteca, sala de billar, una enorme cocina, cuarto de la lavadora y trastero.

Todo con un gusto exquisito. Y muy caro.

La primera noche que Tara pasó allí, no había reparado en el grado de lujo del lugar. Se había sentido demasiado desbordada por los acontecimientos. Pero a la mañana siguiente fue consciente de la

enorme fortuna del hombre que se había convertido en su primer amante. Al principio, se quedó estupefacta. Luego, se convenció de que él sólo podía querer a una chica como ella para una aventura de una noche.

Pero Max le aseguró el resto de aquel maravilloso primer fin de semana que él no buscaba en ella un simple encuentro sexual. Tara pensó entonces que no había nada de simple en entregarle su virginidad apenas tres horas después de haberlo conocido. Si no hubiera sido porque se había enamorado locamente de él al instante, habría sentido asco de sí misma.

Por supuesto Tara se había sentido muy emociona da al saber que ella era tan especial para él como él lo era para ella Un año más tarde, allí estaba ella, con su propia llave, preparando las cosas para su hombre como las mujeres enamoradas han hecho durante siglos. La idea de que su papel en la vida de Max era más parecido al de una amante furtiva que al de una novia cruzó fugazmente su mente, pero la descartó rápidamente. Las cosas no iban a seguir siempre de esa manera. Algún día cambiarían. Max tendría más tiempo para ella en el futuro. Hasta entonces, quería disfrutar al máximo del tiempo que pasara con él y de esa parte de él que era sólo suya.

O al menos esperaba que fuera sólo suya.

Por supuesto que sí. Su madre se equivocaba en eso, como se equivocaba en todo sobre Max. El hombre que estaba siendo tan amable con aquella pareja en recepción no era un hombre capaz de ser infiel o de usarla vilmente. No podía permitir que su madre minara su confianza en Max de aquella forma y que estropeara lo que prometía ser una noche excitante.

Tara hizo un movimiento desafiante de cabeza y se dirigió al dormitorio de Max, consciente de que en los últimos minutos sin su presencia, su deseo no había disminuido un ápice. De hecho, lo único en lo que podía pensar era en practicar el sexo con él. Y eso no solía ser su prioridad cuando Max iba a verla. Normalmente, lo que más deseaba era pasar tiempo con el hombre al que amaba. Hacer el amor, aunque fuera maravilloso, era sólo un extra para ella.

Aquel día, no sólo era máxima prioridad, sino que se estaba convirtiendo en una verdadera emergencia.

Era culpa de Max, pensó Tara desabrochando los diminutos botones en forma de perla de su blusa rosa. Era culpa de la forma en la que él la había mirado en el aeropuerto, de lo que había dicho sobre su ropa, de aquel beso y de su amenaza de poseerla allí mismo en el asiento de atrás.

Tara se quitó la blusa y los zapatos.

Llevó ambas prendas al vestidor contiguo, donde había dejado su bolsa antes; Se quitó los pantalones y las bragas y metió éstas en un bolsillo lateral de su bolsa. Colgó la blusa en su parte del armario y buscó entre la ropa que tenía en casa de Max algo más cómodo que ponerse.

Al ver tantos trajes de noche de diseñadores importantes, todos pagados por Max, recordó lo que su madre le había dicho sobre ser una mantenida. Se había puesto aquellos vestidos para asistir a los actos sociales a los que Max la había llevado durante los primeros meses de su relación: cenas en casa de políticos, estrenos en el Teatro de la Opera, exposiciones de arte, bailes de gala, las carreras.

Había ido a todas partes con Max.

La primera vez que él se había ofrecido a comprarle uno de esos vestidos, ella se había resistido, pero se dejó convencer con las irrefutables razones de él.

Por ejemplo, que se lo podía permitir de sobra. Pero lo que más la había convencido a ella era que para él era un verdadero placer ver a su bellísima novia con vestidos que acentuaran esa belleza.

¿Cómo iba a negarse?

Los conjuntos de lencería eran regalos más modernos. Max los traía de sus frecuentes viajes al extranjero de París, de Londres, de Roma, de Nueva York...

Y aquello era lo único que se ponía para él últimamente. Max hacía mucho que no la llevaba a ningún sitio. Y era seguro que aquella noche no iba a ser diferente.

— ¡Bien! —exclamó excitada al encontrar una bata de satén verde que iba muy bien con sus ojos verdes. El camisón a juego lo dejó en la percha. No merecía la pena llevar demasiada ropa.

Se fue al cuarto de baño con la bata y se disponía a darse una ducha rápida cuando recordó que no había puesto los anticonceptivos y el móvil en la mesilla de noche como solfa. Volvió apresuradamente al vestidor, sacó esos objetos de su bolsa y fue al dormitorio. Abrió la cama y miró a su alrededor para asegurarse de que todo estaba preparado para una velada romántica.

No era que el dormitorio de Max necesitara nada para realzar su ya de por sí romántico estilo. Todo allí era lujo y sensualidad. La moqueta dorada era especialmente mullida y el papel pintado en colores crema y dorados era el contrapunto perfecto para los muebles de caoba. La cama con dosel, las mesillas de noche, el tocador con su taburete...

Una enorme lámpara de cristal y metal colgaba del centro, pero había también exquisitos apliques de cristal en las paredes

diseminados por la habitación.

A Tara le encantaba cuando todo quedaba a oscuras excepto por esas luces. ¡Creaban una iluminación tan romántica! Mucho mejor que las lámparas de la mesilla de noche, que arrojaban demasiada luz sobre la cama. Y sobre ellos.

Pero por supuesto, la pieza central era la enorme cama con dosel, flanqueada por cuatro postes de madera tallada, el fino tejido del dosel era el mismo que el de las cortinas. La cama misma tenía unas cortinas laterales que podían cerrarse y rodear la cama por completo, pero siempre permanecían abiertas y atadas a los postes de la cama con unas cuerdas doradas.

Tara acarició aquellos cordeles e imaginó como sería estar en la cama con Max con las cortinas cenadas.

— ¿En qué estás pensando?

Tara dio un respingo al oír la voz de Max. Se dio la vuelta y lo vio en el marco de la puerta mirándola con ojos brillantes.

—No... No te he oído entrar —balbuceó.

Su corazón se desbocó mientras trataba de cubrir su desnudez con las manos.

Max entro en la habitación dejando escapar un suspiro de impaciencia.

— ¿No te parece que ya hemos pasado esa fase, Tara? Conozco perfectamente tu cuerpo desnudo. Supongo que sabrás que a mí me encantaría que te pasea ras delante de mí desnuda.

Max se quitó la chaqueta y la dejó en la silla más cercana.

Ella lo miró fijamente. Ya no oía su corazón, pues su mente funcionaba a toda velocidad. «Sí, sí», le decía «me gustaría hacer eso. De verdad. Pero me falta valor».

—Y yo que pensaba que habías decidido que querías algo más que hacer el amor debajo de las sábanas con la luz apagada. Está bien —continuó al ver que ella seguía paralizada—, lo entiendo. Te cohíbe. No sé por qué. Tienes el cuerpo más bello que jamás haya tenido una mujer. Y entre las sábanas sí que eres apasionada.

Max comenzó a desabrocharse los botones de la camisa.

—Ve a ponerte algo —dijo él sin mirarla—. Si no hay más remedio.

Tara se fue apresuradamente al cuarto de baño a por su bata verde y se la puso temblando, odiándose a sí misma por sentirse tan aliviada.

Cuando volvió al dormitorio, Max estaba quitándose los zapatos y los calcetines sentado en la cama. Tenía la camisa abierta, pero no se la había quitado.

Tara creyó que su corazón se detenía. ¿Acaso él pensaba que ella

era tan inocente? Adoraba ese pecho, con esos hombros poderosos, sus músculos definidos y el suave vello que lo cubría.

— ¿A… arreglaste lo de esa gente? —preguntó ella tímidamente.

—Naturalmente —contestó sin mirarla—. Hice que los instalaran en una de las suites para lunas de miel, regalo de la casa. Y les prometí que el año que viene podría ocupar una habitación con vistas al puerto gratis para su próximo aniversario.

— ¡Oh, Max! ¡Qué generoso eres! Y listo. Ese hombre habría estado hablando mal del hotel durante años a todo el mundo. Y ahora sólo podrá decir cosas buenas. A la gente le encanta conseguir cosas gratis. A mí me pasa. Nunca puedo resistirme a esas ofertas de dos por uno.

— ¿De verdad? —dijo mirándola por fin.

Pero tenía la mirada nublada, lo que indicaba que su mente estaba lejos de allí en ese momento. Tara sabía que no merecía la pena preguntarle en qué pensaba. Siempre que lo hacía, él contestaba: «nada importante».

— ¿En qué suite están ahora?

El hotel era famoso por sus cuatro suites temáticas para parejas de novios. Costaba una fortuna pasar la noche en una de ellas. La más popular, por el número de reservas, era dedicada a las «Mil y una noches». Los temas de las otras eran «Paraíso tropical», «Burdel francés» y «Marineros traviesos».

— ¿Qué? ¡Ah! La única disponible hoy era «Burdel francés». El señor Travis parecía encantado. No tanto la señora Travis. A lo mejor ella es también más bien tímida. Como tú.

—No soy tan tímida —se atrevió a decir Tara.

Max la miró.

—Está bien. Sí que lo soy. Un poco…

No pudo seguir. Max empezó a desabrocharse el pantalón y ella tuvo que tragar saliva.

La perspectiva de verlo totalmente desnudo antes de que la hubiera besado era inquietante. Pero al mismo tiempo, quería que lo hiciera, que hiciera aquello que ella no tenía valor de hacer. Quería que la obligara a dejar de ser una tonta.

—No te asustes —dijo él dejando el cinturón con el resto de sus cosas—. Ya no me quito más ropa. Voy a ducharme, y cuando salga, llevaré mi albornoz. Mientras tanto, ¿por qué no pides algo al servicio de habitaciones? No sé tú, pero yo me muero de hambre. Me quedé dormido en el avión, así que no he comido nada. Tengo una reserva para cenar a las ocho, pero faltan muchas horas.

— ¿Vamos a salir a cenar? —preguntó Tara sorprendida.

—En el restaurante de aquí del hotel. ¿Te parece bien?

— ¡Oh, sí! Me encanta ir a cenar allí contigo. Es sólo que... las últimas veces que has venido, hemos comido en casa

—Sí, lo sé. Y lo siento. Fue muy egoísta por mi parte. Pero como ya te he dicho, eres una chica total mente diferente bajo las sábanas, así que intento que estés entre ellas el mayor tiempo posible.

—No te rías de mí, Max —dijo ella ruborizándose.

El se acercó a ella y la rodeó entre sus brazos.

—No me río de ti, princesa. Yo no haría eso. Tú eres tú y yo te quiero tal y como eres.

—Bésame, Max -dijo ella con cierta fiereza.

—No creo que sea el momento, espera un poco.

— ¡Pero es que no puedo esperar más!

— ¿Qué tú no puedes esperar? Dios mío, Tara, ¿qué te pasa hoy? ¿Es un castigo por haberte tenido abandonada tanto tiempo?

—Sólo quiero que me beses. Mejor dicho, necesito que me beses.

Él la besó. Y siguió besándola hasta que a Tara le temblaron las rodillas y se tuvo a agarrar a él con fuerza para no caer. Cuando él la tomó en brazos y la tiró sobre la cama sin delicadeza alguna, ella no protestó. Ni siquiera apartó la mirada cuando él se sacó impaciente la ropa que aún llevaba.

Quería mirar y ver cómo él la deseaba.

Su respiración se interrumpió al ver la intensidad de ese deseo.

Max se inclinó sobre ella, desató el cinturón de su bata y la abrió para poder ver su cuerpo desnudo.

Durante unos instantes que a Tara le parecieron una eternidad, él la contempló, admirando su cuerpo hasta que ella se puso roja y se le entrecortó la respiración.

El tiró de la bata hasta que logró quitársela y tirarla al suelo.

No hubo ternuras preliminares, ni besos. Sólo sexo. Salvaje y primitivo.

Pero, ¡qué excitante era sentir la impaciencia de aquella pasión primaria de él! Y la suya.

Ella estalló en mil pedazos casi inmediatamente por la fuerza de su orgasmo, abrumada por lo que estaba experimentando y en un estado de confusión emocional.

Con los últimos espasmos, Tara sintió que su cuerpo entero estaba exhausto, que le pesaban las piernas y los brazos, y también los párpados. No podía mantenerlos abiertos. No podía contener el sueño. Con un suspiro, se dejó arrastrar por los brazos de Morfeo.

Capítulo 4

Max se quedó mirándola estupefacto. ¡Dormida! ¡Se había quedado dormida! Max estaba perplejo. Tara nunca se quedaba dormida después del sexo.

¡Había gozado de verdad haciendo el amor de aquella manera! Aún más, parecía haberle encantado. Habían alcanzado el clímax en un tiempo récord. Y después ella se había apagado como una vela, más serena de lo que él nunca la había visto.

Se sintió aliviado de no tener que sentir remordimientos por haber perdido el control y no haberse comportado como el amante delicado, paciente y considerado que él siempre había sido, porque era lo que creía que Tara quería y necesitaba. Controlarse se había convertido para él en una terrible batalla entre la lujuria que ella despertaba en él y el amor que sentía por ella.

Y había mantenido ese control muy bien… hasta aquel día.

Si no la hubiera visto con aquellos pantalones tan ceñidos y con aquellos zapatos tan sexys... si no le hubiera dicho que no llevaba sujetador... si no la hubiera besado...

Su relación con Tara estaba llena de oraciones condicionales, Empezando por «si no se hubiera parado a mirar el escaparate de Whitmore Opais aquel viernes...»

Había sido lujuria a primera vista. Cuando ella accedió a salir a tomar una copa con él a los diez minutos de haberse presentado ante ella, él estaba seguro de que le esperaba una noche salvaje con una mujer experimentada. Con sus enormes cargas laborales y sus constantes viajes al extranjero, su vida sexual se reducía a aventuras de una noche con mujeres que sabían a qué se atenían. Y Tara parecía una de esas mujeres.

Pero la realidad resultó ser muy diferente. Cuando ella le dijo temblorosa que era virgen antes de que él le hubiera quitado siquiera el sostén; Max tuvo que cohibirse y no poco con el tipo de actividad que él tenía en mente. Se quedó sorprendido, pero también fascinado ¡Quién lo hubiera imaginado!

Afortunadamente, se enteró antes de ir demasiado lejos, por lo que tuvo oportunidad de ir despacio para asegurarse de que su primera experiencia fuera placentera y no dolorosa. La había llevado a la cama y se había tomado su tiempo con ella.

Volviendo la vista atrás, aquello había sido un error. Tenía que haber salido corriendo, en lugar de hacer el amor con ella. Porque aquella primera vez no fue suficiente para él. La tuvo en su cama todo el fin de semana. Haciendo el amor con ella como hacía años que no

hacía el amor con ninguna mujer. Con ternura. Dulcemente. Con total generosidad.

Desgraciadamente, Tara se acostumbró a esperar eso de él cada vez. Max se dio cuenta enseguida de que las apariencias le habían engañado. Aquella imagen de chica rubia sexy de largas piernas y pechos in creíbles ocultaba una inocente niña romántica.

En algunas cosas Tara podía ser muy madura. Tenía educación universitaria, había leído y viajado mucho. Y tenía un indudable don de gentes, con un encanto y una elegancia que no parecían propias de sus años.

Pero en temas de sexo, era como una flor de invernadero, muy bella pero increíblemente tierna y delicada.

O eso había creído hasta entonces.

Max contempló aquel hermoso cuerpo, desnudo, pero sin sentir ninguna vergüenza de que él lo estuviera mirando.

Ojala siguiera siendo así cuando despertara...

A lo mejor sí, en un futuro cercano. Ella le había dicho que no era tan tímida, y quizás fuera verdad. Quizás sólo le faltaba confianza en sí misma. Sólo necesitaba un poco de persuasión en el momento adecuado y todo un mundo se abriría ante ella.

Hasta aquel momento, Max había aceptado a regañadientes que Tara no era ese tipo de chica atrevida, pero le había parecido que merecía la pena renunciar a experiencias más exóticas a cambio de lo que Tara le hacía sentir desde la primen noche juntos.

Sin embargo, aquella noche le había demostrado que sí podrían compartir experiencias sexuales más atrevidas en el futuro. Max se excitó sólo de pensar en las cosas que le gustada hacer con ella, y que ella le hiciese. No era un buen momento. Ella aún dormiría un rato. Necesitaba una ducha. Y fría.

Salió de la cama. Tiró de las sábanas que estaban atrapadas bajo las espléndidas nalgas de Tara y la arropó amorosamente hasta los hombros. Ella se movió, pero no se despertó. La sábana se deslizó por su hombro dejando al descubierto uno de sus increíbles pechos.

Max se inclinó y besó con firmeza aquel pezón antes de ir al cuarto de baño.

Capítulo 5

¿Qué?

Tara se sentó de golpe en la cama. Parpadeo y miró a su alrededor tratando de entender lo que la había despertado.

Era el despertador de su móvil, avisándole de que eran las seis, hora de tomar la píldora.

Con un quejido, estiró el brazo para apretar el botón que callara la alarma. Cuando se hizo el silencio, se dio cuenta de que Max no estaba. Se preguntó dónde estaría, y se arrepintió inmediatamente. No quería pensar en Max en ese momento.

Tara sacó del cajón de la mesilla la caja de los anticonceptivos, sacó una y se la tragó sin beber agua. El médico le había advertido que los anticonceptivos había que tomarlos aproximadamente a la misma hora para que fueran efectivos. Tara obedecía sus instrucciones escrupulosamente.

Tara se destapó y, después de comprobar que Max no estaba escondido detrás de la puerta mirándola, se levantó. Aún podía sentir la humedad entre sus piernas.

No podía fingir que no recordaba lo que había ocurrido antes de quedarse dormida. ¿Por qué intentaba olvidarlo? No había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarse. Ni Max tampoco.

Había hecho el amor con ella con más contundencia de lo habitual, ¿y qué? Era algo que ella deseaba inconscientemente desde que él la amenazara con poseerla en el asiento de atrás del coche. ¡Y le había en cantado!

Tara temblaba sólo de recordarlo. ¿Había experimentado algo tan intenso con Max antes? Le parecía que no.

Su bata verde estaba cuidadosamente doblada al pie de la cama. Max debía de haberla recogido del suelo mientras ella dormía. Y también su propia ropa, que estaba bien colocada en una de las sillas.

Con una punzada en el estómago, se dio cuenta de que él no se había vuelto a vestir. Tenía que estar en algún lugar del ático y debía llevar sólo puesto su albornoz favorito. Tara corrió al cuarto de baño y, efectivamente, faltaba el albornoz. Y las toallas estaban aún húmedas. Era evidente que se había estado duchando mientras ella dormía.

Tara tragó saliva y colgó la bata del gancho vacío de la puerta, se recogió el pelo en una coleta alta y entró en el amplio cubículo de mármol de la ducha.

Todavía no estaba segura de lo que haría cuando se terminará de duchar. Lo único que sabía era que su cuerpo estaba mucho más

caliente que el agua que caía sobre su cuerpo.

No estuvo mucho tiempo en la ducha. Sólo lo suficiente para asegurarse de que estaba limpia y perfumada. Tuvo cuidado de no mojarse el pelo. No quería aparecer ante Max como un gatito abandonado al que le ha sorprendido una tormenta. Quería estar perfecta para él.

Tara trató de corregir en su cabeza esa idea mientras se ponía de nuevo la bata. No quería estar perfecta. Quería estar sexy. Quería hacer que Max cayera en la tentación, que dejara de hacer lo que fuera que estaba haciendo y la volviera a llevar a la cama.

Por un segundo, pensó en dejarse la bata abierta, pero pensó que era de mal gustó La ató bien ajustada como siempre. Quizás algo más ajustada de lo normal, para acentuar las curvas de su cuerpo.

Tara se miró una última vez en el enorme espejo del baño. Cualquier otro día se hubiera vuelto a maquillar. Apenas quedaba rastro del pintalabios rosa, Y se le había corrido el rimel. Pero en aquel momento le gustó aquella imagen descuidada. Incluso le gustaba cómo le había quedado el pelo, con algunos mechones de cabello sueltos alrededor de su rostro. Parecía una mujer que acabara de salir de la cama de su amante. Parecía... una descocada.

El pasillo que separaba el dormitorio principal del resto de la casa se le hizo interminable. Cuando llegó al salón principal no sabía si se sentía asustada o sobreexcitada. Su corazón palpitaba como una taladra dora y su boca estaba más seca que el desierto del Sahara.

Pero Max no estaba allí.

Se sintió decepcionada. No era el nerviosismo la sensación que la dominaba en ese momento. El deseo era más fuerte.

Corrió hacia el lugar favorito de Max, dos habitaciones separadas por puertas correderas que siempre se mantenían abiertas. La primera habitación al entrar era un estudio-biblioteca, una sala muy masculina, sin ventanas y con las paredes cubiertas de estanterías con libros hasta el techo, un escritorio en una esquina y unos enormes sillones de cuero para poder sentarse a leer. La habitación contigua era la sala de billar, con una enorme mesa de fieltro verde, una barra de bebidas en una esquina con sus taburetes y muchas puertas que daban a los balcones.

Max era un gran jugador y había tratado de enseñar a Tara al principio de su relación, cuando tenían tiempo para algo más que la cama, pero hacía mucho tiempo que no había vuelto a jugar.

Y Tara no tenía previsto proponerle echar una partida ese día. Tenía otros juegos en mente. No podía creerse lo que se le acababa de ocurrir. Era la primera vez que pensaba en hacer el amor como en un

juego.

Las manos le temblaban según se acercaba a la puerta. No pensaba echarse atrás, pero no entró directamente. Tara nunca olvidaba sus modales. Llamó a la puerta con los nudillos antes de abrirla y asomarse para inspeccionar.

Max estaba sentado en su silla favorita bañado en una suave luz que provenía de la lámpara que tenía detrás, Llevaba el albornoz blanco. Y nada más. Estaba incluso descalzo.

Sin embargo no estaba desocupado, esperando a que ella se despertara para volver a hacer el amor con ella. Estaba trabajando. Y bebiendo. Tenía el ordenador portátil abierto sobre sus rodillas mientras daba sorbos de whisky escocés de un vaso enorme, a la vez que mantenía una conversación telefónica.

Max era uno de esos hombres que podían hacer más de una cosa a la vez.

— ¡Ah! ¡Aquí estás! —dijo ella conteniendo su irritación a duras penas.

En lugar de preguntarle si todo iba bien, si interrumpía, como hubiera hecho normalmente, Tara entró y cerró la puerta tras ella.

Se dio cuenta de la sorpresa de Max. No le importaba. En esos momentos, Max sólo debía tener tiempo para ella.

Max levantó la mano en un gesto que quería decir le que esperara, que estaba hablando de algo importante, Tara se rebeló y no lo obedeció como era su tendencia natural. Lentamente, se acercó a él avanzando insinuante por la mullida moqueta verde, sus caderas se contoneaban, sus pechos se movían por de bajo de la bata. Con cada paso, la bata se abría un poco dejando al descubierto provocativamente sus piernas desnudas.

Max levantó las cejas mientras la veía acercarse. La miró de arriba abajo.

—Hablaré contigo más tarde, Pierce. Ha surgido algo aquí.

—Mucho más tarde —dijo Tara cuando él colgó el teléfono.

Pierce sólo era su ayudante personal. Podía esperar.

Max sonrió extrañamente y devolvió su atención al portátil.

—Tengo que terminar una cosa primero, Tara —dijo sin mirarla—. ¿Por qué no vuelves a la cama? Yo iré en cuanto pueda.

La rabia le calentó la boca sin que pudiera contenerse.

— ¿Y qué pasa si no quiero volver a la cama? ¿Y si prefiero quedarme aquí contigo? ¿Y silo que quiero es que dejes de trabajar ahora mismo?

Max levantó la mirada lentamente. Una mirada dura e intensa, como a ella le gustaba. Dio un sorbo de su vaso sin dejar de mirarla

por encima del cristal.

La estaba desnudando con la mirada. Al darse cuenta, Tara sintió que se ponía roja y sus pezones se endurecían.

—Oblígame—dijo él con su voz más profunda y sexy.

Aquellas palabras desafiantes produjeron en Tara una corriente eléctrica que le recorrió todo el cuerpo, y que la decidieron a no desistir. Sabía lo que quería. Quería que él la viera. No tumbada en la cama, sino erguida, de pie junto a él. Mirándolo a la cara.

Su corazón latía a mil por hora mientras buscaba el cinturón de la bata. Si se hubiera hecho un nudo más difícil no lo habría conseguido, pero sólo tuvo que tirar de los extremos para deshacerlo y en cuestión, e segundos la bata se abrió.

Él no demostró ninguna reacción. Continuó bebiendo su whisky.

Tara se quedó helada ante su falta de interés.

Max reanudó su trabajo en el ordenador.

—Vuelve a la cama, Tara —dijo él—. Está claro que no estás hecha para el papel de seductora.

Herida, Tara se quitó la bata y la tiró al suelo. Como él seguía sin prestarle atención, se fue directa mente al ordenador y se lo cerró de golpe.

—Mírame.

Él la miró, con los ojos entornados, recorriendo cada centímetro de su desnuda anatomía con exquisita lentitud.

—Muy bonito —murmuró él—. Pero no es nada que no haya visto antes.

—A lo mejor verías algo diferente si dejaras esa copa. Y ese maldito ordenador.

Max dejó el ordenador a un lado de la silla, pero no la copa. Miró de nuevo a Tara de arriba abajo mientras se recostaba en el sillón y daba otro trago de su whisky.

Tara volvió a estar asustada. Asustada de hacer el ridículo.

—Estoy esperando —dijo él poniendo por fin el en vaso vacío en una mesa auxiliar.

Tara tragó saliva.

—Vamos, Tara. Este es tu número. Tengo curiosidad por ver hasta dónde eres capaz llegar antes de echarte atrás. No pienso ayudarte nada.

Tara se dio cuenta entonces de que Max no quería simplemente que se paseara desnuda ante él. Quería que fuera ella la que le hiciera el amor a él.

Si le hubiera lanzado aquel desafío cualquier otro día, ella se habría echado a correr. Pero, por alguna razón, aquel día todo era

diferente. Aquel día, su relación había alcanzado una nueva y excitante dimensión, y Tara no pensaba renunciar a ella. «No pienses». Avanzó y se paró entre las piernas de él.

«Haz lo que él cree que no tienes valor para hacer».

Tara tomó aire, se arrodilló junto a él y buscó el cinturón de su bata.

«No lo mires a la cara».

No quería ver ningún gesto de sorpresa que minara su confianza y resolución. Él le había dicho una vez que no le importaba lo provocativa y segura de sí misma que fuera en la intimidad. Pues bien, Max iba a recibir una buena dosis de provocación y seguridad. Aunque por dentro estuviera temblando.

El cinturón de él resultó tan fácil de desatar como el suyo. Pero abrirla le resultaba embarazoso, porque ella sabía a lo que debía enfrentarse.

Y cuando lo hizo sus ojos se abrieron como platos.

¡Aquel desinterés que mostraba en totalmente fingido! Estaba excitado sexualmente. Completamente.

Tara resistió su deseo de cerrar los ojos y pensar en otra cosa. Sus días de cobardía habían terminado. Iba a mirarlo, a tocarlo y a besarlo.

Curiosamente, cuando empezó a acariciarlo en toda su envergadura, al sentir que Max temblaba y su miembro se ponía cada vez más duro entre sus manos, sus recelos y reticencias desaparecieron. Tara sintió que la consumía el deseo de despertar a la bestia que había en él, de volverlo loco de placer y deseo, de amarlo como ella nunca antes lo había amado.

Max no se lo podía creer cuando vio que ella se lo llevaba a la boca. Sintió que la sangre se agolpaba en sus venas y su piel se estiraba amenazando con hacer le perder todo control.

Y eso no era seguramente lo que ella quería.

Max gimió, cada vez más preocupado ante la posibilidad de no poder controlarse. Siguió gimiendo cuando ella levantó la cabeza. Deseaba que ella continuara más de lo que había deseado cualquier cosa en mucho tiempo.

La decepción inicial desapareció al ver que ella se subía a la silla y se montaba sobre él con las rodillas a cada lado de su cuerpo, encajadas en las esquinas del sillón.

Contuvo la respiración al ver que ella, una vez más, tomaba la iniciativa, agarraba su miembro y lo dirigía al interior de su cuerpo. Su ardiente, húmedo y delicioso cuerpo. Ella se dejó caer, y de pronto, él estaba allí dentro de ella totalmente, Ella levantó la cabeza y sus

miradas se encontraron. Ella tenía las pupilas dilatadas. El estaba atónito.

—Max.

Eso fue todo lo que dijo, antes de inclinarse sobre el para besarlo, rodeando aquel rostro entre sus manos, deslizando su lengua dentro de su boca.

¡Cuántas veces había soñado que Tara fuera así!

Ella empezó a moverse sobre él. Despacio al principio, luego con más pasión. Aquel movimiento ascendente—descendente de sus caderas cada vez más violento hacía imposible que sus labios siguieran unidos. Ella tuvo que agarrarse a sus hombros para mantener el equilibrio, clavándole las uñas en la carne hasta que finalmente, arqueó la espalda con un espasmo.

—Ooooh —gritó.

La intensidad de su orgasmo fue indescriptible. Fue una auténtica explosión erótica, un placer cegador. Y mientras duró, ella no dejó moverse, de adelante hacia atrás. Con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Después, se desplomó sobre su pecho apoyando la cabeza muy cerca de su garganta. El la rodeó con sus brazos y la tuvo así abrazada un largo rato. Ambos permanecieron en silencio, Pero, como era inevitable, Max no tardó en ser consciente de la trascendencia de lo que acababa de ocurrir. Su maravillosa Tara acababa de perder sus inhibiciones.

De pronto, la deseaba de todas las maneras en las que un hombre puede desear a una mujer.

Tara se incorporó y buscó sus ojos con la mirada.

— ¿Demasiado pronto? -dijo él bajando las manos por su espalda para acariciar su trasero.

Ella negó con la cabeza.

Él siguió acariciando aquellos glúteos y ella abrió la boca en una sensual demostración de rendición. Nunca antes había sentido Max tanto amor por ella. Ni deseo.

Entonces se alegró de no tener reserva hasta las ocho. Tenía planes para la hora y media que quedaba y ninguno tenía nada que ver con el dormitorio.

Capítulo 6

Ese color dorado te queda fenomenal —dijo Max mientras esperaban al ascensor para bajar al restaurante—. Y el vestido. Me alegro de que hicieras caso de mi sugerencia.

Tara casi se echó a reír. ¡Sugerencia! No lo había sugerido. Había insistido.

El vestido era de seda china. Se lo había traído Max de un viaje anterior a Hong Kong. Tenía el clásico cuello chino, pero en lo demás no era tan recatado, pues era muy ajustado, y llevaba rajas a los lados que dejaban al descubierto buena parte de los muslos. Un modelo muy sensual.

No es que Tara necesitara ayuda para sentirse sensual aquel día. Las dos horas anteriores había aguzado todos sus sentidos. Había, desde luego, despertado al animal que Max llevaba dentro con su comportamiento provocativo. Había conocido distintas facetas de Max, como por ejemplo, el Mar insaciable o el Max implacable.

Sintió un escalofrío sólo de recordar lo ocurrido en la sala de billar.

Antes de aparecer en el rincón favorito de Mar, Tara había pensado por primera vez durante unos segundos en el sexo como juego. Lo que no había pensado entonces era en la mucha ventaja que Max le sacaba en el terreno de los juegos eróticos. Eso hacía que se preguntan con cuántas mujeres habían jugado en el pasado de aquella forma.

Al menos eso era lo que quería creer. Que sólo hubiera sido en el pasado.

Una mirada a Max, radiante con su traje de gala, confirmé lo que ella siempre había sospechado. Que las mujeres se lanzarían a sus brazos en manadas. ¿Acaso no lo había hecho ella?

—Max —dijo con una mirada y un tono de voz de preocupación.

— ¿Qué, mi amor?

Max tomó su mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos.

— ¿Alguna vez me has sido infiel?

—Nunca —respondió él con tal rapidez y contundencia, que Tara no pudo por menos de creerlo.

Y sin embargo...

— ¿Por qué me lo preguntas?

—Después de lo de esta tarde, me doy cuenta de que yo... no te satisfacía por completó estos últimos meses.

—Eso no es verdad, Tara. He sido muy feliz contigo.

Pero su mirada no parecía estar de acuerda con sus palabras.

—No te creo, Max. Dime la verdad.

—Mira, reconozco que ha habido momentos en los que me hubiera gustado que te hubieras sentido más a gusto con tu cuerpo y tu sexualidad. Pero yo no estaba insatisfecho, Tara. No te quiero sólo para hacer el amor. Te quiero a ti. De todas maneras, me alegro de que finalmente te hayas dado cuenta de que el sexo se puede disfrutar de muchas maneras. No tiene porque hacerse siempre despacio y con mucha solemnidad. También puede ser rápido y salvaje. O simplemente divertido. Porque tú te has divertido esta noche, ¿verdad?

¿Divertido? Había sido excitante, emocionante...

—Supongo que sí.

—Vamos, Tara —dijo él con una sonrisa pícara—. Te ha encantado. No lo niegues.

—Supongo que no estoy acostumbrada a ser una chica mala.

— ¡Mala! —Exclamó Max con una carcajada—. Un poco traviesa, puede ser, pero no mala. Ya te enseñaré yo cosas malas esta noche después de la cena.

— ¿Qué... qué quieres decir? ¿Qué vamos a hacer?

—Siempre he querido usar esas cuerdas que hay en mi cama para algo más que para atar el dosel.

Tara intentó sentirse escandalizada, pero sentía demasiada curiosidad. Trató de imaginarse a Max atándola a la cama, dejándola completamente indefensa a sus caricias y a sus miradas.

Sólo de pensarlo, sintió calor en las mejillas. Y en todo el cuerpo.

—Entiendo que éste es un gran paso para ti —dijo con ironía—. Olvida lo que he dicho.

¿Cómo iba a olvidarlo? Una vez que él había puesto esa imagen en la cabeza, ya nunca sería capaz de mirar esa cama sin imaginarse atada a los postes.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tara no se movió, aturdida como estaba. Max la tomó de la mano y entraron.

—Vamos, princesa. Déjate de ensoñaciones. Tenemos que bajar a comer. Ya llevamos cuarto de hora de retraso. Culpa tuya por retenerme en la ducha más de la cuenta.

— ¡Que yo te he retenido en la ducha! Mentiroso. Has sido tú el que... no me ha dejado salir hasta que... hasta que yo...

—Hasta que has terminado lo que habías empezado. Sí, lo sé. Tienes razón. Me dejé llevar. Pero no te he oído quejarte.

—Porque así no podía hablar —dijo ella en tono desafiante.

Él se echó a reír.

—Ésta es mi chica. De respuesta rápida. Eso me gusta, Tara. Que

tengas personalidad. No me encuentro a gusto con la gente que dice que sí a todo.

—Eso es una tontería, Max, y lo sabes. Te encanta la gente que te da la razón. Te oigo en el teléfono constantemente dando órdenes que siempre esperas que se cumplan en el acto. Te gusta ser el que manda, en el dormitorio y en todas partes. Esperas que todos tus lacayos hagan todo lo que tú les digas.

—No sé, puede ser. Pero tú no eres uno de mis lacayos.

—No estoy tan segura. ¿Acaso una amante no es otra forma de servidumbre?

— ¡Amante! Lo dices en un tono que suena deliciosamente anticuado. Pero me gusta. Mi amante. Sí. Serías la amante perfecta para mí. Ahora.

Y con un brillo malicioso en la mirada, se llevó su mano a los labios una vez más.

Tara la apartó. Le habría dado una bofetada si las puertas no se hubieran abierto en ese momento.

Una mujer morena estaba allí esperando el ascensor. Una mujer muy atractiva de grandes ojos castaños, que se hicieron aún más grandes cuando reconoció a Max, para luego afilarse cuando reparó en Tara.

Max apretó con más fuerza la mano de Tara.

—Hola, Max. Cuánto tiempo sin verte.

—Es verdad.

Tara se dio cuenta de la tensión que atenazaba el cuerpo de Max. No, no era tensión. Era hostilidad. Por alguna razón. Max odiaba a aquella mujer. ¿La habría amado en el pasado?

Tara observó a la mujer detenidamente, tratando de calcular su edad. Era imposible. No aparentaba más de treinta años, pero tenía el aspecto distinguido de la gente muy rica, así que era posible que fuera mayor. Las visitas regulares a los salones de belleza pueden parar el tiempo unos cuantos años. No tenía ni una arruga y su maquillaje era perfecto. Pero lo que más destacaba de ella era su fantástica melena oscura, que le llegaba hasta los hombros y que llevaba peinada con tal perfección que ni un solo pelo parecía fuera de lugar.

Todo lo contrario que el pelo de Tara, recogido con carácter de emergencia en una coleta improvisada. Era lo único que había podido hacer en tan poco tiempo. Sólo quince minutos antes, su pelo estaba aún empapado.

—Estás muy bien —dijo la mujer morena.

—Si nos disculpas, Alicia, ya llegamos tarde para la cena.

Y dicho esto salió del ascensor empujando a Tara con él. Esta se

quedó sorprendida por su falta de delicadeza Nunca antes había visto a Max comportarse así con nadie.

Tara no miró atrás ni dijo nada durante el breve paseo entre el ascensor y el restaurante. Se mantuvo discretamente en silencio mientras el maître los recibía y les presentaba a su camarero de esa noche, un joven muy guapo llamado Jarod, que los acompañó hasta su mesa.

Era una mesa muy especial, reservada para ocasiones especiales y por gente que quería permanecer en la intimidad. La mesa, iluminada con velas, estaba en un apartado iluminado con luz tenue y acogedora en el fondo del restaurante.

La primera vez que Max la había llevado allí, a ella le pareció muy romántico. Las visitas siguientes siguieron siendo muy románticas, pero aquella noche el encuentro con la mujer morena había apartado cualquier idea de romance de la cabeza de Tara. A no ser que los celos fueran parte de lo romántico. Max podía decir lo que quisiera, pero aquella mujer lo había mirado de una forma muy diferente a la de una simple conocida o a la de una empleada.

Los minutos pasaron lentamente. Max se tomó más tiempo del habitual en estudiar la carta de vinos, y sus nervios aumentaron. Cuando se fue el camarero, Tara quiso preguntarle por ella, pero temió plantear mal la pregunta. No sabía qué decir.

—No tienes ninguna razón para estar celosa. Alicia era novia de Stevie, no mía.

—No estaba celosa —mintió Tara—. Sólo extrañada de tu comportamiento con ella. ¿Qué le hizo a Stevie para que la odies tanto?

—En cuanto mi hermano le contó que le habían diagnosticado un cáncer de testículos, lo dejó. Dijo que no podría soportarlo.

Max se pasó la mano temblorosa por el pelo.

—Que no podía soportarlo, dijo —continuó—. ¿Y cómo pensaba que lo iba a soportar Stevie si la mujer a la que amaba y que él creía que lo amaba lo abandonaba en su enfermedad? Ella tuvo toda la culpa de que el tratamiento no tuviera éxito. Cuando ella lo dejó, Stevie perdió las ganas de vivir.

—Pero yo creía que...

—Sí, sí. También mi padre tuvo culpa. Pero Alicia más. Al menos mi padre nunca fingió querer a Stevie. Cuando no vino a casa a acompañar a su hijo en su lecho de muerte, no fue ninguna sorpresa. Al menos, no para Stevie. El mismo me dijo días antes de morir que mi padre no lo quería a él como me quería a mí.

La mirada de Max se entristeció.

—Dios mío, Tara, ¿sabes cómo me sentí cuando dijo eso? Stevie, un chico tan bueno, que nunca hizo daño a nadie en su vida. ¿Cómo es posible que un padre no lo quisiera más que a mí? Yo nunca fui ni la mitad de bueno que mi hermano pequeño.

Tara frunció el ceño. Conocía la trágica historia de su hermano, pero nunca había mencionado que la novia de Stevie tuviera que ver con ella.

— ¿Por qué no me has hablado antes de Alicia, Max?

—No me gusta hablar sobre Stevie. Te conté lo mínimo que tenías que saber para entender por qué no podías venir a visitar a mis padres en Navidad. ¡Ah! Aquí viene el champaña.

Tara no se quedó conforme del todo con la explicación, pero no dijo nada mientras el camarero descorchaba la botella y les servía las copas.

—No es propio de ti pedir champaña —dijo ella cuando se fue el camarero.

Max siempre pedía vino tinto.

—Pensé que podríamos compartir una botella para celebrar nuestro aniversario. Hoy hace exactamente un año que entré en Whitmore Opals. Claro que era viernes y hoy es sábado.

— ¡Oh, Max! ¡Es tan bonito que te hayas acordado!

—Es que soy un tipo encantador.

—Puedes serlo —dijo Tara sonriendo—. Es evidente. Pero no creo que sea una de tus cualidades más representativas.

— ¿No? —dijo él con una sonrisa que le recordó a Tara lo guapo que podía llegar a ser—. ¿Y cuál sería mi cualidad más representativa?

Tara no pudo evitarlo. Se ruborizó.

Max se echó a reír.

—Lo tomaré como un cumplido. Pero tampoco has podido comparar mucho, si yo he sido tu primer y único amante. Aunque supongo que no seré el último.

— ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Terminarás volando a otros lugares. Experimentarás con otros hombres.

—No me conoces si piensas eso. Lo que ha pasado antes, Max, era porque te quiero mucho y confío ciegamente en ti. Nunca haría algo así con cualquiera. Me moriría de vergüenza.

—Lo dices de verdad, ¿no?

—Pues claro.

—Eres de lo que ya no hay, Tara. No hay muchas mujeres como tú para hombres como yo. El verdadero amor es un lujo muy difícil de disfrutar para los ricos y famosos. Todo nuestro atractivo está en

nuestras cuentas bancarias, no en nosotros mismos.

—No me lo creo. Eres demasiado cínico, Max.

—He conocido a demasiadas Alicias para no ser cínico. ¿Sabes que sólo seis meses después de decirle a Stevie que lo amaba pero que no podía soportar lo de su enfermedad se casó con otro rico heredero? Después, cuando se divorció de ese infeliz doce meses después, tuvo la cara de flirtear conmigo una noche que me encontré con ella.

— ¿Y?

— ¿Y qué?

—No me tomes por tonta, Max. Algo pasó entre los dos. Me di cuenta.

—A veces te das cuenta de demasiadas cosas —dijo con un suspiro —. Me sentía vengativo aquella noche. Cuando Alicia empezó a insinuarse, le seguí la corriente. Luego sugerí que fuéramos a algún lado a bailar y ella se apuntó. Y eso que estaba con otra persona. Fuimos a una discoteca. Bebimos. Bailamos.

¡Bailaron! A Tara se le revolvió el estómago sólo de imaginarse a otra mujer en brazos de Max. Aunque hubiera sido antes de que se conocieran.

—Esperaba que se disculpara por lo de Stevie —continuó Max jugueteando con la botella—, Sabía que lo haría. Pero lo que me dijo me dejó hundido. Me dijo que sólo había salido con Stevie para estar cerca de mí, que nunca había querido a mi hermano. Que era a mí a quien quería. Me aseguró que sólo se había casado con aquel hombre porque pensaba que conmigo no tenía ninguna posibilidad. Le dije lo que pensaba de su «amor» y me largué.

Tara no dijo nada, pero sospechó que aquella mujer quizás no hubiera mentido. Había visto fotos de Stevie y, aunque era un muchacho agradable, no tenía la presencia y el carisma de su hermano.

—El amor es sólo un arma para mujeres como ésa. Mi propia madre finge querer a mi padre aunque sea un mal padre y un mal marido. ¿Por qué? Porque le costaría demasiado dinero divorciarse. Una vez la oí cómo le contaba a una amiga que sabía que mi padre era un mujeriego, pero que prefería hacer como que no se daba cuenta. Y ahora, él está postrado en una silla de ruedas y ella se ocupa devotamente de él. Son tal cual para cual, les une su avaricia y su falta de ética. Por eso prefiero pasar el menor tiempo posible con ellos. Me ponen enfermo. Los dos.

A Tara la desconcertó la amargura que había en aquel arrebato de rabia La amargura y el resentimiento no eran buenos. Ni tampoco la venganza. Eran pasiones autodestructivas.

—A lo mejor te equivocas, Max. Al mejor tu madre sí quiere a tu padre. Puede que haya cosas que tú no sepas. Nunca se sabe lo que pasa dentro de un matrimonio. Eso lo aprendí la semana pasada. Yo creía que mi hermana en infeliz en su matrimonio. Se quedó embarazada en el último año de instituto, ¿sabes? Dale era sólo un año mayor, todavía aprendiz de fontanero. Se casaron. Jen creía que podría acabar el instituto, pero las molestias del embarazo no la dejaban estudiar. Y luego, cuando el bebé sólo tenía seis meses, volvió a quedarse embarazada. Siempre se ha quejado de su vida y de su marido. Dice que gasta demasiado dinero bebiendo con sus amigos. Pero cuan do le pregunté por qué no lo dejaba y pedía el divorcio, me miró como si yo estuviera loca. Me dijo que era muy feliz con Dale y que ni en sueños se divorciaría de él. Así que a lo mejor te equivocas, Max.

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—Es posible pero no es probable. Mira, no estropeemos esta noche hablando de estas cosas. Vamos a disfrutar de una maravillosa comida y de este champaña tan delicioso. Quiero emborracharte un poquito para luego llevarte al dormitorio y aprovecharme de ti.

Aunque a Tara le excitó esa perspectiva, mantuvo una apariencia de calma Sospechaba que Max la observaba para ver su reacción. Y aunque sentía curiosidad, no estaba segura de que la realidad fuera tan excitante como la fantasía. E incluso silo era, ¿qué consecuencias tendría? ¿Quena de verdad que Max pensara que estaba dispuesta a hacer todo lo que él le pidiera?

— ¿Crees que eso es lo que tienes que hacer para que yo coopere? ¿Emborracharme?

— ¿No es así?

—Espero que no.

—Y esto. ¿Qué te parece?

Max se sacó del bolsillo una cajita de terciopelo. Era del tamaño de un anillo.

Un anillo de compromiso. ¡Le había comprado un anillo de compromiso! ¡Iba a pedirle que se casara con él!

Sintió que la adrenalina se le disparaba y se burló de sí misma al recordar lo que le había dicho a su madre esa mañana sobre que no quería casarse todavía.

Evidentemente su cuerpo sabía cosas de las que su mente no tenía ni idea.

—Vamos. Ábrelo.

Max colocó la cajita dorada delante de ella. Había algo en la puesta en escena que no encajaba en la imagen que Tara tenía de

cómo un hombre como Max se declararía. Era todo demasiado informal.

Tara tomó aire y lo expulsó lentamente, juntando el valor para abrir aquella caja. Lo hizo y en su interior encontró un anillo con una enorme piedra de topacio. Se apresuró a reaccionar como, sin duda, Max esperaba que reaccionara.

— ¡Oh, Max! ¡Es precioso! Muchas gracias.

—Sabía que hacía juego con este vestido, por eso quería que te lo pusieras. Vamos póntelo. A ver como te queda.

Ella se lo puso en el dedo corazón de la mano derecha.

—Perfecto —dijo ella, extendiendo la mano para enseñárselo.

La piedra en forma de diamante brillaba a la luz de las velas.

—Pero no tenías por qué, Max. Me haces sentir culpable cada vez que me compras algo. No sabía que fueras tan romántico.

—Creo que me lo estás contagiando.

—No sé por qué sigues diciendo que soy una romántica.

—Cuando una chica tan guapa como tú llega virgen a los veinticuatro años es que tiene que ser una romántica.

—Quizás. Quizás no. Yo me considero más idealista. No quería acostarme con nadie hasta no tener verdaderas ganas de hacerlo. Lo que esperaba era la pasión, más que el amor. Y la encontré. Contigo. No me di cuenta de que estaba enamorada de ti hasta la mañana siguiente. ¿Cuándo te diste cuenta tú?

—En el momento en el que me sonreíste en la joyería, ya estaba perdido.

— Oh, Max ¿Quién es el romántico ahora?

Max sonrió.

— ¡Ah! Aquí viene Jarod para tomamos nota. Deja que pida por ti, cariño. Ahora que estás probando cosas nuevas, ha llegado la hora de que también pruebes comidas diferentes.

—Si insistes.

—Insisto.

Tara se apoyó en el respaldo y bebió un poco de champán mientras Max elegía el menú. Siempre le gustaba elegir platos exóticos y probar cosas nuevas.

Era evidente que Max estaba más feliz con ella que nunca.

Tara se quedó mirando su anillo de topacio, y se dijo que había sido una tonta al desear que fuera un anillo de compromiso.

Max tenía razón. Era una romántica.

—No te gusta -dijo Max.

Tara levantó la mirada. El camarero se había ido y Max la miraba con preocupación.

—Claro que me gusta —dijo sonriente—. Es precioso.

— ¿Entonces qué estás pensando que te has puesto tan seria?

Tara se encogió de hombres.

—Supongo que me gustaría pasar más tiempo con el maravilloso hombre que me lo ha dado.

—Tus deseos son órdenes, cariño. ¿Qué te parecería dejar tu trabajo y venirte conmigo cada vez que me vaya de viaje?

Tara se quedó boquiabierta.

— ¿Tengo que entender que esa cara de sorpresa un sí?

—Yo... eh... sí, sí, claro que sí. Pero, Max, ¿estás seguro?

— ¿Te lo habría pedido si no estuviera seguro?

« ¿Entonces por qué no me lo has pedido antes?».

Aquella pregunta se coló en su mente como un moscón se cuela por una ventana en verano. ¿Qué era lo que había cambiada en su relación para que de repente la quisiera con él todo el tiempo?

Tara odiaba la respuesta a esa pregunta.

El sexo. Era el sexo lo que había cambiado.

— ¿Por qué ahora, Max?

No pudo evitar preguntarlo aunque se le hiciera un nudo en el estómago.

— ¿Quieres saber la verdad o una historia romántica?

—Una historia romántica, por supuesto.

Max se rió.

—Está bien. Te quiero. Te quiero tanto, que ya no puedo soportar pasar tanto tiempo sin ti. Quiero que estés conmigo, en mi cama cada noche. ¿Qué te parece?

—Muy bonito. ¿Y cuál es la verdad?

—La verdad — dijo esforzándose por parecer en control de la situación—, la verdad es que te quiero, Tara. Te quiero tanto, que ya no puedo soportar pasar tanto tiempo sin ti. Quiero que estés conmigo, en mi cama cada noche.

Tara trató de contener las lágrimas, pero tenía la impresión de que los lloros eran lo último que querría Max de una amante. Porque, evidentemente, si dejaba su trabajo y todo lo pagaba Max, eso era lo que ella sería. Una amante a la antigua. Y posiblemente nunca llegaría a ser otra cosa. Por mucho que Max dijera que la quería, nada le garantizaba que fuera a pedirla algún día en matrimonio.

Tara recordó lo que su madre había dicho, sobre cómo él nunca le daría lo que ella realmente quería. Una vez más, trató de identificar lo que ella quería real mente & él en aquel momento de su vida. Su reacción con el anillo la había dejado confusa. Ya no estaba segura de nada. Excepto que no quería perder a Max. De eso estaba más segura

que nunca.
—Tengo que avisar en la tienda con dos semanas de antelación —dijo casi sin aliento.
Su corazón latía a toda velocidad, y su boca se había secado.
—No puedo dejarlos en la estacada. Febrero es temporada alta de turistas japoneses.
—Está bien. ¿Qué te parece la semana que viene? Tengo que volver a Auckland para cerrar un trato con los propietarios de un hotel de allí. Si compro billete para ti. ¿Vendrás conmigo?
—No podría irme hasta el sábado por la mañana. Sólo vamos a estar juntos una noche.
—Es mejor que nada —dijo él con los ojos radian tes.
—Está bien —dijo ella temblando.
Tomó su copa y le dio un larguísimo trago, consciente de que él no había dejado de mirarla.
— ¿Te encuentras bien, Tara? —preguntó él
—No —respondió ella bruscamente—. No lo estoy. Y es por tu culpa.
— ¿Quieres que pidamos que nos suban la comida al ático?
Tara parpadeó y luego fijó su mirada en él. Si con testaba ciegamente que sí, estaría dictando su propio final. Sería para siempre su «lo que él quisiera que fuera». Ya no habría más dudas sobre lo que ella que ría, porque sería exactamente lo que él quisiera.
¿Pero cómo iba a decirle que no si ella también lo quería? Ser suya. Que la llevara a aquel mundo que acababa de empezar a conocer aquel día. Un mundo fascinante donde las sensaciones se agolpaban, donde dar placer era tan gratificante como recibirlo, donde la mente se liberaba de toda preocupación y sólo se preocupaba de los sentidos físicos.
— ¿Podemos hacer que nos suban también el champaña? —dijo sorprendiéndose a sí misma por la frialdad calculada de su voz.
—Por supuesto —dijo Max, ya de pie.
— ¿Me respetarás por la mañana? -dijo ella en tono burlón mientras él se acercaba a su lado de la mesa.
Max le levantó la barbilla con el dedo índice y le dio un beso cruelmente contenido.
«Está jugando conmigo. Quiere que me excite, que me prepare para lo que se avecina»
—Dime que me quieres —murmuré él.
—Te quiero.
—Vámonos.

Capítulo 7

Esto es un castigo por lo de anoche —se lamentó Tara.

—Es sólo la resaca —la tranquilizó Max sentado a un lado de la cama acariciándole el pelo—. Bebiste demasiado champaña anoche.

—No pienso volver a probarlo en mi vida —dijo Tara.

No sabía qué era lo peor, su dolor de cabeza o su estómago revuelto.

—Una lástima —dijo Max con una sonrisa—, porque te volvió muy participativa.

—Ni me lo recuerdes.

Max se rió.

—Te traeré unos analgésicos y un vaso de agua.

Max se fue al cuarto de baño, Y Tara se quedó en la cama con sus recuerdos de la noche anterior. Imposible olvidar lo que ella le había permitido. Imposible fingir que no le había gustado.

Tara gimió y se lamenté. Sentía ganas de vomitar.

Se levantó y corrió hacia el bañó apartando a Max de su camino de un empujón. Tuvo el tiempo justo para sujetarse el pelo antes de devolver la cena del día anterior. Se quedó agotada y temblorosa.

«Es sólo una resaca», se dijo mientras Max la ayudaba a incorporarse. Se enjuagó la boca y se lavé la cara. «O el virus que anda por ahí». No podía estar embarazada. Su madre le había metido esa idea absurda. Era una estupidez, Ella había tenido su periodo.

—Pobre —dijo Max consolándola y llevándola en brazos de vuelta a la cama.

Max tapó su cuerpo todavía desnudo con las sábanas. Ella seguía temblando, así que le puso una manta por encima.

—No merece la pena que te tomes los analgésicos si estás devolviendo. Te traeré un vaso de agua. Y un paño frío para ponerte en la frente. Suele sentar bien. Te lo dice alguien con experiencia en resacas. De todas formas, debes ser muy sensible al champaña, por que tampoco bebiste tanto. Fui yo el que se bebió casi todo, y aún sobró algo de la botella.

—No me lo recuerdes, por favor -dijo ella con tono quejumbroso—. ¿Podrías deshacerte de esa asquerosa botella? No quiero ni verla.

—Vamos, Tara. Anoche te encantaba. Todo te encantó anoche —añadió quitando la botella de la mesilla y dirigiéndose al pasillo—. Pero seré comprensivo con esta hipersensibilidad del día después, ya que estás tan delicada.

Tara delicada...

Tara se mordió el labio. En la segunda mañana consecutiva que

sentía náuseas. Max tenía razón. No había bebido tanto champaña. Y nada parecía apuntar a un virus, porque por la tarde y por la noche, se había encontrado bien. Era por las mañanas cuando se encontraba mal.

Si no hubiera tenido la regla hacía poco, habría empezado a asustarse. ¿O acaso era posible estar embarazada y seguir teniendo el periodo? Tara había leído que podía ocurrir. No era una menstruación normal, sino pérdidas que sufrían algunas mujeres que se quedaban embarazadas cuando estaban tomando la píldora. Nada era seguro al cien por cien, excepto la abstinencia. Eso también se lo había recordado su madre.

— ¡Oh Dios mío! —exclamó llevándose una mano a la boca, al borde de las lágrimas.

— ¿Tara mal estás? —Dijo Max volviendo a su lado apresuradamente con un vaso de agua con hielo—. ¿Quieres que llamemos al médico del hotel? Hay uno siempre de servicio.

— ¡No! Nada de médicos.

—Está bien, está bien —dijo Max poniendo el vaso en la mesilla de noche—. Sólo quería ayudar. No me gusta verte así.

— ¡Lo que no te gusta es tener de baja a tu nueva esclava sexual esta mañana!

A Tara se le escaparon aquellas horribles palabras antes de que pudiera hacer nada por evitarlo. Max hizo un movimiento de cabeza. Era evidente la sor presa en su rostro.

—Lo siento —dijo Tara sinceramente avergonzada de sus palabras —. No quería decir eso. De verdad. No soy yo misma esta mañana. Soy terrible cuando me encuentro así.

«Y cuando estoy aterrorizada pensando en que a lo mejor estoy embarazada». Sólo de pensarlo le daba vueltas la cabeza. No quería un embarazo. No en ese momento. No cuando Max acababa de pedirle que lo acompañara en sus viajes. No cuando su vida iba a volverse tan emocionante.

—No pasa nada, Tara. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

—Creo que sí. Lo que pasó anoche, y ayer... Fue todo demasiado rápido para ti. Me pudo la lujuria. Tendría que haberme tomado las cosas con más calma contigo. Aunque en el momento lo pasaras bien, ahora estás llena de dudas y preocupaciones. Es bueno que paremos un poco esta mañana. Aunque no sea en tas mejores circunstancias para ti.

— ¿No te importa?

— ¿Qué si no me importa? Claro que me importa—dijo él con una

sonrisa—. Me encantaría hacerte el amor ahora mismo. Pero soy un hombre paciente. Puedo esperar hasta el fin de semana que viene. Y la próxima vez, prometo no asustarte con mis demandas.

—Tú... tú no me asustas, Max.

— ¿No? —Dijo él mirándola a los ojos—. ¿Estás segura?

—Segurísima. Me gustó todo lo que hicimos jun tos.

—Me alegra saberlo —dijo Max suspirando alivia do—. Tengo que confesar que tenía un poco de miedo de haber ido demasiado lejos anoche. No en el momento, sino, al despertarme esta mañana.

Seguro que tenía menos miedo que ella.

Max se sentó junto a ella y volvió a acariciarle la cabeza.

—De todas formas, no quiero que te sientas nunca obligada a hacer algo que no quieras, Tara. Te quiero de verdad. Y no estoy hablando sólo de sexo.

Ella asintió conteniendo las lágrimas. Posiblemente, Max decía eso en serio pero, ¿y si estaba embarazada? ¿Sería tan noble cuando se enteran de que iba a tener un hijo? ¿O diría y haría cosas que pondrían en peligro la relación de forma definitiva?

Por su cabeza pasaban todas las posibles complicaciones hasta que su mente se vio desbordada por el miedo y la desesperación.

«Aún no sabes seguro si estás embarazada. Podrías estar equivocada»

Eso era lo que debía pensar. Al menos hasta que Max se fuera. Si seguía dándole vueltas de aquella manera, terminaría viniéndose abajo y contándole lo que pasaba. Y Max ya tenía bastantes problemas para preocuparlo dándole prematuramente la noticia de un embarazo sin confirmar.

No, tenía que sobreponerse y dejar de ser tan melodramática. Max tenía un par de horas antes de ir al aeropuerto. Tenía que ser capaz de mostrarse tranquila hasta entonces. ¿Para qué estropear el tiempo que les quedaba juntos con su pesimismo y sus ideas negativas? No era justo preocuparlo sólo por haberse sentido mal dos mañanas seguidas.

—Max...

—Dime.

—Me siento un poco mejor. ¿Crees que debería comer algo? ¿Una tostada quizás?

—Creo que es una idea buenísima. Comer siempre va bien para las resacas. Llamaré al servicio de habitaciones. Y de paso, pediré un gran desayuno para mí. Un simple café no es suficiente para mí esta mañana. La comida del avión es poca cosa, necesito comer algo con más sustancia.

Tara se sentó en la cama y se cubrió castamente los pechos con la

sábana. Aunque cuando estaba excitada había descubierto cosas nuevas sobre sí misma, seguía sin ser una exhibicionista.

— ¿Sabes, Max? Creo que deberías tener algo de comida, cosas básicas, en la cocina. Los cereales se conservan bien durante semanas. Y la leche y los zumos de cartón también. Y el pan se puede congelar. Me parece excesivo pedir absolutamente todo al ser vicio de habitaciones.

—Puede ser, pero pienso seguir haciéndolo. Trabajo muchísimas horas y no quiero pasar mi estimado tiempo libre en la cocina. Tengo cosas más placenteras que hacer cuando estoy en mi tiempo de D&D.

Tara se sintió preocupada. Quizás estaba demasiado sensible, pero no le gustó oír a Max llamar D&D al tiempo que pasaban juntos: descanso y diversión.

Bajó la vista para que él no se diera cuenta de su reacción. Se quedó mirando el enorme anillo de topacio que aún llevaba puesto. Era lo único que no se había quitado aquella noche.

De repente, dejó de verlo como un regalo de aniversario, sino como el primero de una serie de regalos que recibiría por los servicios prestados. Pequeñas re compensas por acompañarlo en los viajes y ocupar su tiempo de descanso y diversión como a él más le gustaba.

Se imaginó a sí misma practicando todo tipo de juegos sexuales en elegantes habitaciones de hotel por todo el mundo, obedeciendo todos los caprichos de Max, cada vez más extravagantes y recibiendo re galos cada vez más caros por ello. Muy pronto le sobrarían las joyas y la ropa de grandes firmas. Con el tiempo, terminaría convirtiéndose en una esclava sexual a la que se recompensa por satisfacer cada deseo del dueño. Dejaría de ser ella misma. Sería una de las posesiones de Max. Un juguete para jugar cuando se está de vacaciones, al que se ignora al volver a la vida real, al trabajo.

Y un juguete sexual tenía que ser perfecto. No se le puede permitir que engorde, o que se quede embarazada.

Había dos opciones para las esclavas sexuales embarazadas: O ellas se libraban del bebé o el dueño se libraba de ellas.

Ambas opciones aterrorizaban a Tara.

— ¡Max! —exclamó levantando la vista.

Pero Tara se había quedado tan ensimismada con sus pensamientos, que no se había dado cuenta de que Max se había ido del dormitorio.

— ¡Max!—repitió.

La puerta del vestidor se abrió y Max salió ya vestido con uno de sus conservadores trajes grises de negocios. Pero en lugar de la habitual camisa blanca, llevaba una azul, a juego con sus ojos.

También la corbata, de un elegante tono plateado, era distinta a las que usaba normalmente. Su pelo estaba aún moja do de la ducha y lo llevaba peinado para atrás.

Estaba deslumbrante. Y muy sexy.

Pero es que Max siempre estaba sexy.

Le vino a la mente la imagen de Max derramando champaña en sus pechos para luego lamerlo lentamente. Muy lentamente. Ella le había suplicado que parara.

Pero él no había hecho caso de sus súplicas.

Era parte del juego.

La mejor parte, La más excitante.

— ¿Qué?—preguntó él con el ceño fruncido.

—Es que... no sabía dónde estabas —dijo torpemente, despreciándose a sí misma por esa debilidad.

Pensaba decirle que había cambiado de idea sobre lo de viajar con él, que no le gustaba el rumbo que estaban tomando las cosas.

Pero nada más verlo, las palabras se ahogaron en su garganta. Es cierto lo que se dice: la carne es débil.

—He pensado que era mejor estar vestido para recibir al servicio de habitaciones.

En ese momento llamaron a la puerta. Max fue a abrir y volvió rápidamente con una bandeja en un carrito. Tara había decidido que tenía que dejar de ser tan exagerada. Max la quería y ella quería a Max. Era natural que quisiera tenerla junto a él en sus viajes. Y era natural que ella quisiera acompañarlo.

Y en cuanto a lo de su embarazo...

Era una idea tan absurda como la de estar convirtiéndose en una esclava sexual. Siempre había sido una mujer fuerte e independiente. Su madre lo decía, y según su hermana, era increíblemente testaruda. Si Max iba demasiado lejos en alguna de sus demandas, se lo diría, y se volvería a casa. Tara simple como eso.

—Eso es lo que quería ver —dijo Max pasándole un periódico—. Una cara casi feliz.

Ella sonrió.

—No hay nada como sentirse bien para estar más feliz.

—Y me lo dices ahora que ya me he vestido.

—No lo decía como invitación, Max Richmond. Creo que ya hemos disfrutado bastante del sexo este fin de semana. No me gustaría pensar que, si viajo contigo, es sólo para tu descanso y diversión.

Max frunció el ceño.

— ¿Cómo? ¿He oído bien? ¿Si viajas conmigo? Creía que habías aceptado y estábamos de acuerdo.

—Sí, pero tengo dudas ahora.

Tara sabía jugar aquel juego. A hacerse la difícil. Lo había jugado durante años antes de conocer a Max. Nunca lo había jugado con él, pero pensó que sería bueno que él no estuviera tan seguro de tenerla siempre entregada y a su disposición.

— ¡Ah! Ya entiendo -dijo él—. Volvemos a tu acusación de que sólo quiero que seas mi esclava sexual.

—Sí...

Suspiró y volvió a sentarse en la cama junto a ella.

—No sé cuántas veces tengo que decírtelo, Tara, pero yo te quiero. Mucho. Quiero que estés conmigo no sólo por el sexo. Me gusta estar contigo siempre, también cuando no estamos haciendo el amor. Me gusta tu compañía, me gusta hablar contigo. Eres inteligente y encantadora con todo el mundo. Salir con tigo es una verdadera delicia. Tú misma eres una delicia. Al menos cuando no te encuentras mal —añadió con cierta brusquedad que empañó para Tara el placer de oír aquellos cumplidos.

—Muy bonito. Así que, si me vuelvo a encontrar mal, tendrás que dejarme de lado, como a un juguete que se está quedando sin pilas.

— ¡Basta ya de tonterías! -dijo él poniéndose en pie—. Tú te vienes conmigo y asunto resuelto. ¿Te apetece una tostada? Tenemos miel, mermelada. ¿Con qué la quieres?

—Con mermelada de fresa.

—Marchando.

Tara ya no puso más objeciones.

Pero decidió que no iba a permitir que le arrebatara su preciada independencia. Siempre había sido independiente y no quería convertirse en un pelele en manos de Max.

Se comió la tostada sin dejar de mirarlo. Él comía en la cama sentado a su lado, charlando animada mente sobre cómo su comentario de la noche anterior sobre que en incapaz de resistirse a una oferta de dos por uno le había dado la idea de ofrecer un paquete de ese tipo en su hotel de Hong Kong.

En su página Web, ya aparecía la oferta Por una estancia de una semana, otra semana gratis, con buenos resultados en las reservas.

—El beneficio que saquemos por el alojamiento no será tan alto, pero las habitaciones vacían no reportan ni un centavo. Lo que esperamos es que el tipo de cliente que se vea atraído por esta oferta, gaste el di- nao que se ha ahorrado en alojamiento en otros ser vicios del hotel. Ayer Pierce pensó que me había vuelto loco y hoy está alabando mi idea. Dice que soy un genio. Perdona que no le dijera que el genio era mi novia. El ego masculino puede ser terrible.

Tara ya había empezado a darse cuenta de eso.

Pero también era algo que le resultaba atractivo. Le gustaba lo competitivo y emprendedor que era Max. En parte del Max al que ella amaba.

—Es poco habitual tener un ayudante personal varón, ¿no?

—Puede ser, pero es lo más sensato, dado la cantidad de tiempo que pasamos juntos en los viajes.

— ¿Contrataste a Pierce por ser hombre? —dijo Tara sorprendida.

— ¿Quieres decir que si lo contraté para no arriesgarme a terminar liado con mi secretaria?

—Sí.

—Efectivamente. Es algo por lo que ya he pasado, y no puede salir bien.

— ¿Hace mucho?

—Más de un año antes de conocerte.

— ¿Te acostaste con ella?

—Ojala no hubieras preguntado eso -dijo Max endureciendo su expresión.

— ¿Te acostaste con ella?

—Una o dos veces.

— ¿Fue una o fueron dos veces?

—En realidad fueron más veces. Mira ya te lo he dicho, fue un desastre.

—Cuéntamelo.

—Preferiría no hacerlo.

—Quiero saberlo. Tú ya sabes todo de mi pasado.

—Tara, tú no tienes pasado.

—Sí que lo tengo. Puede que no me haya acostado con otros hombres, pero he salido con bastantes. Y te lo conté todo la primen noche. Cuéntamelo, Max.

—Está bien, pero no es agradable.

— ¿Es guapa?

— ¿Guapa? No, no era guapa. Tampoco fea. En muy elegante. Muy delgada, pelirroja. Ya era mi asistente personal cuando mi padre sufrió la embolia. Por entonces, yo me encargaba de lo financiero desde aquí en Sydney. De repente, tuve que empezar a viajar mucho. Y ella venía conmigo. Ella salía con un hombre. A éste no le gustó nada lo de los viajes y cortó con ella. Nunca había habido nada entre nosotros, pero de repente, estábamos juntos a todas horas. Nos sentíamos solos y estresados. Una noche, bebimos demasiado y ocurrió. No había amor por mi parte, y por la suya, según ella, tampoco. Era un lío de conveniencia. Tendría que haber puesto fin a aquello, pero no lo hice.

Al final, cuando lo intenté, me dijo que estaba embarazada.

Tara contuvo el aliento.

—No lo estaba. Era sólo una artimaña para obligarme a que me casara con ella. La verdad es que sospeché algo desde el principio. Siempre utilicé preservativos, y nunca tuvimos ningún accidente como lo que nos pasó a nosotros el año pasado. Cuando insistí en acompañarla al médico, se derrumbó y confesó la verdad.

— ¿Y silo hubiera estado? ¿Qué habrías hecho, Max?

Él se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Pero no lo estaba, así que no tuve que enfrentarme a ese dilema. Gracias a Dios. Pero me he vuelto más cauteloso. Por eso tengo a Pierce.

—Entiendo. ¿Y qué pasó con ella?

—Recibí una nota de ella diciéndome que había vuelto con su ex-novio, que se casaban y que iba tener un hijo, esta vez de verdad. Me alegré mucho por ella, porque creo que ella pensaba que ya era tarde para tener hijos. No era tan joven, tenía cuarenta años.

—Una mujer mayor y con experiencia —dijo Tara casi sin voz—. ¿Aprendiste todos estos jueguecitos con ella, Max? ¿Por eso no podías dejarlo con ella? ¿Por que no tenías que persuadirla para que terminara lo que empezara?

—Cállate, Tara —saltó Max—. No digas ni una palabra más. No tienes ninguna razón para sentir celos de Grace. Siento mucho que mi pasado no sea tan puro como el tuyo, pero no voy a tolerar que me interrogues. Ni pienso pedir perdón por nada. Soy un hombre normal, que ha cometido errores en la vida, pero que, gracias a Dios, ha sabido aprender de ellos.

Max apartó la bandeja y se puso de pie.

—Creo que debería irme antes de que encontremos otra razón para discutir. Parece ser que esta mañana te has levantado un poco alterada. Cuando te encuentres mejor, hazme el favor de usar la tarjeta de crédito para tomar un taxi esta vez. Me he dado cuenta por los recibos del banco de que nunca la usas.

—Está bien -dijo ella casi con ganas de que él se fuera para poder llorar a solas.

—Me encantaría saber qué es lo que te está pasan do por esa preciosa cabecita tuya.

—No mucho. Las amantes como yo, rubias tipo barbie, no solemos tener mucho en la cabeza.

—Tara...

—Ya lo sé, me estoy comportando como una estúpida. Perdóname.

Las lágrimas se asomaron a su rostro.

—Oh, Tara...

Max se acercó a ella.

Ella sabía, sin necesidad de palabras, que él la iba a abrazar. Y silo, hacía, ella se iba a desmoronar y a decir cosas aún más estúpidas.

—Por favor, no te acerques. Huelo a vómito.

El se detuvo y le dirigió una mirada de preocupación.

—No quiero irme dejándote sí.

—Podrás compensármelo el próximo fin de semana que viene en Auckland, cuando me encuentre bien.

—Falta una semana.

—Llámame desde Hong Kong entonces. Pero esta noche no. Esta noche quiero acostarme pronto. Estoy agotada.

—Yo también —sonrió él—. Pienso dormir en el avión. Está bien, te llamare mañana por la noche. ¿Puedo darte un beso en la frente?

—Si tienes que hacerlo.

—Claro que tengo que hacerlo -dijo posando los labios en su frente —. Debo hacerlo.

Tara esperó hasta que él se hubo marchado antes de estallar en sollozos.

Capítulo 8

Tara se quedó mirando la raya azul. Todos sus temores se habían materializado.

Estaba embarazada.

Se dejó caer en la taza del baño con la cabeza apoyada en las manos.

Por alguna razón, no podía llorar. Había llorado tanto después de que Max se marchara, que se le habían acabado las lágrimas.

Eran casi las dos cuando Tara había conseguido sobreponerse lo suficiente para vestirse y bajar a la calle a comprar un test de embarazo en la farmacia del hotel.

Ya no había dudas. Iba a tener un hijo de Max.

Tara negó con la cabeza repetidamente. No era justo. Había tomado todas las precauciones. Eso no debería haberle ocurrido a ella. ¿Qué demonios iba a hacer?

Tara tomó aire y echó la cabeza hacia atrás. ¿Qué podía hacer?

Nada. Lo mismo que Jen había hecho cuando Dale la dejó embarazada. Nada. Por la educación recibida, las hermanas Bond no eran capaces de abortar.

Además Tara no quería deshacerse del hijo de Max. Si no hubiera sido por su miedo a lo que Max diría cuando se enterara, incluso se habría sentido feliz.

Pero ése era el mayor problema.

Decírselo a Max.

¿Y si la acusaba de haberse quedado embarazada a propósito? O peor, ¿y si le pedía que abortara?

Eso sería el final de su relación, porque sería la prueba evidente de que él no la amaba.

Tara se sintió más deprimida de lo que nunca se había sentido en su vida. Si descubría por fin que Max no la quería, ¿cómo iba a poder soportarlo? ¿Cómo iba a superarlo?

«Tendrás que hacerlo», se dijo. «Vas a ser madre, alguien te va a necesitar mucho. No puedes permitirte venirte abajo».

Tara echó los hombros para atrás para darse valor. Pero, cuando pensó en cómo iba a decírselo a su madre, se acobardó otra vez.

Era pronto. No podía decírselo todavía. Quizás a Max tampoco. Los primeros embarazos no se notan durante meses. Quizás podía posponer la revelación hasta después del cuarto mes de embarazo, cuando ya fuera tarde para abortar. Aunque estaba segura de que nadie la iba a convencer de que interrumpiera el embarazo, no quería

darle a Max la oportunidad de intentarlo siquiera.

Desgraciadamente, no sabía de cuánto estaba. Eso era lo primero que tenía que averiguar.

Jen tenía un médico muy amable al que Tara había ido un par de veces. Además, Jen no se escandalizaría ni le echaría un sermón. No tenía autoridad moral para hacerlo, puesto que ella se había quedado embarazada con diecisiete años.

Haría eso. Se lo diría a Jen, le pediría que pidiera hora con su médico. A ser posible, antes del fin de semana, porque quería ira a Nueva Zelanda estando segura de las cosas. Aunque la verdad era que, si aquellas náuseas matutinas no desaparecían, no se veía viajando en avión en una temporada.

Tara volvió al dormitorio, se sentó en el lado de Max de la cama y levantó el auricular del teléfono. Estaba a punto de marcar el número de su hermana cuando se dio cuenta de que no había llamado a su madre en todo el fin de semana. Y le había prometido decirle cuándo volvería.

Tara suspiró. Cuando Max estaba cerca, era inca paz de pensar en nada o en nadie. Aquel hombre se había convertido en su obsesión durante los últimos doce meses. Y probablemente su obsesión habría aumentado después de aquel increíble fin de semana si la noticia de que esperaba un bebé no hubiera dado un brusco cambio de dirección a las cosas. Y por mucho que hubiera gozado con el sexo de aquellas nuevas maneras, y aunque eso no parecía haber dañado al bebé, no podía continuar haciendo el amor con él de forma tan salvaje.

Por tanto, no iba a poder mantener el secreto durante semanas: Max no iba a entender por qué de repente ella iba a querer volver a hacer el amor tranquila y convencionalmente.

No. Tendría que decirle la verdad. Y pronto.

Tara no sabía si ver aquel embarazo como su tabla de salvación o como un enorme sacrificio. Con él se acababa lo de viajar al extranjero, el sexo atrevido, y, posiblemente, Max.

La barbilla le tembló sólo de pensarlo.

Dios mío, la vida era muy cruel. Demasiado cruel.

Tara se tumbó en la cama y rompió a llorar apretando el teléfono con el puño cerrado. Esta vez su llanto duró algo menos. Unos diez minutos.

«Voy a ser fuerte», se dijo secándose los ojos con la sábana, ahogando los sollozos.

—Tengo que llamar a mamá —dijo en voz alta, orgullosa de la firmeza de su voz.

Marcó el número y esperó.

—Dígame.

— ¡Ah! Hola, Jen. Eres tú.

—Hola, Tara. Sí, soy yo. He venido a ver a mamá. Parecía algo deprimida. Dale se ha quedado con los niños. Estamos jugando al Scrabble y comiendo pasteles. Parece ser que su alteza real está en la ciudad, ¿no?

—Estaba. Ya se ha ido.

— ¡Vaya! No se queda mucho tiempo.

—Jen, ¿podemos hablar? Quiero decir, ¿mamá te está oyendo?

—Espera un segundo. Mamá, es Tara... Tara, mamá quiere saber cuándo vuelves a casa.

—Pronto.

—Pronto, mamá —repitió Jen—. ¿Por qué no preparas un poco de té mientras yo charlo un poco con mi hermana pequeña? Hace siglos que no hablamos... Bien, Tara. Ya estoy sola. ¿Qué ocurre?

—Es... estoy embarazada.

Jen se quedó en silencio unos segundos.

—Vaya por Dios —dijo por fin.

— ¿Eso es todo? ¿Vaya por Dios? Esperaba oír palabras sabias y comprensivas.

—Perdona, es que me he quedado de piedra. ¿Cómo ha ocurrido? Perdona, ya sé cómo ha ocurrido. Quiero decir, ¿te olvidaste de la píldora algún día?

—No. La he tomado todos los días a la misma hora.

— ¡Vaya! Qué faena Al menos yo fui una estúpida despreocupada cuando me quedé embarazada. ¿Qué vas a hacer, Tara?

—Tener a mi bebé. Igual que hiciste tú.

—Sí. Como las niñas buenas que siempre hemos sido. ¿Lo sabe ya Max? Supongo que no.

—No. Yo acabo de enterarme.

— ¿Qué crees que dirá?

—La cabeza me da vueltas sólo de pensarlo. No se va a alegrar demasiado.

—Los hombres nunca se alegran con los embarazos inesperados. Pero si te quiere, estará a tu lado. Dale se puso histérico al principio, pero después se calmó y se hizo fuerte. Mucho más fuerte que yo, que me pasé las siguientes semanas llorando.

—Lo recuerdo.

— ¿Crees que Max te pediría que te casaras con él?

—Me ha dejado muy claro que el matrimonio y los hijos no entran en sus planes, así que ya te imaginas.,

—No, no me imagino. Tú lo conoces y yo no. ¿El te quiere?

—Él dice que sí.

—No suenas muy convencida.

Tara suspiró.

—Estoy un poco confusa con ese tema ahora mismo.

— ¿Por culpa del embarazo o por como está vuestra relación ahora mismo? Mamá me ha dicho que vienes muy poco por aquí últimamente.

A Tara no le apetecía defender a Max en ese momento, pero, para ser justos, se sintió obligada a hacerlo.

—Ha estado muy ocupado por culpa de la crisis del turismo. Pero, por otra parte, este fin de semana me ha pedido que deje mi trabajo para viajar con él en el futuro.

Tara no quiso añadir que se había convertido en una compañera de viaje más cualificada gracias a que había perdido sus inhibiciones sexuales.

— ¡Vaya! ¿Y qué le has contestado? Qué pregunta tan tonta. Que sí, por supuesto. Sé que estás loca por él.

—No me imagino viajando a corto plazo. Me encuentro fatal por las mañanas. Necesito ver a un médico, Jen. ¿Podrías conseguirme hora con tu médico esta semana?

—A lo mejor puede hacerte un hueco, pero lo de tus náuseas no lo va a poder arreglar. Tendrás que esperar a que desaparezcan. Tómate unas galletas nada más levantarte. Eso va bien. ¿De cuánto estás?

—Esa es otra cosa. No lo sé. Antes de este fin de semana, hacía casi un mes que no veía a Max. Y sin embargo, tuve mi periodo en ese tiempo. O al menos eso creo. Tuve algunas pérdidas cuando me tocaba la regla.

—Sí, a veces pasa. Si estás devolviendo y todo, estarás de unas seis semanas. Pero tienes que hacerte un reconocimiento. No te preocupes. Le diré a la enfermera que es una emergencia. ¿Cuándo se lo vas a decir a tu amante?

—Max, llámalo Max.

—En realidad me gustaría llamarlo muchas cosas, pero Max no es una de ellas. Mira, en cuanto hayas ido al médico y todo esté debidamente confirmado, tienes que decírselo. Incluso si no quiere casarse contigo, la ley le obliga a contribuir a la manutención de tu hijo. No tienes ni idea de lo caro que es mantener a un niño hoy en día. ¿Tienes seguro médico privado?

—Por amor de Dios, Jen. ¿Tienes que ser tan… tan... pragmática? Acabo de enterarme de que espero un hijo. Ahora mismo estoy muy sensible.

—Ya tendrás tiempo para sensibilidades más tarde. Lo primero es

tu bienestar y el del niño. Confía en mí. Sé más que tú de esto.

—Ojala no te lo hubiera contado.

—No seas ridícula. Necesitas ayuda y apoyo de todo el mundo. Lo que me recuerda que tienes que decírselo a mamá.

— ¿Estás de broma? Pienso retrasar ese momento todo lo que pueda. Prométeme que no se lo vas a decir, Jen. Prométemelo ahora mismo.

—Está bien, te lo prometo. Creo que te equivocas, pero es cosa tuya. Llamaré a la consulta a primera hora de la mañana. Luego te llamaré al trabajo para decirte lo que haya. Iré contigo por supuesto.

— ¿Lo harías? Oh, Jen, eso sería genial. Me siento un poco... no sé. Como si no tuviera la cabeza en su sitio. ¡Dios mío, un bebé! ¡Voy a tener un bebé!

Las lágrimas volvían a acudir a sus ojos.

—Un bebé precioso, ya lo verás. Y lo querrás con locura.

Tara tragó saliva. Se le había puesto un nudo en la garganta.

— ¿Tu crees? Nunca me he imaginado como una buena madre. Soy demasiado... inconstante.

—Eso es porque no sabías lo que querías. Tener un hijo te volverá una persona mucho más centrada. Bueno, será mejor que lo dejemos antes de que vuelva mamá.

—Sí, no podría soportar el interrogatorio al que ella me sometería. No te olvides de llámame mañana.

—No me olvidaré.

—Está bien, adiós.

Jen colgó el teléfono y miró a su madre, que la miraba con dos tazas en las manos.

—Has oído eso último, ¿verdad? Joyce asintió.

—Es que... tiene demasiado miedo de decírtelo—dijo Jen con calma, dándose cuenta de que su madre estaba a punto de perder los nervios.

—Pero, ¿por qué? —se lamentó Joyce dejando las tazas en la mesa y desplomándose en una silla.

—Vamos, mamá. Por la misma razón por la que yo tampoco quería decírtelo cuando me quedé embaraza da. Las hijas quieren que sus madres estén orgullosas de ellas, no avergonzadas.

—Pero, Jen, yo no estaba avergonzada de ti, sólo decepcionada. Y preocupada. Erais muy jóvenes y no teníais dinero.

— ¿Qué tiene que ver la edad o el dinero? Lo importante es el amor, mamá. Dale me quería y yo a él. Hemos pasado momentos difíciles, pero lo estamos superando. Desgraciadamente, no estoy tan segura de que Max Richmond quiera tanto a nuestra Tara. Por eso ella

está nerviosa, porque ella también tiene sus dudas. Va a necesitar de todo nuestro apoyo, mamá.

— ¿Y cómo voy a apoyarla si se supone que yo no sé nada?

—Ya te lo dirá. Dale tiempo.

—Tampoco se lo habrá dicho a Max Richmond, ¿no?

—Todavía no. Se acaba de enterar y él no está ya aquí.

—Ni nunca lo estará para ella.

—Puede ser. Pero se le puede obligar a ayudarla económicamente.

—Eso es verdad, pero Tara nunca ha querido su dinero. Ya sabes que no es de ese tipo de chicas. Lo único que ella quería era que él la amara.

—Sí, lo sé. Siempre ha sido una romántica. Ha estado viviendo en un mundo de fantasía con su amante fantástico y ahora la realidad se le ha caído encima con todo su peso.

—Tenía miedo de que ocurriera algo como esto. Si ese hombre la decepciona, no sé si va a poder superarlo.

—Lo pasará mal, mamá, pero lo superará. Nos has educado para ser fuertes. Somos mujeres tenaces. Confía en mí.

—Sois buenas chicas.

—Eso es lo malo. Si Tara no fuera tan buena chica, no tendría ningún problema.

—Jen, ¿tú no crees que ella sería capaz de...?

—No, ni en sueños. Ella va a tener este hijo lo quiera o no ese amante suyo.

— ¿Quieres decir que él podría intentar convencerla de que abortara?

—Es muy probable, ¿no crees?

—Ella lo quiere mucho, Jen. Si él la presiona, podría terminar haciendo lo que él le pidiera. Las mujeres enamoradas hacen a menudo cosas de las que luego se arrepienten.

—Sí hace algo así, será él el que tenga de que arrepentirse —dijo Jen con fiereza—. Tara nunca lo perdonaría. Ni a él, ni a sí misma. Mira, será mejor que me termine este té y me vaya a casa. No te preocupes, mamá. Max no puede presionarla todavía, porque aún no sabe nada, ¿de acuerdo?

Joyce asintió con la cabeza, pero por dentro la preocupación la desbordaba. Y no podía hacer nada. Miró a Jen tratando de entender por qué las hijas malinterpretaban a sus madres. Lo único que ella quería era que fueran felices.

¡Jen pensaba que ella se había avergonzado de ella por quedarse embarazada! ¿Cómo iba a avergonzase de que sus hijas hicieran lo mismo que había hecho ella? Enamorarse locamente. Algún día les

contaría cómo ella también estaba embarazada cuando se casó con su amado Bill.

Los ojos de Joyce se llenaron de lágrimas al recordar al apuesto hombre del que se había enamorado y con el que se había acostado sin pensarlo dos veces. ¡Cómo lo había amado! Después de su muerte, nunca pudo soportar la idea de que otro hombre la tocara, aunque muchos lo habían intentado. Sus hijas se habrían sorprendido de saberlo. Pero ella sólo había querido a Bill.

—No llores, por favor, mamá —dijo Jen tomando la mano de su madre—. Todo va a salir bien, ya lo verás

Joyce se esforzó por sonreír.

—Eso espero, cielo.

—Nuestra Tara es fuerte y testaruda. Max no la va a convencer para hacer nada que ella no quiera. Y ella no quiere deshacerse del bebé. Vamos, sécate esas lágrimas y dame un abrazo. Si tienes los ojos hinchados cuando Tara vuelva, creerá que te lo he contado y me odiará por ello. Prométeme que vas a hacer como que no sabes nada.

Joyce abrazó a su hija y se lo prometió. Pero cuando se quedó sola, le resultó muy difícil no preocuparse, así que hizo lo que siempre hacía cuando estaba preocupada por sus hijas. Sacó los álbumes de fotos donde guardaba las imágenes felices de los buenos ratos que habían pasado juntos como una familia antes de que muriera Bill.

Volver a ver al hombre al que había amado y al que seguía amando siempre aplacaba sus temores. Le gustaba hablar con él. Pedirle consejo.

Él le dijo que fuera fuerte, como siempre lo había sido. Y que tuviera paciencia. Hay cosas que llevaban tiempo. Y trabajo. Y confianza.

Al pensar en esto último, frunció el ceño. Confiaba en Tara. El problema era que no confiaba nada en Max Richmond.

Capítulo 9

Max colgó el teléfono muy serio. Algo iba mal. Lo sentía. Llevaba sintiéndolo toda la semana.

Tara estaba diferente. Todas las noches ponía fin a sus llamadas a los pocos minutos con excusas lamentables. Que si tenía el pelo mojado, que si estaba viendo una cosa en la televisión. Esa noche le dijo que su madre se había ido al bingo y que tenía que dar de comer al gato.

Como si eso no pudiera esperar.

Además, no parecía sentir ningún entusiasmo ante su inminente reencuentro en Auckland. Incluso le había dicho que a lo mejor no podía ir, que tenían mucho trabajo en la joyería ese fin de semana.

« ¿Te importaría mucho si no voy?»

Cuando él contestó que sí, ella dijo con un suspiro que ya vería lo que podía hacer, pero que no contara mucho con ella. No le había dicho que lo quería antes de colgar como solía hacer ella. Sólo un adiós muy tenso.

El fin de semana había sido un error. Había conseguido asustarla.

¡Maldita sea! ¿Es que ella no se daba cuenta de que el sexo no era lo más importante para él? Sólo quería estar con ella.

Volvería a llamar para tranquilizarla. No era tarde. Sólo eran las ocho en Sydney.

Inesperadamente, la señora Bond contestó el teléfono. Bueno, no tan inesperadamente. Ya sabía que Tara le había mentido.

—Soy Max Richmond, señora Bond. ¿Puedo hablar con Tara, por favor?

—No, no puede —contestó la mujer—. No voy a consentir que disguste más a mi hija. Ya ha tenido bastante por hoy.

— ¿Cómo? Yo no he hecho nada para disgustarla esta noche. ¿Y qué quiere decir con que ya ha tenido bastante por hoy? ¿Qué es lo que está pasando?

— ¡Oh, Mamá! —Se oyó a Tara al fondo—. ¿Cómo has podido? Me lo prometiste. No debería haberte contado nada.

—Tiene que saberlo, Tara, y cuanto antes mejor.

¿Por qué tienes que cargar tú sola con todo? Max estaba desconcertado.

— ¿Cargar? ¿De qué carga estaban hablados? Dígame, señora lo que pasa.

Pero no hubo respuesta. Sólo sentían voces ahogadas. Sintió que la tensión sanguínea se le disparaba y la sensación de impotencia lo abrumaba. Quería estar allí y no a miles de kilómetros de esas voces.

Si hubiera estado allí, las habría obligado a mirarlo a la cara y a hablarle.

— ¡Eh!—gritó—. ¿Hay alguien allí? Señora Bond, contésteme, maldita sea.

Más ruidos. Un portazo. Un suspiro.

—Soy yo —dijo Tara.

— ¡Gracias a Dios! ¿Qué demonios está pasando?

—Supongo que no tiene sentido ocultártelo más tiempo. Estoy embarazada, Max.

— ¡Embarazada!—exclamó él estupefacto—. ¿Cómo...?

—Antes de que digas nada —interrumpió ella con impaciencia—: no, no ha sido a propósito y no, no ha sido un accidente con la píldora. Yo me he tomado las malditas pastillas todos los días. Incluso tuve la regla hace unos días. Pero dice el médico que no es tan raro. Casi nunca pasa, pero a mí me ha pasado. Estoy de seis o siete semanas.

Un bebé. Tara iba a tener un hijo suyo. No estaba harta de él, ni asustada. Sólo estaba embarazada.

—Di algo, por amor de Dios -dijo ella.

—Estaba pensado.

—Seguro que sí. Mira, si crees que esto me alegra, estás muy equivocado, Lo último que yo quería en estos momentos era tener un bebé. Si estando embarazada se siente una siempre como me siento yo por las mañanas, no creo que quiera tener otro hijo nunca más.

— ¡Por eso vomitaste el otro día! —Exclamó Max— No fue el champaña.

—No, no fue el champaña —repitió ella—. Fue tu bebé.

—Sí, Tara, lo entiendo. Y tu madre tiene razón. Es responsabilidad mía igual que tuya. ¿Cuánto hace que lo sabes? El fin de semana no lo sabías, ¿verdad?

Seguramente, ella no le habría animado a actuar en la cama como lo había hecho si hubiera sabido que estaba embarazada.

—Por supuesto que no lo sabía. Cuando me desperté el domingo por la mañana con ganas de vomitar por segundo día consecutivo, empecé a sospechar.

—Por eso has estado tan susceptible conmigo esta mañana. Ahora lo entiendo. Pobrecita.

—Pobrecito el bebé, que no lo quieren sus padres.

— ¿No quieres este bebé? —dijo Max con un terrible peso en el pecho.

No se sentía igual que cuando Grace le había dicho que estaba embarazada. Deseaba ese hijo. Era suyo y de Tara. Era

verdaderamente hijo del amor.

El silencio de Tara al otro lado de la línea era muy revelador. Tal vez ella no quisiera el bebé como él. Tara había ido corriendo al médico para saber de cuánto tiempo estaba. ¿Estaría pensando en interrumpir el embarazo?

Max sintió pánico.

—No es el fin del mundo, Tara —dijo cariñosamente—. No quiero que tomes ninguna decisión precipitada. Tenemos que hablar de esto los dos. Mira, mañana no iré a Nueva Zelanda. Pierce puede encargarse de eso. Mañana tomaré un avión para Sydney. No creo que haya problemas para encontrar billete. Tomaré un taxi a tu casa en cuanto llegue y así hablaremos, ¿de acuerdo?

Ella seguía sin contestar.

—Tara...

— ¿Qué?

La palabra sonó con rabia e incluso rencor. Max trató de imaginar cómo se sentía ella, quedándose embarazada después de haber tomado todas las precauciones posibles. Era muy joven, acababa de despertar a la sexualidad, estaba muy emocionada con la idea de viajar con él. Posiblemente ella pensaba que su vida entera estaba acabada y condenada a vivir la aburrida vida de un ama de casa mientras él seguía viajando en primera clase por el mundo.

Pero el aborto no era la solución. No para Tara. No se lo perdonaría nunca.

—Prométeme que estarás allí cuando llegue —dijo él—. Si el avión llega tarde, prométeme que no irás a trabajar.

— ¿Por qué te tengo que prometer nada cuando tú a mí nunca me has prometido nada? Vete al infierno, Max.

Y colgó el teléfono con toda su fuerza.

Max se quedó boquiabierto. Se dio cuenta entonces de qué había hecho mal. Debería haberle vuelto a decir que la quería. Debería haberle asegurado inmediatamente que podía contar con él para todo, física, emocional y económicamente. Incluso debería haber le pedido que se casara con él para demostrarle su compromiso con ella y el bebé.

Desde luego, casarse por culpa de un embarazo no es la situación ideal. Hasta entonces, él había rechazado el matrimonio porque no quería desatender a su familia como su padre lo había hecho. Pero el bebé era ya un hecho consumado y él amaba a Tara.

Así que el matrimonio era la solución. Volvería a llamarla y se lo diría.

Marcó la tecla de rellamada. La línea estaba ocupada.

—Maldita sea —gritó.

Max trató de llamarla al móvil, pero estaba apagado. Era evidente que ella no quería hablar con él. Estaba demasiado enfadada. Y tenía todo el derecho a estarlo. Se había comportado como un idiota.

Max paseó de un lado para otro por la habitación del hotel y volvió al teléfono. Pulsó rellamada. Comunicaba. Sin esperar más llamó a Pierce, que estaba en la habitación de al lado y le pidió que consiguiera un billete en el vuelo nocturno a Sydney, costara lo que costara. Estaba decidido a tomar ese vuelo, aun que hubiera que suplicar o sobornar para lograrlo.

— ¿Y lo de Nueva Zelanda? —preguntó Pierce, sorprendido por las nuevas órdenes.

—Tendrás que ir en mi lugar. ¿Crees que podrás hacerte cargo solo?

— ¿Me da total autoridad, o tendré que mantenerme en contacto con usted durante las negociaciones?

—Te doy carta blanca. Tú decides si ese hotel es una buena compra, y si lo es, cómpralo. A buen precio, claro.

— ¿Lo dice de broma?

—No.

— ¡Vaya! Esto es fantástico. ¿A qué debo este honor?

—A mi inminente boda.

— ¿Cómo?

—Tara está embarazada

—Santo cielo.

La sorpresa de Pierce era comprensible. Max no era de los que permitía ese tipo de errores. Pero no es taba de humor para explicar las circunstancias del inesperado embarazo.

—Habla con la aerolínea, Pierce. Urgentemente.

—Ahora mismo. Y... ¡jefe!

— ¿Sí?

—Gracias.

—Si lo haces bien, tendrás un ascenso permanente. Y viajarás más. Yo estoy pesando en reducir mis salidas al extranjero. Pero lo primero es lo primero. Consígueme un billete para Sydney esta misma noche.

Max no durmió mucho en el avión. Pierce le había conseguido un billete en primera. La mayor parte del vuelo lo pasó pensando y planeando. Cuando aterrizaron en Mascot poco después del amanecer, tenía preparado todo tipo de argumentos y promesas para con vencer a Tara de que casarse era la mejor y única opción.

—Vamos primero un momento al hotel Regency Royale —le dijo al taxista—. Después, seguimos hasta Quakers Hill.

El taxista parecía satisfecho. Era una carrera larga, pues Quakers Hill era uno de los barrios más alejados del centro.

Hacía mucho que Max no salía del centro en Sydney y lo que vio lo dejó asombrado. En las colinas de las afueras, donde antes se encontraban diseminada multitud de granjas, había filas y filas de casas nuevas. Casas grandes de dos pisos.

Pero la casa de Tara no era así. Ella vivía en la parte antigua de Quakers Hill, cerca de la estación de trenes, en una modesta casita sin garaje ni jardín. Los dos pequeños cuadrados de césped a ambos lados del breve camino que conducía a la puerta de la casa des de la calle estaban agostados por las altas temperaturas del verano. La casa entera parecía agostada y necesitada de una reforma. O al menos de una mano de pintura. Pero la madre de Tara era viuda desde hacía mucho tiempo. No tenía hijos varones que se pudieran hacer cargo del mantenimiento de la casa.

De repente, al abrir la chirriante verja de hierro y acercarse al porche, Max comprendió que Tara había crecido con muy pocos lujos. Entonces, recordó lo deslumbrada que había estado ella a la mañana siguiente de su primera noche juntos, cuando se puso a pasear por todas las habitaciones de su ático sin parar de lanzar exclamaciones de admiración.

Por primera vez, una pequeña duda lo asaltó sobre ese embarazo. ¿Habría mentido acerca de cómo había ocurrido? ¿Lo habría planeado? ¿Sería todo una trama para conseguir casarse con él?

Si lo era, Tara sería la mujer más astuta y taimada que había visto en su vida.

Llamó al timbre. Era imposible. La Tara que él amaba no era oportunista. Tenía una personalidad totalmente transparente, incapaz de ser tan manipuladora. No tenía nada en común con Alicia.

Por eso la quería tanto.

La puerta se abrió y Max se encontró cara a cara con unos ojos que en nada se parecían a los de Tara. De hecho, aquella mujer regordeta de pelo oscuro que lo miraba de arriba abajo no se parecía en nada a Tara, excepto en la nariz. Tenía la misma nariz menuda y afilada.

—Ha perdido el tiempo viniendo hasta aquí, señor Richmond —dijo severamente la mujer—. Debería haber llamado antes.

—Pensé que lo mejor sería hablar con Tara en persona. Traté de llamar anoche desde el aeropuerto, pero debió de dejar el teléfono descolgado. Y tampoco contestaba en el móvil. Mire, señora Bond, entiendo cómo se siente. Usted cree que soy uno de esos tipos ricos que se aprovechan de bellas jovencitas, pero se equivoca. Quiero a su hija y nunca haría nada que le hiciera sufrir. ¿Podría decirle que estoy

aquí, por favor?

Sus palabras parecieron apaciguar un poco a la mujer pero era evidente que seguía preocupada.

—Eso era lo que intentaba decirle. No está aquí.

— ¿Cómo? ¿Se ha ido a trabajar sabiendo que yo venía para acá?

—No. Se fue anoche. Hizo una maleta y se fue en taxi, no sé adónde.

A la sorpresa inicial siguió la frustración. Aquella mujer tenía que estar mintiendo.

— ¿Qué quiere decir con que no sabe adónde? Eso es una tontería. Usted es su madre. Seguro que ella le ha dicho adónde iba:

El rostro de la madre adoptó una expresión de culpabilidad.

—Tuvimos una discusión. Se enfadó conmigo por que le hice contarle lo del bebé. Y yo me enfadé con ella por estar tan encaprichada con usted, por descolgar el teléfono. Pensé que se estaba comportando como una tonta testaruda. Yo... yo...

Joyce se mordió el labio para contener las ganas de llorar. Si hubiera podido retroceder en el tiempo hasta el día anterior... Había enfrentado fatal la situación. Pasado el estado de shock inicial, le había insistido a Tara muy acaloradamente en que debía decirse lo al padre y exigirle que se casara con ella. Tara había respondido con furia que los hombres ya no se casan con las chicas sólo porque las han dejado embarazadas. Joyce había hecho comentarios bastante ofensivos sobre la catadura moral de hombres como Max Richmond y de las chicas tontas que se lían con ellos.

Cuando al final fue Max quien llamó, Joyce consiguió obligar a Tara a decírselo.

En aquel momento Joyce había creído estar haciendo lo mejor. Pero se había equivocado. Aquella era una decisión que le pertenecía a Tara, no a ella. Tara era una mujer adulta, aunque le costara verla como tal. Para ella siempre sería su niñita.

—No sé dónde está. De verdad, señor Richmond—dijo ella agachando la cabeza para ocultar las lágrimas.

—Max —dijo él amablemente compadeciéndose de la mujer—. Creo que ya es hora de que me llame Max, ¿no le parece? Especialmente ahora que voy a convertirme en su yerno.

Joyce levantó los ojos.

— ¿Lo dices en serio? ¿Quieres casarte con Tara?

—Si ella me quiere como marido.

— ¡Si ella te quiere! La niña te adora.

—No lo suficiente para quedarse en casa esperándome como le pedí.

—Fue en parte culpa mía. No me tomé la noticia del embarazo demasiado bien.

—No se culpe. Yo tampoco. ¿Dijo algo antes de irse?

—Dijo que necesitaba estar sola. Lejos de gente que le diga lo que tiene que hacer. Dijo que era su cuerpo y su vida, y que necesitaba espacio para aceptar la nueva situación y decidir lo que iba a hacer. Hablé con Jen, su hermana mayor, después de que se fuera. Por cierto...

—Sí, lo sé todo sobre Jen.

— ¿Si?

Max esbozó una sonrisa irónica.

—A veces hablamos, Tara y yo.

Joyce se ruborizó. La verdad era que, después de conocer a Max, entendía por qué su hija había perdido la cabeza por él. Era muy atractivo. Impresionante y rodeado de un aura de éxito y poder. Muy bien vestido además. Aquel traje negro debía de costar una fortuna.

—Iba a decir algo sobre la hermana de Tara.

—Ah, sí. Al principio pensé que Tara se había ido con ella, así que la llamé. Seguramente yo estaba al teléfono con ella cuando tú llamaste, O eso o estaba todavía descolgado como lo había dejado Tara. Pero no estaba allí. Jen no sabía tampoco adónde podía haber ido. Yo me sentí muy mal. Me culpaba de que hubiera huido, pero entonces Jen me dijo que Tara tenía miedo de que tú intentaras, convencerla de que se deshiciera del bebé.

Max se quedó horrorizado. Pero se daba cuenta de que no era un pensamiento tan descabellado.

—Y yo preocupado de que eso fuera lo que ella quería hacer.

— ¡Oh, no! Tara nunca abortaría. Jamás.

—Me alegra saberlo, porque si lo hace, nunca se lo perdonaría. Es demasiado sensible y buena.

A Joyce le conmovió que Max la conociera tan bien. Aquel hombre no quería a su hija sólo por su belleza.

—Usted... tú quieres de verdad a Tara, ¿verdad?

—Con toda mi alma. Sin embargo, es evidente que ella no lo cree. Y es culpa mía solamente. He pasado la noche entera en el avión pensando en nuestra relación y ahora entiendo lo egoísta y arrogante que he sido. Las cosas se demuestran con los hechos no con las palabras, y aunque le he dicho muchas veces que la quería, mis hechos no hacían nada para demostrarlo. No me extraña que no confiara en

mí para esto. Tengo que demostrarle con hechos lo mucho que la quiero. Pero, primero, tengo que encontrarla. Señora Bond, ¿sería tan amable de invitarme a una taza de té mientras pensamos adónde puede haber ido?

—Llámame Joyce, Max —dijo ella con una sonrisa que le recordó a la de Tara—. Si voy a ser tu suegra, creo que deberías tutearme.

Capítulo 10

Max se despidió de Joyce satisfecho de haber convencido a la mujer de que sus intenciones con Tara eran honorables. No había sido fácil, después de cómo él había tratado a su hija durante el año anterior.

Joyce le había reprochado su comportamiento de los últimos meses, cómo la había descuidado por estar demasiado seguro de que ella siempre estaría allí. Pero lo peor era que no se había preocupado de cómo se sentiría una chica como Tara al ver que él no de mostraba ninguna intención de formalizar la relación.

Max trató de defenderse argumentando Tara tampoco quería casarse ni tener hijos.

—Eso es una tontería —le había dicho Joyce—. Tara necesita la seguridad y el compromiso más que la mayoría de las chicas. Tara sufrió mucho cuando murió su padre, aunque sólo tenía tres años. Se iba llorando a la cama durante meses después del funeral. Cuando te conoció, te convertiste en algo más que un amante. Para ella eres también una figura paterna.

A Max esa teoría no le había gustado demasiado. Le hacía sentirse mayor. Además, no estaba de acuerdo. Joyce no conocía a su hija tan bien como ella creía. Tara era una mujer adulta, muy independiente. Claro que era sensible, pero nunca dependiente. Era cierto que Tara necesitaba seguridad en aquellos momentos, pero no podía creer que él fuera para ella una figura paterna. ¡Pero si él ni siquiera se imaginaba a sí mismo como una figura paterna del bebé que esperaba!

—Por amor de Dios... ¿Dónde te has metido, Tara?—murmuró entre dientes.

— ¿Decía algo? —preguntó el taxista.

—No, sólo me quejaba de una cosa.

—No hay nada de qué quejarse, amigo. Hace sol, ganamos al cricket. La vida es bella.

Max deseó poder adoptar aquella simple filosofía, pero no podía sin saber dónde estaba Tara.

Tanto él como su madre creían que no habría ido muy lejos. Probablemente estaría en casa de alguna amiga. Aunque Tara había perdido contacto con todas sus amigas desde que se había convertido en su acompañante.

Esa era la palabra que Joyce había usado, aunque a Max le dio la impresión de que estaba deseando utilizar algún término despectivo. La madre de Tara no había perdido ocasión de lanzarle todo tipo de pullas. Y había conseguido hacerle sentir culpable además de

preocupado.

Si Tara creía que iba a poder castigarlo de aquella manera indefinidamente, estaba equivocada. El tenía todos los medios a su disposición para encontrar a una novia perdida, especialmente una tan llamativa y hermosa como Tara. Tenía dos opciones: podía con tratar a un detective privado o podía gastarse una pequeña fortuna de otra manera y confiar en una solución más rápida.

Optó por esto último.

Le dio al taxista una dirección que no era la del Regency y se recosté en el asiento del coche pensando en lo que le diría a Tara cuando la tuviera frente a frente.

Dos horas más tarde, Max estaba de vuelta en su ático del hotel. Eligió ropa más informal y se dirigió a la ducha. Una vez arreglado y vestido con ropa limpia, salió de nuevo. Había comido algo en casa de Joyce, así que no necesitó pedir nada del servicio de habitaciones. Pensó en parar a tomar un café, pero decidió que no podía esperar más. Una vez que tenía un plan de acción, Max no vacilaba Esa era una de sus mayores virtudes, su capacidad de decisión.

Pidió su propio coche y condujo él mismo hacia el este de la ciudad. Gracias a Dios, no había mucho tráfico. Eran las once y media, el sol estaba ya muy alto. Max hubiera preferido ir a cualquier otro sitio.

Se le hizo un nudo en el estómago al acercarse a la casa de sus padres. No los veía desde Navidad, una fecha en la que se había sentido obligado a hacerles una visita. Desde la muerte de Stevie, iba a verlos lo menos posible. Era siempre una situación muy tensa, especialmente desde que su padre sufriera la embolia. Las palabras acusadoras y llenas de reproches que solían cruzarse entre padre e hijo habían desaparecido, pero estaban latentes. Tampoco podía soportar la manera en que su madre lo cuidaba, con tanta paciencia sin quejarse nunca.

Quizás Tara tuviera razón y lo quisiera de verdad. La verdad era que le había perdonado muchas cosas.

Max se preguntó si sería capaz alguna vez de perdonar a su padre. Lo dudaba. Pero si quería convencer a Tara de que podía ser un buen padre, tendría que fingirlo.

Max aparcó el coche junto a la mansión de sus padres en Point Piper y se quedó unos minutos sentado mirando la casa. Era muy diferente del lugar donde vivía Tara. Además de la imponente fachada de tres plantas, había un jardín exquisitamente cuidado delante de la casa, una enorme piscina en la parte trasera y fantásticas vistas del puerto de Sydney desde casi todas las habitaciones.

Era una casa digna de un rey. O de un príncipe.

El había crecido allí, sin darle importancia. En la casa perfecta. Yendo a colegios privados. Siendo un miembro del club náutico.

Y rodeado de mujeres. Las mujeres lo habían perseguido desde que fue lo suficiente mayor como para mantener relaciones sexuales. Y habían hecho todo lo posible para conseguir que él se enamorara de ellas.

Sin embargo, él nunca había amado a ninguna. La única mujer de la que se había enamorado era Tara.

Y corría peligro de perderla si no tenía cuidado.

Con el nudo aún en el estómago, Max se dirigió a la puerta de la casa. Conservaba sus llaves. Había vivido con sus padres hasta que ocurrió lo de Stevie.

Su madre estaba sentada en la terraza del piso superior, leyéndole el periódico a su padre, que estaba sentado junto a ella en su silla de ruedas. Estaba perfectamente arreglada, como siempre. Llevaba un pan talón azul claro y una bonita blusa de flores. Tenía un corte de pelo muy moderno. Llevaba maquillaje y pendientes de perlas.

Desde que Max alcanzaba a recordar, su madre siempre aparentaba menos edad de la que tenía. Pero aquella mañana, a la luz del sol implacable, aparentaba exactamente los cincuenta y nueve años que tenía. Quizás más.

La apariencia de su padre le llamó más la atención que la de su madre. Antes de la embolia, era un hombre atractivo, de complexión fuerte, cabellos oscuros y lleno de vida. Ahora sus cabellos se habían vuelto canos, sus músculos se habían debilitado y su rostro se había arrugado. Aparentaba ochenta años, y sólo tenía sesenta y dos.

Por primera vez, Max sintió compasión por él. Y una cierta sensación de culpa. ¿Cómo no se había dado cuenta del de deterioro de su padre en Navidad? Sólo habían pasado un par de meses.

Quizás no lo había notado porque no había querido. Era más fácil aferrarse a sus rencores, que ver a su padre en un declive imparable, o comprender que su madre necesitaba ayuda con él. Odiar era mucho más fácil que amar.

En ese momento, Max se dio cuenta de que en realidad no odiaba a sus padres. Nunca los había odiado. Simplemente, no los entendía. Tara tenía razón. Nunca se puede saber lo que ocurre dentro de un matrimonio.

Lo que Max sí supo, sin embargo, al ver a su madre agarrar con ternura el brazo de su padre, era que aquella mujer amaba a aquel hombre. Y a juzgar por cómo la miraba él, era un amor correspondido.

A Max le dio un brinco el corazón. Deseó que Tara lo mirara a él

siempre de esa forma.

Ninguno de los dos lo había visto todavía. Max estaba detrás de las puertas de cristal corredizas que separaban la terraza del interior. De repente, su madre levantó la vista y sus ojos azules se iluminaron por la alegría y la sorpresa.

— ¡Max! ¡Ronald, es Max!

—Max...

Su padre buscó torpemente las ruedas de su silla para darse la vuelta. Sus ojos eran cansados y mortecinos,

Parecía que aquel cuerpo había perdido toda su vi talidad.

—Max —repitió el viejo como si no pudiera creerse que su hijo lo visitara.

—Hola, mamá. Papá.

Se acercó a besar a su madre en la mejilla.

—Tenéis los dos muy buen aspecto —dijo sentándose en una silla.

Su padre dejó escapar una carcajada.

—Tengo un aspecto horrible, y lo sé.

—Papá, cuando era pequeño, tú siempre me decías que Dios ayuda a los que se ayudan solos. Es evidente que siempre has seguido esa máxima toda tu vida. Después de todo, empezaste siendo aparcacoches y terminaste siendo uno de los magnates hoteleros más importantes de Australia.

Max no quiso recordar que su padre se había casa do con la hija de un importante empresario hotelero, lo que había supuesto un importantísimo impulso para su carrera. El suegro murió al poco tiempo, y Ronald Richmond vendió todos los hoteles que no respondían a sus ideales y comenzó a crear la cadena Royale, que nunca había parado de crecer hasta tres años atrás, cuando la embolia le había obligado a retirarse prematuramente.

—La verdad es que estoy un poco decepcionado de que hayas tirado la toalla de esta manera. Francamente, esperaba más de ti.

Los ojos de su padre centellearon, que era exacta mente lo que Max quería.

— ¿Qué sabrás tú, muchacho? Todo mi lado derecho estaba prácticamente paralizado.

—Eso podría mejorarse con terapia. Deberías dar gracias de que el habla no se viera afectado. Hay gente que ni siquiera puede hablar después de sufrir una embolia.

—Mis ojos están fatal, tu madre tiene que leerme.

—Pero no estás ciego. Mira, ¿por qué no busco un buen fisioterapeuta para que venga todos los días a trabajar contigo? Seguro que conseguiría que dejaras la silla de ruedas en muy poco tiempo.

—Eso sería estupendo, Max —dijo su madre—. ¿No crees, Ronald?

—Es demasiado tarde —murmuró su padre—. Estoy acabado.

—Tonterías —replicó Max—. Nunca es demasiado tarde. Ésa solía ser otra de tus máximas, ¿recuerdas? Además, necesito que estés bien para mi boda.

— ¡Tu boda! —exclamaron los dos sorprendidos.

—Sí. Me caso.

Max tuvo entonces que contestar a montones de preguntas. Mintió muy bien, pues les contó todo sobre Tara y el bebé sin mencionar que ella había desaparecido. Les contó como si fuera algo seguro que Tara y él se iban a casar en un futuro muy cercano. También les prometió que la llevaría a casa para que la conocieran el siguiente fin de semana. Puso como excusa para no preséntasela antes que ella se había ido unos días a visitar a unas amigas.

¡Qué optimista!

Durante el almuerzo, también le contó a su padre su intención de pasar más tiempo en Australia y delegar parte de su trabajo en el extranjero en su ayudan te.

—Buena idea —dijo su padre asintiendo con la cabeza—. Cuando un hombre tiene una familia, no debería estar demasiado tiempo lejos de casa. Yo pasaba demasiado tiempo lejos de casa. Demasiado.

Los ojos del padre se llenaron de lágrimas y la madre intervino rápidamente.

—Es la hora de la siesta, cariño; Se cansa mucho últimamente —añadió dirigiéndose a Max mientras se llevaba a su marido en la silla de ruedas—. No tardo; Tómate otro café.

Max se sirvió otra taza y se quedó pensativo. Cuando su madre regresó, lo miró de una forma extraña.

—Me alegro de que te hayas quedado. Normalmente, te largas en cuanto puedes de aquí. Parece que el estar a punto de convertirte en padre te ha cambiado, Max. Hoy estás diferente. Quizás haya llegado el momento de decirte la verdad sobre Stevie.

Max se puso tenso.

— ¿Qué… que quieres decir con… la verdad?

Su madre dejó escapar un suspiro sin mirarlo a los ojos.

—Stevie no era hijo de tu padre.

Max se quedó boquiabierto.

—Pensé que a lo mejor sospechabas algo. Al fin y al cabo, Stevie era muy diferente de ti. Y de tu padre. Y tenía los ojos castaños. Es raro que un padre y una madre de ojos azules tengan un hijo de ojos castaños.

—No lo sabía. ¿Lo sabía Stevie?

—Afortunadamente, no. O al menos él nunca dijo nada...

—Por eso papá no lo quería.

—Te equivocas, Max. Tú padre quería a Stevie. Lo malo es que cada vez que lo miraba le recordaba que yo me había acostado con otro hombre.

— ¡Y yo que pensaba que papá era el infiel en esta relación!

— ¿Por qué dices eso?

—Hace años, te oí diciéndole a una amiga que sabías que papá tenía otras mujeres, pero que tú preferías hacerte la tonta.

Su madre adoptó una expresión muy triste.

—Siento mucho que oyeras eso. Debiste pensar que era muy débil. O muy retorcida.

—No supe qué pensar. Nunca he sabido qué pensar de vosotros dos. Al menos ahora puedo entender por qué papá trataba a Stevie de forma diferente a mí.

—Lo intentaba, Max. Pero era muy difícil para él. Nunca sabía de qué hablar con Stevie. Contigo era más fácil porque erais como dos gotas de agua. Pero eso no quiere decir que no sintiera cariño por Stevie. Cuando le diagnosticaron el cáncer, tu padre lo pasó muy mal. Su forma de superar el dolor fue trabajar más. No podía soportar verlo sufrir. Él sabe que debería haber pasado más tiempo con Stevie. Ahora entiende cómo se siente uno cuando la gente a la que quieres no está junto a ti cuando la necesitas.

No lo miraba a la cara. Su tono no era acusador. Pero Max se sintió culpable. Llegado el momento, él no se había comportado mejor que su padre. Había decepcionado a sus padres con su falta de apoyo.

—Tú padre cree que la embolia ha sido un castigo por cómo trató a Stevie —dijo su madre con voz entre cortada.

A Max se le había ocurrido eso mismo en alguna ocasión en los últimos tres años. De repente, se sintió mezquino e inmaduro por haber pensado algo así. No supo qué decir y se quedó sentado en silencio.

— ¿Quieres saber quién era el verdadero padre de Stevie o no?

—Sí. Sí quiero saberlo.

—Tengo que hablarte de los inicios de mi relación con tu padre para que puedas entenderlo.

—Muy bien.

Ella sonrió sin alegría.

—Espero que no te escandalices de mí.

Max no podía imaginar qué podía decirle ya para escandalizarlo.

—Yo tampoco soy un santo, mamá.

Había conocido a su padre cuando él aparcaba coches en uno de

los hoteles del padre de ella. Se enamoró de él nada más verlo y lo persiguió descaradamente como sólo una bonita niña rica y mimada podía hacerlo. Confesó haberlo seducido por el sexo y, aprovechándose de la naturaleza ambiciosa de él, lo había embaucado hablándole de su dinero y sus contactos. Al fin y al cabo, era la hija única de un hombre muy rico.

El problema fue que ella nunca creyó que él la amara de verdad cuando se casaron. Vivía angustiada por las dudas. Cuando nació su primogénito, Max, se calmó durante un tiempo. Su marido estaba totalmente conquistado, si no por ella, al menos por el bebé. Poco a poco, se fue sintiendo más segura en su matrimonio. Pero, a la muerte de su padre, su marido empezó a viajar constantemente al extranjero, con lo que sus dudas sobre él volvieron a crecer. Entonces apareció una fotografía de él con una belleza de la élite social londinense. Cuando su marido volvió a casa, sufrió un ataque de celos salvaje y lo acusó de infidelidad. El le aseguró que no había pasado nada, pero ella no lo creyó.

El matrimonio entró en una grave crisis. Ronald cada vez pasaba más tiempo lejos de casa, y ella comenzó a salir sin él. Conoció al padre de Stevie en una exposición de arte. Él era el artista de aquel evento. Ella había tenido una agria discusión con su marido porque él había vuelto a retrasar la fecha de su regreso a casa, y estaba muy alterada. Bebió demasiado y, como suele decirse, el resto era historia.

Irónicamente, Ronald regresó al día siguiente. Un mes más tarde, cuando ella se dio cuenta de que estaba embarazada, no sabía de quién era el bebé que esperaba. El bebé nació con los ojos azules, así que respiró aliviada. Pero, a los seis meses, los ojos del bebé se oscurecieron.

Cuando Ronald le expuso sus dudas, le confesó lo ocurrido. Su marido estuvo a punto de enloquecer. Aquello le demostró que él realmente la amaba, pero causó un daño irreparable en el matrimonio. Después de aquello, ella siempre sospechó que su marido ya no le era fiel cuando viajaba. En más de una ocasión, encontró rastros de otras mujeres en su ropa. Carmín o perfume. Ella fingía no darse cuenta de nada por miedo a que él se divorciara de ella. Trató de llenar su vida trabajando en instituciones benéficas .y celebran do galas sociales, pero ya nunca fue feliz. Insistió en lo mucho que Ronald había sufrido cuando a Stevie le diagnosticaron el cáncer. Desgraciadamente, su única forma de hacer frente a las emociones, era huir de ellas. Por eso se puso a trabajar más que nunca.

—Lo que acabó realmente con Stevie fue que su novia lo dejara. Eso lo deprimió más que la ausencia de su padre. Créeme. Stevie y yo

estábamos muy unidos y me contaba todo lo que sentía.

—Puedo imaginarlo. Nunca he conocido a un hombre como Stevie. El sí sabía expresar sus sentimientos. Me gustaría poder ser más como él.

—Su padre biológico era así. Un hombre muy sensible y extrovertido. Era dulce y amable. Era inevitable sentir simpatía por él. Aquella noche me hizo sentir muy especial. El no sabía que yo estaba casada, claro. Cuando se lo dije, no quiso volver a verme más. Era un hombre bueno.

—Entiendo. Así que él nunca supo lo de Stevie.

—No, qué va. No. Nunca más volví a verlo. Desgraciadamente, murió pocos años después. De cáncer.

Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Tú padre terminó perdonándome. ¿Podrás perdonarme tú?

A Max no se le ocurría qué decir, así que se puso de pie y se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla.

Ella tomó las manos de él entre las suyas y les dio unas palmaditas.

—Gracias —dijo mirándolo a los ojos—. Eres un buen chico, Max. Pero mientes muy mal. Ahora dime, ¿por qué no te sientas y me cuentas toda la verdad sobre esa novia tuya? Para empezar, me gustaría saber cómo alguien tan listo como tú puede cometer el error de dejar á una chica embarazada. ¿O es que fue idea de ella? Después de todo, Max, eres un hombre muy rico.

Max se volvió a sentar antes de contestar.

—Tengo que confesarte que esa idea se me pasó por la cabeza. Pero sólo por un instante. Cuando conozcas a Tara, te darás cuenta de que no es en absoluto de naturaleza ambiciosa ni manipuladora.

—Tara. ¡Qué nombre tan adorable!

—Es una chica adorable.

— ¿Fue idea de ella que vinieras aquí hoy?

—No directamente. Pero a ella le habría gustado. La verdad, mamá, es que no sé dónde está Tara. Ha huido.

— ¡Huido! ¿Max, qué has hecho?

—El problema es lo que no he hecho. Cuando me dijo que estaba embarazada, no le dije que la quería, ni le pedí que se casara conmigo.

— ¡Oh, Max! No me extraña que huyera. Tiene que estar hundida.

—No digas eso, mamá —dijo él sintiendo un terrible peso en el pecho—. No quiero oírlo. Estoy soportándolo como puedo, esperando a que llegue mañana.

— ¿Qué es lo que va a ocurrir mañana?

Él se lo dijo.

Capítulo 11

Tara estaba tumbada en la cama, comiendo una de las galletas que había dejado en la mesilla la noche anterior. Con un poco de suerte, pronto se encontraría mejor y podría dar un paseo por la playa.

Había pasado la mayor parte del día anterior en la cama antes de poder salir a pasear. Pero es que estaba agotada.

Aquel día se sentía más descansada, aunque aún sufría mareos. Por eso tomaba las galletas.

Kate había sido muy amable dándole algunas sin hacer preguntas. La había mirado con cierta curiosidad al dárselas la noche anterior, pero no había dicho nada.

Así era Kate. Amable y hospitalaria sin ser entro metida, las cualidades perfectas para una persona que tiene una pensión. Tara la había conocido unos años antes, porque había pasado en la Pensión Kate unos días con unos amigos de la universidad. Era un lugar muy popular entre los estudiantes, porque era barato y muy bien ubicado, a sólo un paseo de distancia de Wamberal Beach.

Cuando se puso a pensar en dónde podía ir para estar sola, pensó inmediatamente en aquel lugar. Wamberal estaba sólo a una hora y media en coche de Sydney, lo suficiente para estar segura de no encontrarse por allí ni a Max, ni a nadie que lo conociera.

Así que el jueves por la noche, había tomado un taxi a la estación de Hornsby, había tomado un tren a Gosford, y de allí un taxi hasta Wamberal. Había actuado muy impulsivamente. Ni siquiera sabía si Kate no habría vendido la casa, ni si tenía habitaciones libres.

El destino había estado de su parte, y aunque Kate había reformado el negocio para darle más categoría y había cambiado el nombre por el de Refugio de Kate, seguía allí, y tenía habitaciones libres.

A finales de febrero, aunque aún era verano en Australia, ya no era temporada alta. Además, Kate no se anunciaba en ningún medio, porque no quería tener demasiada gente.

—Me hago mayor —se quejaba mientras acompañaba a Tara escaleras arriba—. Pero me aburriría demasiado si dejara de tener gente de repente. Y me sentiría muy sola. Aunque puede que termine cerrando pronto. Voy a cumplir setenta años. A lo mejor contrato a alguien para que haga la limpieza.

Tara pudo elegir la habitación que daba al frente de la casa, que tenía una preciosa vista de la playa y cuarto de baño propio. No quería tener que ir corriendo por el pasillo cada mañana para llegar a un cuarto de baño compartido.

Kate no le había hecho ninguna pregunta a su llegada, aunque Tara había notado cierta preocupación en aquella buena señora. Seguro que no era habitual que un cliente apareciera sin reservar a las diez y media de la noche. Seguro que no la había creído cuando le dio como explicación que había sido un impulso repentino.

Pero al menos Kate la veía como una mujer adulta con derecho ir a donde le diera la gana, algo que otra gente no parecía entender. No era una niña. Tenía sus propias ideas y era capaz de tomar sus propias decisiones. Sólo necesitaba un poco de tiempo a solas.

Volver a casa con su madre, que no iba a dejar de juzgarla y criticarla, era impensable de momento. Y Jen no era mejor. Parecía que se le había olvidado lo irracional e irritable que ella había estado cuando se enteró de que estaba embarazada.

Por supuesto, no habría desaparecido de aquella forma tan melodramática si Max no hubiera anuncia do su llegada para buscar soluciones juntos.

Por lo que ella sabía, Max no tenía ni idea de trabajar en equipo. Él daba órdenes y la gente obedecía.

Ella misma llevaba doce meses obedeciendo sus órdenes.

Pero se acabó.

Se había rebelado.

Su primer paso había sido ponerse fuera de su alcance. Y la verdad era que se había sentido muy bien haciéndolo. Era evidente que había estado albergando más resentimiento contra el rol dominante de Max de lo que había imaginado.

Por su madre, sin embargo, sentía cierto remordimiento. Pero al final, su necesidad de estar sola y en paz había vencido su sentimiento de culpa. La llamaría a la mañana siguiente para pedirle disculpas.

Llamaron a la puerta.

— ¡Ya voy! —gritó Tara.

Puso los pies lentamente en el suelo y se puso en pie. Se sintió aliviada al no sentir ningún mareo. Las galletas le habían sentado bien. Agarró su bata de seda y, sin prisas, caminó por la enorme alfombra que cubría la mayor parte del suelo del cuarto. La decoración de Kate era algo anticuada, pero a Tara le gustaba.

Abrió la puerta; allí estaba Kate con un periódico en la mano y aspecto preocupado.

— ¿Sí?

Kate no contestó. Simplemente le entregó el periódico. Estaba abierto y plegado por la tercera página.

Tara se quedó helada al ver, a toda página, la ampliación de una foto suya que Max solía llevar en su cartera. Se la había sacado una de

las primeras veces que salieron juntos, en un restaurante en el que el fotógrafo iba de mesa en mesa sacando fotos de la gente que él creía que estaban en un buen momento para querer comprar una foto: grupos celebrando algo, parejas en actitud romántica...

Tara vio la felicidad en el rostro que veía en la foto. Muy distinto de lo que sus rostro reflejaba en aquel momento.

Apretó los dientes y miró furiosa el texto que había en la parte inferior de la imagen.

Tara, tus seres queridos están preocupados por ti. Por favor, llama a casa. Si alguien sabe del paradero de Tara, por favor, contacten con el siguiente número. Cualquier información se premiará con una generosa recompensa.

Tara levantó la mirada rápidamente.

—Por favor, no me digas que has llamado. Ese no es el teléfono de mi casa. Es el de mi novio.

—No, querida. Pero Milly Jenson, la chismosa de mi vecina, sí lo ha hecho. Debió de verte ayer cuando paseabas por la playa. Luego, le ha entrado mala conciencia y ha venido a decírmelo. Pensé que debías saberlo.

—Claro que sí. Gracias, Kate.

La cabeza le daba vueltas al saber que Max ya estaría de camino.

—Un ex novio, ¿no? Y no quieres volverlo a ver. ¿Quieres que te lleve a algún sitio, querida? Podemos irnos antes de que él llegue. Milly le dio esta dirección hace más de una hora, así que estará a punto de llegar.

Tara consideró la idea de volver a huir, pero pensó que no tenía sentido. Allá donde fuera, alguien la en contraría y llamaría a Max. Su aspecto era muy llamativo. Eso siempre había sido una maldición. Ojala hubiera sido menos atractiva, o menos alta, o menos rubia.

Negó con la cabeza y volvió a quedarse mirando la foto.

—Gracias, Kate, pero no. Cuando venga, hablaré con él. No tengo intención de quedarme esperándolo aquí toda sumisa. Voy a vestirme. Me voy a la playa. Dile que me busque allí cuando llegue. ¿De acuerdo?

—Sólo estaré de acuerdo si él no es un peligro para ti, cielo. ¿No te habrá pegado?

— ¡Dios mío! ¡No! Max nunca haría algo así. Pero, como ya te habrás dado cuenta, es un hombre muy rico, acostumbrado a salirse con la .suya. Es el padre de mi hijo, Kate. Estoy embarazada.

—Ya me lo imaginaba, cielo. Lo de las galletas es un remedio muy típico para los mareos. Me lo imaginé en cuanto me las pediste.

—No dijiste nada.

—No es asunto mío. Yo no meto la nariz en los asuntos privados de nadie. Salvo si se trata de algún arrogante miembro del sexo opuesto. Una de las razones por las que nunca me he casado es porque no so portaba la idea de que un hombre dirigiera mi vida. Tuve varios pretendientes cuando era joven y todos querían casarse conmigo, especialmente aquellos con los que me acosté. Uno insistió mucho cuando se enteró de que iba a tener un bebé. Más que insistente, violento. ¡Como si fuera aceptar casarme con un hombre que me pegaba! Nunca habría aceptado un padre así para mi hijo.

Tara se quedó boquiabierta al escuchar semejantes revelaciones. Pero, al parecer, Kate no había terminado de desvelar su tormentoso pasado.

—Si hubiera sido algo más aceptable en mi época, habría elegido ser una madre soltera. Pero no lo hice. Hice otra cosa, cielo, algo de lo que siempre me he arrepentido amargamente. Las chicas de hoy en día tienen muchas opciones. No hagas lo que yo hice, cielo. Ten ese bebé y al diablo con lo que ese hombre diga que quiere. No puede ser muy hombre para que tú huyas así de él.

—No es un mal hombre. Y no es violento. Es... sólo es dominante.

— ¿Quieres que abortes?

—No lo sé.

—Mmm. ¿Te quiere?

Tara frunció el ceño mirando el periódico y asintió con la cabeza.

—Creo que sí. Al menos todo lo capaz que es de querer a alguien.

—Suena como si él estuviera un poco confuso.

— ¿Sabes Kate? Creo que eso es lo que le pasa. Sin embargo, para otras cosas, tiene mucha seguridad. Es un hombre con mucho éxito en los negocios.

—Y muy guapo también, sin duda —dijo Kate desdeñosamente.

—Sí eso también.

—Siempre lo son. Veré qué opinión me merece cuando llegue. Le someteré a un tercer grado antes de decirle dónde estás. ¿Te importa?

Tara se echó a reír.

—En absoluto. Le vendrá bien.

—Muy bien. Vístete ahora. Llévate uno de los sombreros de paja que cuelgan de la puerta de la calle. Cúbrete el pelo con él y ponte gafas de sol. Si no, toda la gente de la playa que haya visto el periódico de hoy se irá corriendo .a sus casas para marcar ese número.

—Haré eso. Y, Kate...

— ¿Sí?

—Gracias. Has sido muy amable. Y muy comprensiva.

Kate sonrió maliciosamente.

—Entre mujeres tenemos que ayudarnos.

Max avanzaba con dificultad por la playa. Aún no podía creerse todo lo que le había hecho pasar aquella mujer antes de decirle dónde estaba Tara. Cualquiera habría pensado que él era un asesino, y no un hombre enamorado intentando hacer lo que debía.

Inspeccionó los cuerpos semidesnudos tumbados en la arena. Ninguno era el de Tara. La habría reconocido en el acto. Fue a la orilla del mar y se quedó allí mirando el agua, tratando de localizar una melena rubia entre los bañistas. Tampoco estaba allí.

De repente, una ola chocó con más fuerza que las de más en la orilla empapando sus caros zapatos italianos.

Max dejó escapar una palabrota.

Aunque, la verdad, arruinar unos zapatos carecía de importancia en esos momentos. ¿Dónde estaba Tara? ¿Le habría mentido aquella anciana? ¿O estaría en esos momentos de camino a otro sitio?

Max sintió un vuelco en el estómago. Entonces la vio, caminando por la orilla de la playa, salpicando al andar, acercándose a él.

No la reconoció por su cabello, pues lo llevaba oculto bajo un enorme sombrero de paja. La reconoció por las piernas. Pocas mujeres tenían unas piernas como las de Tara.

La reacción de su cuerpo le molestó. No había ve nido para eso. Tara ya sabía que él la deseaba sexual mente. De lo que tenía que convencerla era de que quería que fuera suya para mucho más que eso.

Tratando de controlar su cuerpo, comenzó a andar hacia ella, decidido a no permitir que el deseo lo apartase de su meta. Sospechaba que, si no lo hacía así, fracasaría. Y el fracaso no era algo que entrara en los planes de Max. Su misión era ganarse a Tara, no perderla. El instinto le decía que cualquier intento de hacer el amor con ella podría terminar en perderla para siempre. Tenía que convencerla de que podía ser un buen esposo y un buen padre. No sólo un buen amante.

Hacía rato que Tara había visto a Max, pero no le hizo ninguna señal. Observó furtivamente cómo avanzaba con dificultad por la arena. No iba vestido para la playa. Llevaba pantalones de traje grises y camisa de seda blanca, aunque se había desabrochado un par de botones y llevaba las mangas remangadas.

Le hizo gracia que se le mojaran los zapatos con las olas. No le hizo tanta gracia ver cómo corría hacia ella. Y lo peor era que iodo su cuerpo tembló ante su inminente proximidad. Se le aceleró el corazón. Se le erizaron los pezones. Se le puso el vientre en tensión sólo de imaginar su contacto.

¡Era horrible! ¡Era algo vergonzoso!

«O algo delicioso», pensó su lado más oscuro.

Suspiró. Estaba claro que iba a tener que andarse con mucho cuidado. Seguía siendo muy vulnerable a él sexualmente.

Por supuesto, si aquello hubiera sido una película romántica, los dos habrían echado a correr para abrazarse, se habrían besado y las palabras «the end» habrían parecido sobreimpresionadas en la pantalla.

Pero aquello no era una película. Era la vida real con problemas reales. Con serios problemas de pareja que no se podían resolver con un simple beso. Hacer el amor sólo ocultaba el problema, no en la solución.

No iba a permitir que él la tocara. Al menos, no aquel día.

—Max —dijo ásperamente cuando estuvieron cerca

Gracias a Dios él se detuvo sin acercarse lo suficiente para agarrarla y besarla. Eso era lo que ella quería. ¿O no?

—Me has encontrado —añadió cruzándose de brazos.

Aquello no sólo demostraba que él no era bienvenido. Encima, ocultaba sus diabólicos pezones.

—No sin dificultad —replicó él.

Estaba claro que no estaba de buen humor. Kate debía de haberlo mareado un buen rato. Nada comparado con lo que ella tenía preparado.

—No sé cómo dices eso. Una pequeña, bueno, no tan pequeña, foto en el periódico ofreciendo recompensa y cualquiera me habría vendido: «aquí tiene a su hombre». Como en las películas del Oeste.

Max la miró de arriba abajo.

—Nadie en su sano juicio te llamaría «hombre», Tara.

—Debes de ser fantástico tener suficiente dinero para comprar cualquier cosa.

El la miró a los ojos para intentar descifrar lo que pensaba. Aquel tono sarcástico tenía que significar algo.

—Todavía estás enfadada conmigo. Y tienes todo el derecho del mundo a estarlo. No reaccioné muy bien con la noticia la otra noche.

—Pues no.

—Pero ni tampoco me diste oportunidad de arreglar las cosas. Me cuelgas el teléfono y después sales corriendo. Eso no fue justo, Tara. Incluso tú estarás de acuerdo en que la noticia fue un tremendo shock. Yo no estaba preparado.

—Pues te aguantas. Hice lo que tenía que hacer. Para mí.

— ¿Y has tomado alguna decisión durante este tiempo sola?

— ¿Te importa si caminamos mientras hablamos?

Tara echó a andar, obligándolo a él a andar tras ella.

—Preferiría que nos sentáramos en algún lugar más tranquilo.

«Ya me lo imagino», pensó ella con cierta tristeza. Así podría empezar a besarla inmediatamente. Entonces ella se derretiría, o le daría una bofetada. Ninguna de las dos perspectivas le agradaba. Aquella era su gran ocasión para demostrarle que ella no iba a vivir su vida condicionada por él. Verlo en persona de nuevo le había recordado que aquel hombre todavía ejercía un tremendo poder sobre ella. Tenía que tener mucho cuidado. Y ser fuerte.

—No llevo ropa de playa, Tara. Estoy destrozando estos zapatos.

—Fuiste tú el que quiso aparecer aquí, Max. Yo no te he obligado. Quilate los zapatos si tanto te preocupan. Puedes remangarte los pantalones.

Para su sorpresa, Max la obedeció. Desgraciada mente, eso también hizo que Tara se volviera a fijar en él físicamente. Estar embarazada no había aplaca do ni una pizca su deseo. Incluso ansiaba hacer el amor con él más que nunca. ¿Cómo era posible?

—Llamé a tu madre —dijo él cuando volvieron a reanudar la marcha—. Le he dicho que te he encontrado. Joyce dice que me creas cuando te diga que nunca intentaría convencerte de que abortaras.

El alivio que Tara sintió se vio inmediatamente eclipsado por la sorpresa y la rabia. Se paró en seco y se volvió a mirarlo.

— ¿Joyce? ¿Desde cuando llamas a mi madre Joyce? ¿Y desde cuándo está ella de tu parte?

—Desde que hablé con ella ayer por la mañana.

Tara se echó a reír con cierto sarcasmo.

—Ya entiendo. Le dijiste a mi madre que querías casarte conmigo y te la ganaste inmediatamente. Eso lo explica y lo arregla todo para mamá. El matrimonio.

—Hace que parezca algo malo.

—Lo es si uno se casa por motivos equivocados.

— ¿Crees que mi amor por ti es un motivo equivocado?

A Tara le resultaba cada vez más difícil mantener la serenidad.

—Tú me has dicho muchas veces que me quieres, y nunca antes has dicho nada de casarnos. ¿Por qué ahora? Yo ya sé por qué. Has decidido que quieres tener este hijo. Te haces mayor y de repente te has dado cuenta de que estaría bien tener un heredero a tu imagen y semejanza. Y en el mismo lote te llevas a una esposa tan enamorada, que cree que el sol sale gracias a ti, y que te esperará en casa pacientemente durante semanas sin hacer preguntas.

— ¡Eh! ¡Espera un momento!

—No, espera tú. Ahora te va a tocar a ti esperar.

Las mejillas de Max cambiaron de color por la rabia. Apreté los puños, pero tuvo el suficiente tacto para no decir nada.

—Debiste creer que había encontrado un chollo este último año —continuó ella—. Nunca dabas explicaciones y yo no hacía preguntas. Claro que no todo era perfecto para ti. Supongo que al principio debió ser muy excitante, aparte de genial para tu ego, acostarte con una virgen, aunque seguro que no era la primera vez que te acostabas con una, pero claro, me faltaba la confianza que a ti te hubiera gustado. Hasta el pasado fin de semana. Y de repente, me invitas a que vaya a los viajes contigo.

—Eso no es así.

—Claro que es así. He madurado, Max. Ya no te veo a través de mis gafas de color rosa. Ahora entiendo cómo funcionas. ¿Para qué complicarte la vida buscando aventuras de una noche por las ciudades que visitas cuando por el precio del billete me podías tener a mí?

Sus ojos se oscurecieron. Pero no había terminado.

—Encima yo te salía muy barata. Un vestidito de vez en cuando, alguna salida a cenar, un poco de champaña y ya me tenías en el bote.

— ¡Ya está bien! ¡Déjame hablar! En primer lugar, nunca te he sido infiel. Ni una vez. En segundo lugar, nunca he pensado en ti como en mi amante. Casarme contigo siempre estuvo en mis planes. Cuando llegara el momento.

— ¿En serio? ¿Y eso cuando habría sido?

—Cuando yo tuviera menos trabajo y tú fueras mayor. Pedirte que viajaras conmigo fue un gran paso. Tenía miedo de perderte. Igual que ahora tengo miedo de perderte. A ti y a nuestro bebé.

Tara se quedó muy sorprendida de que Max reconociera tener ese tipo de emociones. No era habitual que Max reconociera tener miedo de perder. Entonces, se dio cuenta de que confesarle aquello era parte de su plan para no perder tampoco en aquella ocasión. Quería debilitar su resolución y hacer de ella lo que quería, como siempre.

—Te quiero, Tara. Te quise desde el principio. Ya sé que te dije que no quería ni casarme ni tener hijos, y lo decía de vedad. Pero las cosas han cambiado. Vas a tener un hijo mío.

—Así es, Max. Y tienes razón, las cosas han cambiado. Pero tú no. Tú eres el mismo Max que yo conocí. El mismo hombre fascinante, triunfador, ambicioso y embaucador sin escrúpulos. Mira lo que has hecho para encontrarme. ¿Qué clase de hombre hace algo así?

—La clase de hombre que está totalmente enamora do de ti. Te equivocas, Tara. Puedo cambiar. Ya he empezado a hacerlo.

— ¿En qué? Yo no veo nada que lo pruebe.

—Vuelve a Sydney conmigo y te lo demostraré.

—No.

Max se quedó helado.

— ¿No?

—No. Ése es el problema, Max. Estás demasiado acostumbrado a que la gente haga lo que quieres. Yo lo he hecho durante mucho tiempo. Ahora, si quieres cambiar de verdad, serás ni el que tenga que hacer lo que yo quiero.

—Dime el qué y lo haré —dijo él con seguridad.

Y con cierta temeridad, pensó Tara. De ninguna manera iba a aceptar sus exigencias. Pero sería interesante ver cómo trataba de zafarse.

—Muy bien. Ve a casa, haz una maleta con ropa de playa y vuelve aquí. Kate te alquilará una habitación. Quédate aquí conmigo una semana. En habitaciones separadas. Sin sexo. Pasaremos mucho tiempo juntos, sólo hablando.

Tara estaba convencida de que Max se echaría atrás sin dudarlo.

—Trato hecho.

Tara parpadeó varias veces. Estaba atónita, pero prefirió no hacer ningún comentario hasta ver que pasaba.

— ¿Y qué pasa al final de la semana? —preguntó

—Te lo diré... al final de la semana.

—Eso no es justo.

—Yo no doy explicaciones y tú no haces peguntas. Sólo harás lo que yo quiera cuando yo quiera.

—Pero sin sexo.

—Exactamente.

—Mmm. ¿Estás segura de que podrás soportarlo?

—Sin ningún problema —mintió ella, levantando la barbilla.

—Sólo aceptaré esas condiciones si al final de la semana aceptas salir a cenar conmigo y luego pasamos la noche juntos. Toda la noche. En la misma cama.

— ¿Por qué tienes que poner tú ninguna condición?

—Cariño, siempre hay condiciones. Nadie da nada por nada, y eso incluye una semana de esclavitud y sumisión, que es lo que me estás pidiendo. Sé que lo que quieres es que te demuestre que te quiero, y me parece bien. Pero después quiero tener la ocasión de demostrártelo a mi manera.

A Tara le dio un vuelco el corazón. Sabía que, si volvía a estar en sus brazos, toda su seguridad se ven dría abajo. Pero tenía una semana por delante para hacerle entender a Max que sólo podrían ser felices si él era capaz de ofrecerle una relación auténtica basada en la amistad y en compartir cosas, no sólo en un anillo de compromiso.

—De repente, se te da muy bien hablar —replicó ella. Veremos si puedes seguir así una semana.

El se echó a reír.

—No sabes con quién estás hablando, cariño. Cuando era pequeño, me pasé tres días sin comer. Aguantar sin sexo no puede ser tan duro. ¡J.C.! Mejor será llamarlo difícil.

Tara frunció el ceño. Aquélla era la primera vez que Max mencionaba algo de su infancia. Eso era algo que tendría que hacer durante esa semana. Abrirse un poco a ella. Tener intimidad no es sólo tener sexo, también es saberlo todo sobre el otro.

— ¿Por qué pasaste tanto tiempo sin comer?

—Mi madre estaba recaudando fondos para una obra benéfica. Se ha pasado media vida haciendo eso. Aquella vez nos metió a Stevie y a mí en ello. Stevie hizo que le pagaran por ello. Creo que se leyó ochenta y cinco libros. Yo preferí ayunar. Me pagaban una fortuna por cada día que no comía. Para mí era más fácil que leer. Odio leer.

—En eso no has cambiado nada —dijo Tara con severidad—. No tienes ni un libro decente en el ático. Sólo lecturas de negocios y deportes. No sabes lo que te pierdes, Max. Leer es un pasatiempo fabuloso. Te leeré algún buen libro esta semana cuando estemos tumbados en la playa. Kate tiene una buena selección de best-sellers.

Max hizo una mueca.

— ¿Ya te estás echando atrás? —preguntó Tara, desafiante.

—Desde luego que no —contestó él sonriendo.

Tara no estaba segura de que esa sonrisa le gustara. Había algo sibilino en ella.

—Me tengo que ir ya si quiero volver hoy mismo.

—Necesitas pocas cosas.

—También tengo que hacer algunas llamadas. Por ejemplo, tengo que decirle a Pierce dónde voy a estar.

—Si haces o contestas cualquier llamada de teléfono que tenga que ver con el trabajo, se acabó el trato.

Max sospechaba que eso era sólo un farol, pero admiró su resolución. Tara no se daba cuenta, pero él nunca se casaría con una mujer que se doblegara ante él todo el tiempo. A lo largo de su vida, le habían perseguido muchas mujeres dispuestas a satisfacer cualquier deseo suyo dentro y fuera de la cama. Le gustaba que Tara le hiciera frente, que fuera una mujer fuerte. Iba a ser una esposa y una madre fantástica.

Su expresión se suavizó.

—Está bien. Dejaré el móvil en casa.

Con su padre. Para que se sienta mejor tomando alguna decisión

de negocios. Le iría bien. Aunque no tanto como la visita diaria del fisioterapeuta que había contratado para que trabajara con aquellos músculos atrofiados. Max había pasado todo el vienes con sus padres, ilusionando a los dos con su inminente papel de abuelos, y cuando se fue, parecían más jóvenes que por la mañana.

—Volveré en menos de lo que canta un gallo.

—No corras con el coche —dijo ella—. Quiero que nuestro nieto tenga un padre de carne y hueso, no un monumento conmemorativo en un cementerio.

—Está bien. No correré. ¿Alguna otra cosa? ¿Más reglas?

Tara ladeó la cabeza y apretó los labios.

Dios mío, cómo le hubiera gustado rodear aquel esbelto cuello con sus manos y besar aquellos labios exquisitos hasta que se pusieran tiernos y dóciles. Hasta que toda ella se volviera tierna y dócil.

Pero se contuvo y se mantuvo en su papel de hombre sensible y moderno. No era un papel que a Max le gustara mucho. Tenía ideas tradicionales sobre cómo debía ser un hombre y ser débil y afectado no estaba entre ellas. Estaba deseando que pasara aquella semana. Estaba deseando que llegara el sábado por la no che.

—Ahora no se me ocurre nada —dijo ella—. Pero tendré una lista preparada para cuando regreses.

Dios mío. Hablaba en serio. Quizás no debiera casarse con ella. Le gustaba que fuera fuerte, pero no pesada y mandona.

Lo que le hacía falta era una noche en la cama. Con él. Aquellos pezones endurecidos decían más que sus palabras. Él no iba a ser el único que necesitara las duchas frías esa semana.

Pero sabía ser paciente si la recompensa lo mere cía. ¿Y qué mejor recompensa podía haber que tener a tenerle de nuevo en sus brazos?

Capítulo 12

En política, una semana es poco tiempo. O eso dicen. Probablemente, porque, en lo demás, en una semana pueden pasar muchas cosas.

Max estaba maravillado de los cambios que había observado en el transcurso dé la pasada semana.

Cambios en sí mismo.

El hombre bronceado que salía hacia la playa al amanecer con su tabla de surf bajo el brazo no en el mismo hombre que había pensado con arrogancia que las condiciones de Tara se podrían tolerar y soportar, pero no disfrutar. Eran los medios para alcanzar un fin. Una molestia.

Max no había previsto los placeres que descubriría durante esos siete días.

Para empezar, la idea de Tara de prohibir cualquier llamada de trabajo había sido un acierto. Nunca se había parado a pensar en la enorme cantidad de tiempo diaria que solía dedicar al trabajo o a asuntos relacionados con el trabajo. Al principio había sufrido síntomas de abstinencia, pero pronto consiguió dejar de pensar en términos de pérdidas y beneficios. Dejó de preocuparse de que alguna nueva crisis económica afectan al sector hotelero.

La falta de noticias era buena noticia.

Pocos días después de haber tomado la decisión de trabajar menos y pasar más tiempo con Tara y el niño, fue aún más lejos. Empezó a considerar reducir la cadena de hoteles Royale. Viajar por todo el mundo y asistir a reuniones de negocios cada día ya no le resultaba un plan tan atractivo.

Max se subió ágilmente a la tabla y tumbado en ella boca abajo braceó contra las olas para llegar mar adentro. El sol acababa de hacer su aparición en el horizonte y el inmenso mar azul centelleaba bajo sus rayos. Cuando llegó mar adentro, se sentó en la tabla a la espera de la ola adecuada.

¡Le encantaba!

Se le había olvidado lo mucho que le gustaba el surf. Hacía años que no lo practicaba. Cuando Kate le ofreció unas tablas y un traje térmico que tenía en el garaje, no se pudo resistir. Después de unas cuantas caídas, recuperó el equilibrio perdido, su confianza y su forma física. Siempre había sido bueno en todos los deportes.

Desde entonces, cada mañana había pasado unas horas haciendo surf mientras Tara se quedaba en la cama.

Ella seguía sin sentirse bien por las mañanas. No se levantaba hasta las once, así que, a esa hora, Max regresaba a la casa para ducharse y desayunar con ella. Kate era una excelente cocinera, aunque un poco a la antigua. No sabía nada de la cocina moderna baja en calorías. Si Max no hubiera quemado tantas calorías en el mar diariamente, habría engordado unos kilos. Tara se libraba porque con su estómago tan delicado sólo podía tomar té y tostadas.

Después del desayuno, salían los dos con una sombrilla y un libro, buscaban algún lugar bonito en las dunas con vistas al mar y se sentaban a leer. El primer día, Max se propuso fingir que le gustaba que le leyeran. Pero Tara era muy buena leyendo, muy expresiva y por algo el best-seller que había elegido se había convertido en best-seller. Era una novela de misterio, llena de giros y sorpresas en cada página. El juicio por asesinato había sido apasionante. A lo largo de la lectura, Max cambió de sospechoso varias veces hasta que por fin decidió que había sido la esposa. Cuando al llegar al final supo que tenía razón, se puso rojo de satisfacción.

Max le comentó a Tara uno de los primeros días que su madre le leía también a su padre, y terminó contándole la reconciliación con sus padres. Le contó a Tara la historia del matrimonio de sus padres y todos sus malentendidos. En aquellos días, habló más de sus padres y de su infancia de lo que jamás había hablado en toda su vida.

También era cierto que no había mucho más que hacer aparte de hablar. Tara se mantuvo firme en su decisión de que no la tocara en toda la semana. Lo que no era fácil teniendo en cuenta que ella se pasaba la mayor parte del tiempo con un minúsculo bikini. Max tuvo que pedirle que se tapara un poco cuando no fuera a nadar. Sobre todo por su propia frustración, pero también porque estaba harto de los mirones en la playa. Ella lo miró con soma y lo ignoró.

Max se dio cuenta en ese momento de que, le gustara o no, ella no volvería a aceptar órdenes suyas nunca más.

Pero ella también tenía que luchar contra los celos. El era objeto de todo tipo de miradas de mujeres. La actividad física y el moreno de la playa le sentaban muy bien.

Iba a costarle mucho renunciar a aquello.

¿Y por qué iba a hacerlo? Era un hombre rico. E inteligente. Ya se le ocurriría algo. Si reducía la cadena de hoteles, tendría menos trabajo. Gracias a las tecnologías de la comunicación, uno podía estar en contacto con el resto del mundo desde cualquier sitio. Ni siquiera era necesario estar en Sydney. Podía que darse allí mismo, en alguna de aquellas casas con vistas al mar…

Estudió con la mirada los edificios que daban a la playa de

Wamberal. Algunos eran viejos bloques de apartamentos. Seguramente, podría convencer a los propietarios de que vendieran. Podría derribarlos y construir allí mismo la casa de los sueños de Tara, e incluir un apartamento para Joyce

No, no. Eso nunca funcionaría. A Joyce no le gustaría estar lejos de Jen y sus hijos. Además la necesitaban para que cuidara a los niños después del colegio cuando sus padres estaban aún trabajando.

No sólo él había hablado de sí mismo aquella se mana. Tara también le había contado muchas cosas sobre su familia que él no sabía, posiblemente porque nunca le había preguntado. No era extraño que ella creyera que a él sólo le interesaba su cuerpo.

El cerebro de Max empezó a impacientarse. ¿Qué hora sería? Debían de ser las siete. Faltaban doce horas para la hora de salir a cenar con. Tara. Faltaban doce horas para pedirle que se casara con él.

Le iban a hacer falta algo más que palabras galantes y un anillo con un diamante de dos quilates. Los regalos y las promesas no servían con Tara. Necesitaba de mostrarle que la quería de verdad. Para cuando se acostara con ella esa noche, él quería no sólo que ella aceptara su anillo. Quería que ella creyera en ese matrimonio. Quería que confiara en él como esposo y padre.

A Max le dio un vuelco el corazón al pensar en lo último. Iba a ser padre. Una enorme responsabilidad. Pero también una experiencia feliz y maravillosa.

Sin embargo, él no podría vivirlo como algo feliz y maravilloso si no se convertía en un verdadero padre, no un padre a distancia como lo había sido el suyo.

Aquel lugar era perfecto para vivir y criar un hijo. Max decidió que eso era lo que quería, y que lo con seguiría fuera como fuera. Se tenía que enfrentar a lo único que le separaba de sus planes en doce horas. Tenía muchas cosas que hacer y muy poco tiempo.

Iba a ser un verdadero desafió. Pero los desafíos eran lo que más le gustaba.

Atrapó la siguiente ola, que le devolvió a la orilla.

Y corrió al Refugio de Kate.

Tara se levantó antes de lo habitual, gracias a que se despertó sin náuseas.

Era una buena señal.

La semana había pasado y Max no parecía estar deseando llevarla de vuelta a Sydney, como ella había temido. El día anterior él mismo le había dicho que le encantaría quedarse hasta el domingo.

Claro que eso era porque Kate había anunciado el día anterior que se iba a una reunión familiar a Sydney y que no regresaría hasta el

domingo.

Tara estaba segura de que Max reclamaría su re compensa esa misma noche. También estaba segura de que, en cuanto estuviera en sus brazos, vulnerable y a su merced, él volvería a pedirle que se casara con él. Después de una semana entera con él sin permitirle siquiera que la tocara, Tara sospechaba que iba a sentirse especialmente vulnerable. La prohibición había sido tan difícil para ella como para él. Jen siempre se quejaba cuando estaba embarazada de que no so portaba el sexo. A ella parecía pasarle lo contrario.

Se metió en la ducha y se enjabonó el pelo con champú enérgicamente. Pero su mente estaba en aquella noche.

¿Qué le iba a decir a Max si se declaraba otra vez? Era el padre de su hijo y lo amaba. Su respuesta estaba clara. Lo sabía. Siempre lo había sabido. Aquella escapada suya había sido un simple acto de desafío.

Sin embargo, había merecido la pena. Había recuperado el control sobre su vida, le había demostrado a Max que era una mujer fuerte y había conocido una nueva faceta de Max que le había sorprendido y agra dado. Era capaz de vivir sin su trabajo. Incluso era capaz de disfrutar de una vida normal.

Le encantaba el surf. Y era muy bueno. También estaba aprendiendo a amar los libros. Pronto sería tan adicto a la lectura como ella. Le había enseñado que no hacía falta comer en restaurantes de cinco tenedores para apreciar una comida. Todas las noches iban a alguno de los pequeños restaurantes locales y comían de bufé por un precio fijo. En un lugar, tomaron asa do y cerveza por ocho dólares cada uno. A Max le sorprendió que una comida tan buena pudiera ser tan barata.

¿Pero era sincero en su entusiasmo por los pequeños placeres o fingía para ganársela?

Tara seguía sin confiar plenamente en que Max fuera el tipo de marido que ella necesitaba, o el tipo de padre que quería para su bebé. En la última semana, el bebé se había convertido en algo muy real para ella. Ya lo quería y se negaba a darle una vida de abandonos e inseguridades. El dinero por sí solo no daba la felicidad.

Si Max no era capaz de procurar una vida familiar llena de seguridad a su hijo, tendría que decirle que no a su oferta de matrimonio. Si es que encontraba valor para hacerlo.

Tara se secó el pelo y se maquilló un poco. Eran las nueve cuando bajó las escaleras. Kate ya estaba en la cocina sentada a la mesa de madera de estilo rústico, tomándose un té.

—Hoy te has levantado pronto. ¿Te sientes mejor? Ya te preparo

una taza de té.

—No, no te levantes. Puedo hacérmela yo. Sí, me encuentro mucho mejor hoy. Max está aún en la playa, supongo.

—Pues no. Se ha ido.

Tara se dio la vuelta violentamente.

— ¿Se ha ido? ¿Adónde?

—A Sydney, me ha dicho. Tenía un asunto que resolver. Pero no te preocupes. Ha prometido que volvería con tiempo de sobra para llevarte a cenar esta noche.

Tara estaba terriblemente decepcionada.

— ¡Y yo que creía que lo había pasado realmente bien estos días haciendo surf! Pero me estaba engañando. Él me estaba engañando.

—No, no creo que eso sea así, Tara. El sí salió a hacer surf como otros días. Pero volvió corriendo poco después de las siete diciendo que tenía que hacer algo en Sydney urgentemente, antes de esta noche.

— ¿El qué?

—No lo dijo.

—No, claro que no. Así es el Max que yo conocí, y del que me enamoré —dijo sarcásticamente—. Le surgiría cualquier cosa de trabajo y se fue.

—No era un asunto de negocios, Tara. Era un asunto personal. Probablemente se haya ido a Sydney a comprar el anillo de compromiso. ¿Cómo va a pedirte que te cases con él sin anillo?

—No lo había pensado —dijo Tara sin perder el tono de resentimiento—. Seguro que tienes razón, Kate. Pero créeme, mientras está allí seguro que también atiende asuntos de trabajo.

— ¿Y eso estaría tan mal? Es responsable de una enorme cadena hotelera, Tara. No ha podido ser fácil para él dejarlo todo para estar contigo una semana entera. Estoy segura de que esta noche es lo más importante para él en estos momentos. Antes de irse me pidió que reservara mesa para dos en el mejor restaurante de los alrededores. He elegido Jardines. Muy romántico y con vistas preciosas.

—Veo que ya te ha engatusado, igual que hizo con mi madre. Y ahora ya haces lo que él te pide, que es lo que él espera que hagan todas las mujeres. ¡Dios mío, qué tontas somos!

—Nunca he sido tonta en lo que respecta a los hombres, querida —dijo Kate muy seria—. Siempre los calo bien si tengo ocasión de observarlos atentamente. Tengo que confesarte que mi primera impresión no fue muy buena. Claro que tenía ciertos prejuicios contra Max. Al fin y al cabo, tú habías huido de él. Y al principio fue muy arrogante e impaciente conmigo. Pero ahora lo conozco mejor. Es un

buen hombre, decente. Un hombre que quiere recuperar a la mujer que ama. Y esos no abundan, querida. Es un hombre al que hay que conservar como un tesoro y no condenar lo apresuradamente. Espera a ver lo que tiene preparado para esta noche antes de juzgarlo. Creo que vas a estar gratamente sorprendida.

Tara decidió que era mejor no discutir con ella. Kate no podía conocer a Max tan bien como ella. Max había tenido un comportamiento perfecto toda la semana, pero había sido con un propósito. Se había propuesto ganarse a Kate y a Tara para conseguir lo que quería, que ella volviera a ser esa niña que le daba la razón en todo.

Max no se daba cuenta del enorme error que había cometido marchándose a Sydney sin tan siquiera hablar con ella. Volviendo a las andadas le había demostrado que no era capaz de cambiar. Era tan egoísta y desconsiderado como siempre.

Kate se levantó y llevó el plato y la taza al lavavajillas.

—Tengo que, irme, cielo —dijo poniendo detergente en el aparato antes de ponerlo en marcha—. Estoy segura de que Max te llamará para explicártelo todo. Espera y verás.

Tara asintió y sonrió, pero en cuanto Kate se hubo marchado, descolgó el teléfono de pared de la cocina. Si Max llamaba, no iba a obtener la satisfacción de una respuesta.

Sería él quien tendría que esperar y ver. Para cuan do regresara, se iba a encontrar con una gran sorpresa.

Capítulo 13

Max estaba desesperado porque no había podido llamar a Tara en todo el día. La compañía telefónica insistía en que el teléfono de Kate estaba descolgado. Max pensó que Kate lo habría colgado mal. Era una mujer mayor, y algunas mujeres mayores hacen cosas como ésas.

Sin embargo estaba preocupado, así que se apresuró todo lo que pudo. Visitar a todos los posibles interesados y venderles sus ideas no era tarea fácil. Le llevó casi todo el día.

Entre visitas, llamó varias veces a todas las agencias inmobiliarias de la costa oeste informándose sobre cada propiedad en venta en el área de Waniberal. A las cuatro de la tarde, fue a su ático un momento para descansar y comer algo. A las cuatro y media ya estaba en la carretera, de vuelta a Wamberal Beach.

La tensión que sentía en el estómago fue creciendo a medida que se acercaba. Si Kate hubiera estado con Tara, quizás no se habría sentido tan nervioso. Se había dado cuenta de que Kate estaba de su parte. Pero la encantadora señora se había ido a pasar tiempo con su familia, y Tara estaba sola. Sólo de pensar que Tara hubiera dejado el teléfono descolgado a propósito se ponía enfermo. Ya lo había hecho una vez, justo antes de huir de él. De repente, la idea de que Tara no estuviera cuando él regresara lo atormentó.

Debería haber llamado a su puerta aquella mañana y haber hablado con ella personalmente. Pero no había querido molestarla. Bueno, le había dejado el re cado a Kate, ¿no?

Max trató de recordar lo que le había dicho a Kate.

No mucho. No lo suficiente.

¿Cuándo iba a aprender la lección? Tendría que haberle dejado escrita una nota.

—Maldita sea —murmuró pisando con fuerza el acelerador.

Pero entonces recordó las palabras de Tara y moderó su velocidad.

Eran las seis cuando llegó a la casa de la playa. No había verja, sólo había que seguir el camino de piedra hasta la parte trasera de la casa, donde había espacio para que los huéspedes aparcaran. El sol había descendido ya mucho y todo estaba en silencio.

La puerta trasera no estaba cerrada con llave. Max respiró con alivio..., hasta que vio la maleta de Tara junto a la entrada.

Sintió un enorme vacío en el estómago. Se iba a marchar.

— ¿Tara?

No hubo respuesta. Miró en las habitaciones de la planta baja sin encontrar ni rastro de ella. Subió las escaleras de dos en dos con el

corazón latiendo des bocado. Tampoco estaba en su dormitorio, ni en el área común, un salón con televisión que daba a una espaciosa terraza.

La encontró en la terraza, agarrada a la barandilla mirando al horizonte. Estaba bellísima, con el rubio cabello moviéndose con la brisa marina y la piel dorada por tantos días de playa. Llevaba un sencillo vestido de playa con motivos florales. Era de tirantes y dejaba casi toda la espalda al aire.

—Tara —dijo con dulzura.

Ella se dio la vuelta y a Max le volvió a dar un vuelco el corazón. Nunca había visto tanta tristeza en sus ojos.

—Quería irme antes de que volvieras. ¡Dios mío, cuánto lo deseaba! Pero no he podido, Max. Te quiero demasiado. Siempre te he querido demasiado.

Tara enterró el rostro entre sus manos y estalló en sollozos. Max se quedó un momento inmóvil, sin saber qué hacer. Se sentía culpable de que ella sufriera así. Dio un paso adelante y puso las manos sobre sus hombros temblorosos pensando en lo contenta que estaría de quererlo tanto cuando supiera lo que había hecho.

Ella se desplomó sobre él sin dejar de llorar.

Max estaba conmovido. La abrazó amorosamente. Quizás era cierto, quizás Tara lo amara demasiado. Pero él la quería igual a ella. Al fin y al cabo, estaba decidido a cambiar toda su vida por ella.

—Vamos, vamos —dijo él acariciándole el pelo para consolarla.

Un escalofrío sacudió a Tara y se separó de él. Levantó la cabeza y lo miró con los ojos húmedos pero desafiantes.

— ¡Ah no, Max! No vas a salirte con la tuya esta vez. Por una vez, exijo una explicación. Quiero saber qué es lo que has estado haciendo hoy, minuto por minuto. Y no creas que me basta con decir que has estado de tiendas, buscando un anillo de compromiso. Eso era lo que Kate creía, pobre ilusa Y puede que hasta sea cierto. Pero eso sólo te hubiera llevado diez minutos. Sólo tienes que entrar en una joyería y pedirle a una complaciente dependienta que te busque el mejor y más grande anillo de diamantes que tenga.

A Max le hizo gracia su descripción de la visita a la joyería. Era triste y sorprendentemente precisa. Si el momento no hubiera sido tan tenso, se habría echado a reír.

—Tienes razón, pero te equivocas, Tara. Sí que hice eso —confesó —. Pero no hoy. Compré un anillo con un diamante de dos quilates la semana pasada. Lo he tenido en mí habitación toda la semana. Esperaba sacarlo hoy en la cena. Pero me lo he llevado a Sydney esta mañana y lo he dejado allí.

Tara se quedó mirando a Max sin parpadear.

—Ya no soy el mismo hombre que compró el anillo, Tara. En esta semana me he dado cuenta de que ya no quería jugar a ser tu dueño y señor Así es como me llamaban tu madre y tu hermana, ¿no? Así que quiero llevarte de tiendas para que tú misma elijas el anillo que te guste. Si todavía aceptas mi proposición.

—Eso depende —dijo ella con orgullo—. ¿Qué has estado haciendo hoy? Como si no lo supiera. Ya te has vuelto a poner el traje. Eso lo dice todo.

—Llevo traje porque llevo todo el día haciendo serias negociaciones. Con tu familia.

Tara se quedó boquiabierta.

—Ya te habría enterado si no hubieras dejado el teléfono descolgado. Llevo toda la tarde llamándote. Tu madre también lo ha intentado. Como daba ocupado todo el tiempo, tuve que decirle que Kate era muy charlatana para tranquilizarla. Pero yo ya sospechaba lo que habías hecho. Le prometí que la llamarías en cuanto supieras la buena noticia.

— ¿Qué buena noticia?

—En primer lugar, he decidido reducir el número de hoteles de la cadena. Voy a vender todos los hoteles de Europa en cuanto consiga un precio razonable. De momento, voy a seguir adelante con la compra del hotel de Auckland. Y voy a mantener los tres hoteles de Asia. Perderíamos demasiado dinero si los vendiéramos ahora. Además, volar a esos hoteles no lleva tanto tiempo. No es que piense viajar mucho. Pienso delegar responsabilidades en el futuro. El Regency Royale y el ático pienso mantenerlos. Siempre es una buena idea tener una base en Sydney. Y es un buen lugar para hacer escapadas de fin de semana.

— ¿Escapadas de dónde? —preguntó Tara cada vez más desconcertada.

—Voy a comprar una casa aquí para vivir. Si aceptas casarte conmigo, claro.

Tenía que recordarse a sí mismo que debía contar con ella y con sus sentimientos para todo. Ese iba a ser el cambio más difícil para él. Estaba demasiado acostumbrado a ser el jefe y a no consultar a nadie sus decisiones.

—Se me ocurrió cuando salí a hacer surf esta mañana. ¿Qué mejor lugar hay para criar una familia que Wamberal? Pero, claro, vivir aquí planteaba algunos problemas logísticos. Por ejemplo, estarías lejos de tu madre y de tu hermana. Y yo también estaría muy lejos de los míos, y me he dado cuenta ahora de que quiero que vuelvan a ser parte de

mi vida. Los pobres me necesitan. En persona. He ido a verlos esta mañana y me he dado cuenta de que mi madre no puede hacerse cargo de todo ella sola. Sólo había una solución. Tendrán que mudarse todos para acá.

— ¿Mudarse aquí? ¿Todos?

— Es lo que he estado haciendo hoy. Poner mi plan en práctica. No ha sido fácil en tan poco tiempo, pero al menos he conseguido sentar las bases...

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Claro que sí. Yo no bromearía con algo así. ¿Sabes? Fue una sorpresa ver que había muchas casas a la venta por aquí. Podemos elegir entre muchas. Es posible que ni siquiera tengamos que meternos en demasiadas reformas. Una agradable sorpresa. ¿Qué te parece? ¿Te gusta la idea?

— ¿Qué? ¡Claro! Sí, sí, es una idea magnífica. Pero Max.... —dijo poniéndole la mano en el hombro—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? No estás haciéndolo sólo para que me case contigo, ¿verdad? No quiero que, pasada la boda, cambies de planes sobre todo esto.

Su cara había pasado de la sorpresa a la preocupación.

—Vamos, Tara. ¿Tan estúpido me crees? Claro que es esto lo que quiero —aseguró tomando las manos de ella entre las suyas—. He aprendido mucho esta semana aquí contigo. Me has hecho entender las cosas que me estaba perdiendo con mi desenfrenado y extravagante ritmo de vida. No quiero terminar como mi padre. Eso es algo que siempre me había prometido a mí mismo. Yo quiero ser parte integral de la vida de mi familia, no alguien ajeno a ella. Quiero ser un buen marido y un buen padre, no sólo alguien que tiene ese título.

Una sonrisa se apoderó de los labios de Tara.

—Esto hay que celebrarlo —susurró.

Max miró aquellos radiantes ojos verdes, y el tono sexual de sus palabras le hizo olvidar lo que iba a decir. Acercó sus manos a los labios y la besó repetida mente sin dejar de mirarla.

—Tus deseos —dijo él entre beso y beso— son órdenes.

—No, tus deseos son órdenes para mí. ¿Recuerdas?

—Me alegro mucho de que me lo recuerdes —dijo él rodeándola entre sus brazos—. ¿En tu cuarto o en el mío?

—Sorpréndeme.

—No, no te vayas todavía —suplicó Tara reteniendo a Max en sus brazos.

Estaban en la habitación en la que Max había dormido toda la semana, en la cama en la que ella había deseado estar toda la semana.

¡Dios mío, cómo lo había echado de menos! Tara estrujó a Max con sus abrazos.

—Voy a aplastar al bebé —protestó Max—. Peso mucho.

—Claro que no. Todavía es diminuto.

—O diminuta —dijo Max apoyándose en los codos—. A lo mejor es una niña.

—No. Es niño.

—A lo mejor te equivocas.

—Puede ser. Pero no creo.

—Ya me lo decía tu madre, que eras testaruda. Lo que me recuerda que no la he llamado todavía. No te vayas.

Max se levantó y Tara dejó escapar un gemido de protesta.

Él se inclinó y le dio dos besos... uno en cada pecho.

—Y ahora ni se te ocurra taparte. Quiero que te quedes exactamente como estás hasta que vuelva.

Tara se quedó quieta obedientemente mientras Max se levantaba de la cama.

— ¿Quién ha dejado toda esta ropa tirada por el suelo? —preguntó él mientras buscaba sus pantalones.

—Tú —respondió ella comiéndoselo con los ojos descaradamente mientras él rebuscaba en los bolsillos del pantalón.

Aquella semana había traído sin duda muchas cosas buenas. Max estaba más guapo que nunca.

—Ahora tengo el teléfono de tu madre en mi memoria, dijo pulsando un par de botones en su móvil.

— ¿Joyce? Soy Max. Estoy con Tara y está encanta da... ¿Qué? Sí, dijo que sí... Dijiste que sí te casarías conmigo, ¿verdad, cariño? —Dijo tumbándose junto a ella en la cama y deslizando la mano que tenía libre por entre sus piernas y haciéndole perder el aliento—. Sí, está deseando que vivamos aquí todos...Sí, tienes razón... ¿Quieres hablar con ella? Sí, está aquí mismo, llena de ansiedad.

Tara se puso muy roja.

—Mamá —dijo casi sin aliento.

Max tenía razón estaba llena de ansiedad pero no por hablar con su madre.

—Max es realmente maravilloso —decía su madre mientras Tara trataba de ignorar lo que sentía su cuerpo. — Me va a comprar una casita al lado de la tuya. Y va ayudar a Dale para que abra su propio negocio de fontanería. Y les va a prestar el dinero para la casa sin intereses. Quería comprársela, pero Dale y Jen no han aceptado. Querían pagarse su propia casa.

Tara se esforzó por asentir a todo lo que su madre le decía sobre lo

maravilloso que era Max, pero era difícil concentrarse cuando Max en persona le estaba haciendo lo que hacía tan bien.

Era verdad lo que Kate le había dicho. Max era esencialmente un hombre bueno. Pero tenía también un lado perverso...

Tara tuvo que morderse la lengua para no gritar. Después de muchos esfuerzos, no pudo soportarlo más. Tuvo que cortar la conversación con su madre.

—Mamá, siento interrumpirte, pero Max hizo unas reservas para cenar pronto y yo ni siquiera he empezado a arreglarme.

¡No estaba mintiendo!

—Lo entiendo —dijo su madre, emocionada—. Seguro que querrás ponerte muy guapa esta noche. Llámame mañana, ¿de acuerdo? Y hablamos más rato, ya más tranquilas.

—Sí, mamá. Y dile a Jen que la llamaré a ella también.

—Sí, llámala. Está muy ilusionada. Y los niños también. Les encanta la idea de vivir cerca de la playa.

—Tengo que irme, mamá —dijo Tara.

Tuvo que rechinar los dientes. Según ella apagó el teléfono, Max levantó la cabeza.

—No querrás decir «me voy; me voy, mamá»

Ella tiró el teléfono.

— Eres un sádico. Por favor, no pares.

El sonrió.

—Esta es mi noche, ¿recuerdas? No me digas lo que tengo que hacer.

—Sí, Max —dijo ella suspirando.

—Vamos a dejar claras algunas cosas. Vas a casarte conmigo, ¿verdad?

—Sí, Max.

—Y todos los planes que he hecho te parecen bien.

—Sí, Max. Excepto que...

— ¿Excepto qué?

— ¿Qué te parece si antes de que nazca el bebé, y antes de que vendas esos preciosos hoteles de Europa hacemos un viaje juntos y nos quedamos en uno de ellos? Siempre he tenido la fantasía de hacer el amor en París.

— ¿Estas segura de que te encuentras bien para viajar?

—Completamente. Esta mañana me he despertado perfectamente.

—En ese caso, me encantaría llevarte de viaje al extranjero. Será como nuestra luna dé miel. Mi fantasía es hacer el amor contigo en todas las capitales europeas, no sólo en París. Pero primero de todo: quiero hacer el amor contigo aquí y ahora.

Max se acostó junto a ella y la penetró desde atrás, llenando su alma a la vez que su cuerpo.

— ¡Oh, Max! —gritó.

El acarició sus pechos mientras le besaba los cabellos, el lóbulo de las orejas, los hombros.

— ¿He conseguido hacerte feliz, por fin, mi amor?

— ¡Oh, sí!

—Si hago algo mal en el futuro, quiero que me lo digas. Quiero hacerte feliz, Tara.

—Soy muy feliz —dijo ella sin aliento—. ¡Ah! Me gusta hacer el amor en esta postura. Creo que es mi favorita.

—Me alegro, porque la vamos a practicar muchas veces en los próximos meses. Estuve buscando información sobre el embarazo en Internet el viernes pasado y encontré un sitio muy interesante en el que recomendaban las posturas más cómodas y seguras para hacer el amor durante el embarazo. Y esta era la número uno. Podemos practicarla hasta el último trimestre.

— ¿Hay otras? —dijo ella con una voz que parecía venir de muy lejos.

—Hay posturas para cada ocasión y para cada etapa del embarazo —dijo Max acariciando el vientre de Tara—. Tengo muchas ganas de que esto esté enorme.

— ¿No te resultará un poco desagradable?

— ¿Estás de broma? Me parece muy excitante tocarte así, sabiendo que mi hijo está ahí dentro. Y tus pechos... ya los tienes más grandes.

—Sí. Y muy sensibles.

—Ya me he dado cuenta.

Tara dejó escapar un gemido al sentir un suave pellizco en los pechos.

—Todo mi cuerpo está más sensible. Y también mis emociones. Voy a necesitar mucho amor, Max.

—No te preocupes, lo tendrás. Pero suavemente. Con cuidado. No quiero hacer nada que ponga en peligro al bebé.

—Claro que no —dijo ella, sorprendida de lo mucho que Max quería a ese hijo—. ¿Quieres tener más hijos después de éste, Max?

—Si los embarazos siempre son así, creo que te vas a pasar unos cuantos años teniendo hijos. Nunca te había visto más guapa y más sexy que antes asomada a la barandilla de la terraza.

No quiso recordar que tampoco nunca antes la había visto tan triste. Max se juró a sí mismo que nunca más volvería a verla triste.

— ¿Has pensado ya en nombres? —preguntó él.

—No. Pensaba a esperar a que nazca para ver cómo es él.

—O ella.

—Ya te he dicho que va a ser niño. Sólo un chico puede causar tantos problemas.

—Eso es verdad.

—Max. Has dejado de moverte.

—Si me muevo, estoy acabado. Ahora mismo estoy sobreexcitado.

Tara se rió.

—En ese caso, vamos a hablar un poco hasta que te calmes.

—Buena idea.

—Max...

—Dime.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho hoy. No sabes cuánto significa que te hayas esforzado tanto para complacerme.

—Ha sido un placer, princesa.

—Mamá estaba encantada. Seguro que Dale y Jen también lo están. Has sido muy generoso. Creo que es muy bonito que te lleves otra vez bien con tus padres. Tengo que conocerlos pronto.

— ¿Qué te parece mañana?

—Me parece bien. ¿Qué hora es ahora? Se supone que tenemos que salir a cenar, ¿recuerdas?

—Sólo son las siete menos cinco —dijo Max mirando brevemente el reloj—. ¿Cuánto tardarás en vestirte?

—Poco.

—Entonces, me parece que ya hemos hablado bastante. ¿No crees?

—Totalmente de acuerdo.

Todos se habían mudado a Wamberal antes de la boda, que se celebró en Wamberal Beach en agosto. Tara lució orgullosamente su avanzado estado con un original traje de novia que Max le compró en París. La pareja había pasado dos meses viajando por Europa antes de la boda. Su luna de miel la pasarían en su nueva casa, decorando el cuarto del niño. Era una casa relativamente modesta. Max y Tara querían para su familia un estilo de vida más sencillo.

Su hijo nació con una semana de retraso. Un bebé precioso, apacible y feliz. Lo llamaron Stevie.